



<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Pensaba que su matrimonio había terminado, pero tan solo acababa de comenzar...

La inocente Chloe Stapleton se casó con Lao Monteleone poco después de la muerte de su padre para conseguir protección. Desde ese momento, los dos llevaron vidas separadas. Por lo tanto, cuando Lao le pidió que se presentara en su maravilloso castello siciliano, Chloe dio por sentado que él le iba a solicitar el divorcio. Sin embargo, su esposo le pidió algo muy diferente... ¡Un heredero!

Chloe siempre había sentido una poderosa atracción por Lao, algo totalmente prohibido en un matrimonio que lo era solo en apariencia. Aunque estaba dispuesta a confiarle a Lao su cuerpo y su solitario corazón, sabía que aceptar esas condiciones supondría su absoluta y apasionada rendición...

Capítulo 1

ERA un magnífico día para divorciarse.

Chloe Stapleton sonrió cuando el avión privado comenzó a descender sobre las montañas de Sicilia, que se levantaban sobre el reluciente azul del mar Mediterráneo, irguiéndose orgullosas. Estaban cubiertas de amplios viñedos y de ruinosos templos de la antigüedad, erigidos para honrar a dioses olvidados ya hacía mucho tiempo.

Muy apropiado.

Miraba atentamente por la ventana mientras el avión tomaba tierra bruscamente en una recóndita pista de aterrizaje, excavada sobre la ladera de una montaña con una eficacia firme y brutal que le recordaba al dueño del avión y de la propia pista. En realidad, era el dueño de la montaña entera y de gran parte de Sicilia, por no mencionar una porción siempre en aumento del mundo entero.

No había parte del planeta, por aislada o remota que estuviera, al que no llegara el poder y la influencia de la familia Monteleone.

Chloe no podía evitar sentir cierta nostalgia porque sabía que, en breve, se le iba a pedir que dejara su lugar en la familia.

«En realidad, soy una de ellos solo por el apellido», se corrigió.

Solo había estado en aquella finca en una ocasión. Hacía cinco años, cuando, sin saber lo que hacer, había recurrido al poderoso y misterioso hombre que, hasta aquel momento, había sido su hermanastro para pedirle ayuda.

Lao Monteleone había sido su única esperanza y él no había dudado. Chloe siempre lo había considerado un hombre reservado, lo que hacía que su cruel ferocidad fuera aún más evidente. Hacía exactamente lo que quería, siempre cuándo y cómo le convenía. Sin embargo, aunque distante, siempre había sido amable con Chloe.

Ella había ido hasta allí hacía cinco años, contando con dicha amabilidad y Lao no la había defraudado.

Cuando descendió del avión y permitió que el eficiente personal de Lao la condujera al coche que la estaba esperando, no le quedó más remedio que admitir que la amabilidad de Lao y la protección inmediata que él le había ofrecido le habían hecho sentirse muy segura cuando nunca más había esperado volver a sentirse así. Nunca lo olvidaría.

En las horas más oscuras de su desesperación, cuando perdió a su padre y con él, a la única persona que siempre la había amado y la había apoyado incondicionalmente, Lao había acudido en su ayuda. Se había ocupado de todo, dejando así que Chloe pudiera ocuparse de sí misma.

Resultaba agri dulce volver allí. Sabía que aquel día representaba el final de tanta seguridad. En lo sucesivo, necesitaría encontrar la manera de crear su propio espacio en solitario.

«Creo que eso se llama aprender a ser adulto. Ahora te toca a ti tomar las riendas», se dijo con firmeza.

Trató de apartar la extraña sensación de melancolía cuando el coche echó a andar, llevándola por estrechas pistas de tierra que se abrían paso entre los recovecos de aquellas exuberantes y salvajes montañas. Pudo contemplar de pasada las antiguas ciudades que crecían cerca del agua y muchos pueblos históricos que parecían incrustados en las colinas. En Londres, su hogar, el tiempo era horrible, por lo que la luz del sol parecía incluso más hermosa y abundante sobre aquellas tierras, como si fuera una bendición que hacía que las hojas relucieran con fuerza.

Incluso cinco años atrás, cuando estaba totalmente destrozada por la pérdida de su padre, le había resultado imposible no percatarse de la belleza de aquella isla indomable. Había pasado muchos días de vacaciones en los lugares más refinados de Italia, pero nunca había estado antes en Sicilia ni había regresado desde entonces. A pesar de la nostalgia que había sentido por aquella isla, todo era tal y como lo recordaba. Un lugar salvaje, no del todo civilizado, que no se parecía en nada a la Italia más elegante que ella conocía.

En realidad, se podría decir lo mismo del propio Lao.

Se había casado allí con ella hacía cinco años, rápidamente y sin ceremonia alguna. Había sido más una reunión de negocios que una boda, aunque, en aquel momento, a Chloe le había convenido porque era la demostración del aprecio que Lao sentía por ella. Habían firmado su unión

en el despacho de Lao, en el misterioso castillo que él poseía allí en la isla y que había reformado y modernizado para convertirlo en su centro de operaciones.

Lao le había informado, así, de pasada, que el castillo era propiedad de la familia Monteleone desde hacía varios siglos. Al escuchar aquellas palabras cinco años atrás, a Chloe le había parecido que aquel castillo se convertía también en un lugar seguro para ella. La familia Monteleone, con su poder e influencia, la protegería también.

Y suponía que así había sido.

Cuando Chloe pensaba en aquel día, sus recuerdos eran algo borrosos. Sentía la impresión de los ojos grises de Lao y su poderosa corpulencia. Era mucho más alto y fuerte que ella. Sujetaba suavemente las pálidas manos de Chloe entre las suyas mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas.

—Por supuesto, un matrimonio como este lo será solo en apariencia —le dijo de aquella manera tan sombría y firme en la que él hablaba.

—Por supuesto —le había respondido Chloe.

Chloe nunca le había contado a nadie que aquella parte le había resultado un poco... insultante. Incluso entonces, cuando estaba ahogada por el puño de la pérdida, una sensación que tardó un año en olvidar, se había sentido no exactamente insultada, pero sí algo molesta de que Lao ni siquiera se hubiera dignado en sellar su matrimonio con un beso. Además, él había mirado al sacerdote como si el hecho de que este le sugiriera algo así hubiera sido una afrenta.

Ciertamente, no se había sentido insultada, dado que Lao había ido más allá del deber que hubiera podido sentir hacia ella, pero sí ligeramente indignada. No obstante, sabía que había sido una estupidez pensar de aquella manera. No tenía derecho alguno.

Lo que importaba, y tenía la intención de decírselo a Lao en cuanto lo viera, era que había sido un don. En realidad, Lao no le debía nada. Podría haberse negado a recibirla aquel día y, sin embargo, le había dado el regalo de su protección. Las estúpidas y alocadas fantasías que ella había imaginado eran un secreto que Chloe se llevaría a la tumba.

El coche se detuvo por fin ante una imponente verja, flanqueada por columnas de mármol de estilo antiguo a pesar de que la verja en sí era moderna y, evidentemente, contaba con los últimos avances en tecnología. Al otro lado del muro, el camino se hizo más llano, sin baches, por lo que

Chloe ya no tuvo que agarrarse con fuerza al reposabrazos del asiento trasero.

Se acomodó mientras el coche la conducía hacia el lugar donde la esperaba su esposo, aunque la resultaba complicado referirse así a Lao o a la relación que él había tenido con ella. Los cipreses alineaban el camino y, al otro lado, los olivos formaban como un ejército sobre la ladera de la colina, pero fue la aparición del castillo lo que la dejó sin aliento. Se erguía, imponente, en lo alto de la colina.

Allí, en aquel lugar, Lao se había casado con ella y, a continuación, la había liberado para que ella pudiera hacer lo que deseara.

—Tal y como tu padre lo hubiera querido —le había dicho, en los breves instantes que habían compartido después de la rápida ceremonia.

Por lo tanto, Chloe había aprovechado aquellos años que Lao le había concedido esforzándose por encontrar su lugar en el mundo. Eso habría sido lo que su padre habría deseado.

La verdad era que Chloe siempre había sido algo soñadora. Tal vez sería mejor describirla como una persona muy protegida, pero, fuera como fuera, había ido pasando de un empleo a otro, tratando constantemente de encontrar algo que la apasionara. Había hecho de relaciones públicas en el mundo literario, porque le había parecido muy importante poder ir por todo Londres hablando de libros a quien quisiera escucharla. Sin embargo, el trabajo no había sido lo que ella había esperado. Tenía que ver poco con hablar y menos aún con su amor a los libros, pero sí con crear campañas en Internet y torear los correos electrónicos enfurecidos por parte de los autores. También había formado parte de las asociaciones benéficas en las que trabajaban muchos de sus amigos del colegio, pero todas parecían tener más que ver con ser fotografiada en las fiestas que con hacer buenas obras en el mundo. Nadie le había comprendido cuando trató de explicarles cómo se sentía.

—Pero sí que hace cosas buenas para el mundo —le había replicado Mirabelle, su mejor amiga—. A la gente le gusta ver cosas bonitas. ¿Por qué no ser una de ellas?

Chloe había terminado trabajando en una galería de arte, lo que le resultó bastante divertido, principalmente porque la galería solía llenarse de la clase de personas que disfrutaban haciendo una espectacular montaña de un grano de arena.

—Así es como convences a los ricos sin gusto de que compren un lienzo barato pintado con un churretón de pintura para que lo cuelguen en la habitación de invitados —le había dicho su jefe.

A pesar de todo, Chloe había empezado a pensar que su futuro podría estar en el mundo del arte, dado que, al menos, no se aburría tanto como le había ocurrido con la publicidad. Tal vez no era su pasión, pero por lo menos le gustaba. Y resultaba muy poco sofisticado pasarse demasiado tiempo preocupándose por encontrar algo que pudiera realizar para ocupar su tiempo, aunque nadie en absoluto parecía valorar sus esfuerzos o mostrar interés alguno.

Estaba pensando en cómo podría mejorar en el juego de la sofisticación, cuando recibió la carta de citación de Lao.

Resultaba extraño que lo único en lo que podía pensar mientras se acercaba al Castello Monteleone fuera la pasión. Ya estaba pensando en sus argumentos, del mismo modo en el que lo hacía cada vez que recibía una carta de citación de Lao en la ciudad en la que ambos estuvieran en aquel momento. Así había sido siempre. En una ocasión se había encontrado con él en una playa de Brasil. Normalmente la llevaba a cenar, le preguntaba por su vida y sus planes de futuro, como si estuviera adoptando el papel de padre y tutor a pesar de ser legalmente su esposo. Luego, se marchaba, dejándola presa de aquella rampante virilidad que lo rodeaba, además de un poder incalculable y arrollador.

Siempre soñaba con él después de esas cenas.

Sin embargo, a lo largo de aquellos cinco años, aquella era la primera vez que él la citaba en el castillo. En el instante en el que recibió la carta, Chloe comprendió que solo podía significar una cosa, lo que, tarde o temprano, siempre había sabido que ocurriría.

Lao le había dado el regalo de aquellos cinco años. La había protegido con su poder y su influencia. Ya era hora de que Chloe tomara las riendas de su propia vida, por muy poco sofisticada que aquella imagen pudiera parecer.

El coche se detuvo por fin frente al castillo. Uno de sus empleados acudió a abrirle la puerta. Chloe sintió la tentación de desmayarse como una de las heroínas de sus libros favoritos. No lo hizo. Sabía que eso sería aprovecharse y, en cierto modo, mancharía el comportamiento de Lao con la muchacha que se había presentado allí hecha pedazos hacía cinco años sin que él la invitara, cuando ella ni siquiera sabía si iba a poder terminar aquella semana.

Sonrió al empleado que le había abierto la puerta y también al mayordomo que la esperaba en la entrada para acompañarla personalmente al interior del castillo.

A Chloe no le interesaba demasiado la arquitectura. No había prestado demasiada atención cinco años atrás, pero, en aquel instante, comprobó que aquel edificio era verdaderamente espectacular.

Por supuesto, tener mucho dinero había ayudado a su reforma y mantenimiento, pero Chloe estaba segura de que Lao tenía buen gusto para los detalles porque había sido capaz de tomar un antiguo castillo y convertirlo en una muestra impecable de estilo y elegancia incomparables. Los muros eran de piedra, de los que colgaban tapices y obras de arte de valor incalculable. Al mismo tiempo, había también vigas de acero muy modernas y una sensación de luminosidad y amplitud gracias a las numerosas ventanas, seguramente muchas más de las que había habido originalmente en el casillo. Después de visitarlo por primera vez, había leído que cuando Lao se hizo cargo de él, el edificio estaba en estado ruinoso y lo había transformado hasta convertirlo en su propio palacio personal.

El articulista había escrito que se trataba de «una hazaña de la arquitectura que viajaba en el tiempo, un ejemplo del buen gusto y de visión de futuro, el refinamiento llevado a la perfección». Sin embargo, cuando Chloe pensaba en aquellas palabras, veía al propio Lao ante sus ojos, no al castillo en el que se encontraba en aquellos momentos.

El mayordomo la condujo hacia una galería acristalada que abarcaba una especie de recoveco en la ladera de la montaña y desde la que se podían admirar muchos kilómetros a la redonda. Sintió un profundo escalofrío por todo el cuerpo y, cuando llegaron al otro lado, comenzaron a caminar por una larga pasarela que estaba construida con una pared entera de espejos antiguos. Chloe aprovechó la oportunidad para atusarse el cabello y estirarse la ropa, algo arrugada por el vuelo que la había llevado hasta allí desde Londres.

Se había vestido para su imponente esposo, a pesar de que él, muy pronto, iba a pasar a convertirse en su ex.

Lao siempre la había dejado sin aliento. Fuera lo que fuera para ella. Tanto si llevaba un traje oscuro, a juego con el triste ambiente de un verano londinense como si estaba en una playa de Brasil con una cierta indolencia a la que ella nunca había podido enfrentarse directamente.

En realidad, lo que la había cegado no había sido la indolencia, sino los músculos esbeltos y dorados que él le había mostrado, cubiertos ligeramente de un vello oscuro y con una sugerente uve en la parte inferior del abdomen que parecía atraer directamente la mirada hacia uno de esos pequeños trajes de baño que estiraba al máximo su capacidad sobre el...

Al pensar en aquella reunión en Brasil, sintió que las mejillas se le sonrojaban. No recordaba nada de lo que él le había dicho. Además, era totalmente posible que ella no hubiera podido pronunciar ni una sola palabra y que hubiera permanecido allí, perdida por completo en sus tumultuosos pensamientos.

Pensando exclusivamente en el color azul. El color de aquel traje de baño. Un color que, a pesar del tiempo transcurrido, seguía turbándola.

Una vez más, Chloe sonrió ante su propia necedad. Justo en aquel momento, el mayordomo murmuró algo que ella no terminó de entender. Entonces, la animó a que entrara en una sala que Chloe recordaba perfectamente.

Allí era donde se casaron, en aquel despacho prácticamente colgado sobre el acantilado. En aquella parte del castillo, todo era muy moderno, desde la decoración, los muebles y hasta los enormes ventanales que imitaban a los del castillo original, pero que eran completamente de cristal.

Lao Monteleone estaba allí, junto a los ventanales, justo donde se había casado con él hacía cinco años. Estaba de espaldas a ella.

Chloe se sintió de repente muy débil. Vio cómo Lao se daba la vuelta y el sol iluminó su rostro desde arriba, reflejándose en las duras planicies de su pétreo rostro. De repente, Chloe dejó de sentirse débil para, como era habitual en ella, quedarse sin aliento.

Siempre le ocurría lo mismo y, sin embargo, cada ocasión parecía diferente. Todo el mundo lo consideraba un hombre guapo, aunque, en realidad, no lo era en el estricto sentido de la palabra. Era demasiado imponente. Demasiado distante. Individualmente, sus rasgos eran demasiado fuertes para la clase de belleza masculina que se admiraba en las portadas de revistas. Los altos pómulos, la cruel nariz, los sensuales labios que parecían estar siempre apretados, mostrando desaprobación. Como en aquel momento.

Su físico era imponente, pero, además, de él emanaba un poder que era tan intimidante como su estructura física. Medía al menos un metro ochenta y tenía un físico muy musculado, parecido quizá a muchas de las

estatuas que había por los pasillos del castillo. Sin embargo, tenía los hombros mucho más anchos. Aquel día, no iba vestido con su habitual traje ni, por suerte, tampoco con un minúsculo bañador en color azul cobalto. No obstante, tampoco se podía decir que su atuendo fuera informal. Llevaba una camisa blanca, con el cuello ligeramente desabrochado que permitía ver un poco de su dorada piel. Chloe era incapaz de comprender por qué, con solo mirarlo, sentía un anhelo casi insoportable en el interior de su cuerpo.

Desgraciadamente, estaba segura de que Lao podía notarlo, del mismo modo que era capaz de ver cómo se le habían ruborizado las mejillas.

—Hola, Lao —dijo.

Sintió el absurdo impulso de echarse a reír como si fuera una colegiala, algo que siempre le ocurría. El anhelo que sentía en su interior se hizo totalmente dueño de ella.

—Chloe. Confío en que hayas tenido un vuelo agradable —respondió él. El modo en el que pronunciaba su nombre sonaba a poesía. Además, la magia de su acento contenía tanto picante que ella tuvo que contenerse para no lamersse los labios.

—Sí, gracias. Muy agradable.

—He pedido que te traigan un té —dijo él. A Chloe no se le pasó por alto el énfasis que él puso en aquella última palabra.

Lao era italiano cien por cien. No comprendía la obsesión que los ingleses tenían con el té y mucho menos cuando este se diluía con leche. Sin embargo, se lo proporcionaba de todas maneras, dado que esa era su naturaleza. Se ocupaba de todo. Siempre. Parecía decidido a que ella, solo ella, supiera el protector que realmente era. No el mago negro de los negocios al que todos tanto temían, el inescrutable multimillonario que, en ocasiones, había sido el hombre más temido de toda Europa. Solo ella sabía la verdad.

—Sé lo mucho que los ingleses necesitáis el té —añadió.

—Muchas gracias.

Chloe le habría dado las gracias, aunque no hubiera motivo alguno para dárselas, pero, la verdad era que le vendría muy bien un té para que se le asentara el cuerpo. Necesitaba dejar de temblar y empezar a tener en cuenta que aquel viaje no solo era para expresarle su gratitud. Era para darle las gracias y divorciarse de él.

Lao le hizo una indicación con la cabeza a alguien que estaba detrás de Chloe. Ella se dio la vuelta y vio que el mayordomo se dirigía a otro de los empleados para que colocara una bandeja con un servicio completo de té sobre una mesa de madera tallada.

El silencio que reinaba en la estancia pareció profundizarse aún más cuando el mayordomo y su empleado se retiraron.

—Eres muy amable —dijo Chloe por fin. Se había prometido que no permitiría que él la acobardara. No toleraría que el sentimiento que la abrumaba la dejara una vez más sin palabras—. Quiero que sepas que te agradezco esto más de lo que puedo expresar. Estos últimos cinco años han sido un regalo maravilloso. No sé lo que habría sido de mí sin ti. Gracias a ti me siento lista y capaz de seguir con mi vida. Sola. No lo olvidaré nunca, Lao. Es maravilloso lo que has hecho por mí, cuando, técnicamente, ya no eras mi hermanastro.

Lao permaneció inmóvil.

—¿Por qué crees que te he convocado hoy aquí, Chloe?

—Bueno —respondió ella con una risita nerviosa—, he dado por sentado que estás dispuesto a seguir con el resto de tu vida y que un matrimonio poco conveniente con la hija de un hombre al que, según recuerdo, no le tenías mucha estima, podría impedirte.

Lao siguió en silencio, observándola atentamente. Una vez más, Chloe sintió que el calor se apoderaba de ella.

—No me importa que te quieras divorciar de mí, Lao —añadió precipitadamente—. De verdad. No tienes que preocuparte por mí.

—No me preocupo por ti porque sé que te están cuidando —afirmó, con una voz baja y profunda que no logró hacer desaparecer el temblor que se había apoderado de Chloe—. Sin embargo, las cosas deben cambiar. Creo que ya es hora.

—Estoy de acuerdo —afirmó ella. No obstante, tuvo que recordarse que no debía experimentar un sentimiento de desilusión poco razonable.

—Necesito un heredero —dijo él, de repente—. Y, como ya tengo esposa, no veo razón alguna para que ella no me lo pueda proporcionar.

—¿Un heredero?

A Chloe le estaba costando entenderlo. Tragó saliva, o por lo menos lo intentó, dado que parecía que la garganta no le funcionaba.

—¿Quieres... quieres decir conmigo? —añadió.

Lao la miró como si él estuviera hecho de trueno y lluvia, tan salvaje e indómito como las montañas sicilianas que los rodeaban. La miró como si ella fuera un pequeño y delicado objeto de cristal que tuviera en la palma de la mano.

Así era precisamente como se sentía Chloe.

—Sí, contigo —repuso Lao—. Ya va siendo hora de que te conviertas en mi esposa en todo el sentido de la palabra.

Capítulo 2

LAO Monteleone parecía haber esperado una vida entera para llegar a ese momento. Llevaba mucho tiempo deseando a Chloe Stapleton y Lao no tenía mucha experiencia en aquel sentido. Conseguía todo lo que deseaba sin demora alguna. Sin embargo, en el caso de Chloe Stapleton había preferido observar cómo se desarrollaba esa obsesión. No recordaba haber esperado para tener algo en toda su vida. Sin embargo, le había encantado aprender aquella lección porque le recordaba que era algo más que el actual dueño del enorme conglomerado de empresas de Monteleone. Le recordaba que, por debajo de todo aquello era tan solo un ser humano de carne y hueso. Un mortal. Un hombre como cualquier otro

Por supuesto, no necesitaba que nada se lo recordara aquel día. Chloe estaba ante él, como siempre, con la mirada de ensoñación en sus ojos color chocolate y unos suaves labios que parecían bordear siempre la sorpresa y la exclamación. Sabía que, normalmente, ella se vestía de una manera mucho más informal, pero también sabía que a Chloe le gustaba hacer un esfuerzo cuando quedaba con él. Le parecía muy bien, porque eso significaba que ella se había puesto un vestido que hacía destacar la delicadeza de sus clavículas, la elegante curva del cuello. Todo era como lo había esperado, y eso le gustaba.

Sin embargo, estaba disfrutando aún más con el modo en el que ella lo miraba. ¿Sabría Chloe lo mucho que lo deseaba o se lo tendría que mostrar él también?

Lao estaba más que dispuesto a descubrirlo.

—No lo comprendo... —susurró ella.

Él atravesó la estancia y se sentó junto a la mesa en la que habían servido el té. Era demasiado italiano para comprender el atractivo de un líquido lechoso que no era café y que, además, no formaba parte del desayuno. Sin embargo, eso no le impidió servir el té, tomar su taza, en la que no sirvió leche, y observar cómo ella se sentaba frente a él.

—Siempre había supuesto que terminarías divorciándote de mí — dijo ella mientras miraba la taza y añadía leche y tres cucharadas de azúcar. Entonces, sin darse cuenta de la mirada de desaprobación de Lao, tomó un sorbo—. Siempre di por sentado que ese era el plan. Los dos sabemos que tú solo te casaste conmigo para hacerme un favor. Nadie hubiera esperado que siguieras haciéndome ese favor durante el resto de mi vida.

—No deseo divorciarme de ti.

—Pero tienes que hacerlo —afirmó ella con mirada solemne. Y directa, lo que le resultó muy sorprendente dado que siempre tendía a desviarla—. Lao, si quieres un heredero, es lo único que tiene sentido.

—No, no es lo único.

Chloe separó los labios y parpadeó. La confusión se reflejaba en su rostro.

—En realidad no te entiendo. Lo único que tienes que hacer es anunciar que estás buscando una mujer para que se convierta en la madre de tu hijo y tendrás una larga fila en menos de una hora. Una fila que podría alargarse durante días y días y por varios continentes.

—No necesito nada de eso. Ya estoy casado. Además, quiero que mi heredero sea legítimo, por lo que esta me parece la solución más sencilla, ¿no te parece?

—Realmente no te entiendo.

Chloe frunció el ceño. Aquella fue la primera indicación que Lao había visto en mucho tiempo de que ella fuera mucho más que la muchacha perdida e indefensa en la que se había convertido después de un año de muertes. Primero, la madre de Lao, la complicada y resplandeciente Portia. Lao sabía que Chloe la adoraba, como todos los que la habían conocido. Seis meses después, el padre de ella, el aguerrido Charles Stapleton, un hombre hecho a sí mismo que había conseguido que Portia dejara de ser la viuda de un Monteleone. La muerte de Charles dejó a Chloe totalmente destrozada.

A Lao no le había agradado mucho que su madre volviera a casarse tan solo dieciocho meses después de la muerte de su padre. El hecho de que sus padres nunca hubieran sido felices juntos jamás le había afectado demasiado. Era su manera de pensar. ¿Qué tenía que ver la felicidad con los Monteleone?

—En la vida hay mucho más que los Monteleone, Lao —le había dicho Portia a Lao la noche en la que le confesó que iba a volver a casarse—. Incluso para ti.

—Yo no tengo prueba alguna que sugiera algo así —le había respondido Lao.

Se había sentido muy sorprendido y escandalizado por el hecho de que su madre hubiera seguido adelante con su decisión de casarse de todas maneras con Charlie Stapleton. Lao y Charles, al que el primero jamás se había referido como padrastro, nunca habían estado muy unidos. Se habían limitado a soportarse durante los escasos eventos familiares, sin hacer mucho por ocultar su antipatía.

Lo que Lao recordaba con más nitidez en la boda de su madre con Charlie Stapleton era la hija de este. Estaba muy enfadada y tan poco interesada en la boda como él mismo.

—Supongo que estás deseando tener una nueva madre —le había comentado él al ver la pequeña de siete años que, por razones desconocidas, se había quedado a solas con él. En realidad, no recordaba si había sido en la boda o en algún intento de reunión familiar antes de la misma. No recordaba con claridad los detalles, pero sí que recordaba a Chloe. La pequeña estaba cruzada de brazos y tenía el gesto torcido. Llevaba el cabello oscuro recogido en unas trenzas.

—Yo ya tengo madre —le había respondido la pequeña—. Es una desilusión. ¿Por qué iba a querer otra?

Lao se había echado a reír muy a su pesar, dado que había estado totalmente seguro de que ni siquiera sonreiría. Apoyaría a su madre hasta la muerte, pero no tenía intención alguna de mostrar afecto hacia Charlie Stapleton, su dinero o la niña que había tenido en su escandaloso matrimonio con una «actriz» cuya belleza sobrepasaba con mucho a su talento.

Sin embargo, y a pesar de todo, había sentido una inmediata simpatía por Chloe. Y, con el tiempo, había llegado a respetar a Charlie porque, a pesar de todos sus pecados, siempre había estado muy enamorado de Portia, de un modo que ni su primer esposo, el padre de Lao, la había amado.

Los Monteleone no eran personas que se dejaran llevar por los sentimientos. Eso era lo que su padre le había enseñado siempre. Los sentimientos eran para hombres de menor importancia, que tenían más

tiempo para dejarse llevar por ese tipo de cosas. Los Monteleone construían imperios sobre imperios y los dirigían tan eficazmente que eran casi invisibles, a menos que alguien supiera precisamente dónde mirar.

—El poder verdadero nunca se ve a primera vista —le había dicho siempre su padre—. El poder verdadero no requiere de ningún escenario.

Sin embargo, Chloe no era una Monteleone. Al menos, no lo había sido entonces.

Lao había descubierto que sentía una enorme simpatía por la graciosa niña que siempre andaba haciendo travesuras por las mansiones que poseían. Sus ojos siempre estaban llenos de sueños y constantemente tenía un libro en las manos. Ella siempre le había hecho mucha gracia, a pesar de que aquel era un sentimiento que Lao no experimentaba con facilidad.

Pasó algún tiempo sin verla hasta que, poco después de que cumpliera los dieciocho años, Charlie murió y ella fue a Sicilia para pedirle ayuda.

Lao se la hubiera concedido sin dudarlo, en honor a la niña tan graciosa que recordaba. La única con la que había interactuado. También porque le habría agradado a su madre saber que él era capaz de hacer algo no porque fuera a ganar con ello, sino simplemente porque era su deber.

Portia había estado casada con el padre de Lao, un hombre gélido como un carámbano, durante años. Sin embargo, ella había sido capaz de mantener su calidez. Fue una mujer realmente maravillosa.

Lao habría ayudado a Chloe en cualquier caso, pero ella había estado de pie allí, en aquella misma estancia, esperándolo. Cuando Lao entró, ella se giró para mirarlo.

No hizo falta más. Incluso después de cinco años, Lao habría sido incapaz de decir qué era lo que había cambiado para él. Llovía en el exterior, por lo que la luz era escasa. Había pensado en muchas ocasiones, una y otra vez, que tal vez había sido la pena la que había transformado los rasgos de la niña que él había conocido en una mujer.

De un modo u otro, el deseo se había apoderado de él de una manera tan potente que seguía sorprendiéndole incluso a pesar del paso de los años. Había sido como si nunca hubiera visto a una mujer. Jamás habría imaginado que podía sentir algo tan intenso. De hecho, había llegado a pensar que se sentía indispuerto.

A pesar de todo, se había puesto manos a la obra. Se encargó inmediatamente de llamar a un sacerdote y de «donar» una cantidad

apropiada para acelerar el proceso del matrimonio, que allí en Italia podía resultar bastante tedioso. Después, se casó con ella, la envió de vuelta a Inglaterra con la supervisión de un equipo de seguridad por si alguien descubría que ella era la esposa de Lao Monteleone y trataban de hacerle daño por su causa y se había puesto de nuevo a trabajar.

Había estado totalmente seguro de que lo que sentía por Chloe pasaría como cualquier otro virus. No fue así.

De vez en cuando, se reunía con su esposa para ver cómo estaba. La extraña reacción que experimentó la primera vez fue empeorando en cada ocasión, hasta que se hizo prácticamente insoportable cuando se reunió con ella en Brasil. Tras verla ataviada con un pareo transparente, que en vez de tapar parecía atraer aún más la atención a lo que había debajo y, peor aún, hacia su cuerpo, la imagen de Chloe lo había perseguido incansablemente desde entonces.

Curvas doradas contenidas por un bikini rojo.

Desde entonces, todo había sido un juego de esperas hasta que, por fin, habían llegado al momento en el que se encontraban. A aquel día. Por fin.

El día en el que Lao había decidido que había tenido más que suficiente.

Había decidido que, si tenía que vivir con aquel anhelo, lo mejor sería hacerlo con un propósito.

Chloe tenía el ceño fruncido. Parecía pensativa. Dio otro sorbo a su té.

—No se me había ocurrido pensar que, por supuesto, hoy en día la gente puede hacer todos los bebés que quiera en la consulta de un médico.

Lao podría haber refutado aquella sugerencia inmediatamente, pero no lo hizo. Se sentía demasiado intrigado por Chloe, dado que no tenía ni idea de adónde quería ella llegar con aquellas palabras. No recordaba la última vez que alguien lo había sorprendido.

Chloe se inclinó y volvió a dejar la taza sobre la mesa.

—Me encantaría tener un hijo tuyo, Lao —dijo—. Supongo que es una decisión algo extrema, por supuesto, pero no sabes lo mucho que tu protección ha significado para mí todos estos años. Hablo en serio cuando te digo que estaría encantada de gestar un hijo tuyo como madre subrogada.

—De ninguna manera —replicó él inmediatamente. Chloe frunció el ceño—. Ya te he dicho, Chloe, que quiero una esposa. Y la quiero en todos los sentidos.

Chloe permaneció totalmente inmóvil. Parecía haberse quedado totalmente atónita por lo que acababa de escuchar. Lao aprovechó la oportunidad para repasar todos los informes de seguridad que había memorizado sobre ella a lo largo de los últimos cinco años. Había esperado que ella se comportara como la mayoría de las mujeres de dieciocho años. En realidad, Chloe no se había encerrado en una torre, más bien lo contrario. Había asistido a todas las fiestas a las que habían ido sus amigas, pero, cuando ellas se iban con hombres, Chloe se había marchado a casa.

Había empezado a sospechar, y luego a desear, que ella fuera tan inocente como parecía. No era un requerimiento, pero rápidamente se estaba convirtiendo en una obsesión.

Lao se había dicho en repetidas ocasiones que era la novedad para un hombre cuyas amantes siempre habían sido mujeres de gran experiencia y más entusiasmo aún por las cosas que él, y su riqueza, podrían hacer por ellas.

Sin embargo, aquella mujer era Chloe. Su esposa.

—No en todos los sentidos —replicó ella.

Lao esperó.

Chloe podría ser una soñadora. Tal vez su padre la había mimado demasiado y le había permitido crecer tan ingenua en un mundo tan cruel. Sin embargo, Lao no era ninguna de las dos cosas. Su padre lo había criado del mismo modo en el que, a su vez, lo habían educado a él. Tan duramente como era posible, para que Lao estuviera preparado para la ingente tarea que lo esperaba en la vida adulta. La fortuna de los Monteleone era una entidad tan amplia que parecía vivir y respirar por sí misma y a la que había que dedicarle la vida entera.

Lao siempre se había tomado muy en serio su papel. Al contrario de muchos otros herederos, no había desperdiciado su juventud persiguiendo locuras inalcanzables. Nunca había sido carne de tabloides. No le gustaba llamar la atención de ninguna manera. A lo largo de toda su vida, se había asegurado de no frecuentar los lugares a los que acudían los paparazis y evitaba la clase de personas que atraían a las cámaras y los comentarios en redes sociales.

La familia Monteleone siempre había preferido que su poder quedara oculto porque, de esa manera, no se veía afectado por los vaivenes de la vida.

Los Monteleone siempre permanecían.

Por supuesto, eso no significaba que Lao no hubiera satisfecho todos y cada uno de sus apetitos. Lo había hecho a conciencia. Simplemente prefería que lo que hacía fuera exclusivamente asunto suyo y de nadie más.

Precisamente por eso, era capaz de reconocer un profundo y apasionado interés femenino cuando lo tenía delante. Y lo había estado detectando en Chloe Stapleton desde hacía ya algún tiempo. No había estado totalmente seguro de que fuera real hasta que se reunieron en Brasil. Y, en aquellos momentos, con Chloe frente a él, estaba absolutamente convencido.

Por suerte para ella, Lao estaba dispuesto a hacer algo al respecto.

—Creo... —dijo ella por fin, muy lentamente. En sus ojos se adivinaba una mirada que distaba mucho de ser soñadora—... creo que tienes que explicarme exactamente lo que quieres decir con eso.

—Creo que lo sabes perfectamente.

Chloe lo miró escandalizada.

—No puedes estar diciendo que quieres que yo sea la clase de esposa que tú deseas en todos los sentidos —afirmó por fin.

—No estoy casado con ninguna otra mujer —comentó él, levantando la delicada taza en la mano.

Chloe se sonrojó.

—Lao... no puedes estar refiriéndote a eso. No. Creo que no comprendo a lo que te refieres porque no puede ser...

Lao tomó un sorbo de su té y la observó atentamente.

—A lo que me refiero, Chloe, es a que te quiero en mi cama —murmuró en voz baja, observando con placer como ella se sonrojaba delicadamente al escuchar cada palabra—. Todas las noches. Y si nos tomamos nuestros deberes maritales a conciencia, mejor que mejor. No deseo que el legado de los Monteleone recaiga sobre una sola cabeza como hicieron mis padres. Estoy pensando en cuatro al menos.

—¿Cuatro niños? ¿Quieres tener cuatro hijos?

—Sí —le aseguró Lao—. Cuatro niños contigo, Chloe. Y a la manera tradicional, no en la consulta de un médico. En una cama. Contra la pared. En cualquier parte y en todas partes. ¿Te lo he aclarado ya lo suficiente?

Leo observó cómo ella iba asimilando sus palabras. Vio cómo la respiración se le entrecortaba. Vio en su rostro sentimientos que no era capaz de nombrar. Era un hombre que jamás había esperado nada de nadie, a excepción de aquella mujer... Por lo tanto, podía esperar algo más, pero solo un poco más.

—Yo... no lo comprendo —repitió ella, aunque el tono de su voz dejaba claro que estaba mintiendo.

—Yo creo que sí. Creo que me entiendes perfectamente.

En ese momento, por primera vez en su vida adulta, Lao Monteleone se encontró preguntándose si una mujer realmente lo deseaba.

Aquel concepto lo dejó atónito. Le resultaba tan imposible concebirlo que, si no hubiera estado allí, sintiendo una extraña sensación que tardó unos largos instantes en reconocer, se habría reído de sí mismo. La extraña sensación era incertidumbre.

Chloe se humedeció los labios y parpadeó una y otra vez, como si eso pudiera aportarle claridad.

—Nunca me has dado indicación alguna de que albergas esos sentimientos.

—Yo no albergo sentimientos, Chloe —le espetó él—. No confundas esto con empalagosa poesía. Tú ya eres mi esposa. Yo ya soy tu marido. Esta relación lleva demasiado tiempo sin consumarse. Lo que te estoy proponiendo es que demos un paso más allá.

—Que demos un paso más allá... —repitió ella, parpadeando.

—Como sabes, soy un hombre extremadamente ocupado. ¿Por qué iba a tomarme la molestia de divorciarme, para luego casarme otra vez antes de engendrar un heredero legítimo? Es una pérdida de tiempo y de esfuerzo cuando ya te tengo a ti, tú no tienes nada mejor que hacer y, además, ya estamos casados.

—Que Dios me perdone si soy yo quien te haga perder tiempo y esfuerzo —murmuró ella, entornando aún más la mirada.

—No hay razón alguna para no abordar este asunto de una manera eficiente. Eficiencia y circunspección. Es lo único que pido.

—Eficiencia... —repitió ella. La voz de Chloe había cambiado, haciéndose más aguda. Además, había un brillo desconocido en su mirada, un brillo que él no había visto en mucho tiempo y que sospechaba que era... temperamento—. Circunspección. Y, por supuesto, sexo contra las paredes, pero será mejor que obviemos esa parte.

Esa era la parte que Lao menos deseaba ignorar, pero nunca había imaginado que Chloe reaccionaría así. Más bien había estado seguro de que ella lloraría de gratitud del modo en el que lo había hecho cuando se casaron cinco años atrás y Lao se hizo cargo de todos los detalles de los que su padre la había dejado a cargo: facturas, casa, dinero, empleados...

No entendía por qué ella reaccionaba de un modo tan diferente o por qué se había imaginado que él la haría acudir a Sicilia para divorciarse de ella cuando podría haberle enviado los papeles a cualquier lugar del mundo en el que se encontrara.

—Ya disfrutas de los beneficios de mi protección —observó—. El único cambio serían los aspectos físicos de la relación —añadió, casi con una sonrisa—. Sin embargo, confío en que no encontrarás demasiado oneroso lo que yo requiero de ti.

Chloe lo miró fijamente durante un largo instante. Aquella mirada, casi eléctrica, hizo que Lao se tensara, pero entonces, ella la apartó y la posó sobre el regazo. Lao vio cómo se retorció las manos, como si estuviera muy agitada.

No podía encontrar ni una sola razón por la que ella debería sentir la más mínima agitación. Él le estaba ofreciendo algo por lo que, solo por experimentarlo, la mayoría de las mujeres serían capaces de matar. Sabía que no era solo la vanidad lo que le hacía pensar así. Era simplemente la verdad.

Tal vez Chloe se sentía abrumada. Tal vez nunca se le había ocurrido que él pudiera hacerle una oferta tan generosa. Por lo tanto, decidió esperar, seguro de que, al cabo de un instante, ella volvería a levantar la mirada, le sonreiría y aceptaría lo que solo se podría considerar una oferta increíblemente generosa por parte de Lao.

Una vez más.

Por muy irritante que le resultara que Chloe hubiera podido pensar que se iba a divorciar de ella, comprendía que hubiera podido llegar a esa conclusión en una situación como la suya.

Sin embargo, lo que él le acababa de proponer era un regalo.

En ese momento, Chloe levantó la mirada, pero no sonreía. No había lágrimas en sus ojos. Parecía como si, de repente, ella se hubiera convertido en una extraña ante él. Lao casi no la reconocía, tan extraña era su mirada y también el gesto que tenía en el rostro.

—No —afirmó.

La palabra pareció flotar entre ellos, como si ella la hubiera arrojado entre ambos atada a una piedra. Lao comprendió que no recordaba la última vez que alguien le había dicho no.

Chloe era una revelación, aunque no una de la que estuviera disfrutando.

—¿Cómo has dicho?

—He dicho no —repitió ella—. Voy a tener que rechazar tu oferta.

Lao esperó a que ella se explicara, pero Chloe no lo hizo. Se limitó a mirarlo fijamente y, entonces, se puso de pie como si tuviera la intención de salir del despacho y, posiblemente, de marcharse de la casa.

Lao se estaba empezando a cansar de tanta novedad.

—¿Ni siquiera te vas a molestar en decirme por qué has decidido rechazarme? —le preguntó Lao, casi con una cierta pereza. Chloe no podía ni imaginarse que aquella actitud podría indicar el momento en el que su esposo era más peligroso.

Chloe se detuvo en seco, pero no se dio la vuelta.

—Si lo que quieres es una mujer que tenga relaciones sexuales contigo cuando te interese —le espetó ella, con una voz que apenas reconocía, totalmente diferente al tartamudeo habitual cuando hablaba con Lao—, estoy segura de que podrás encontrar muchas voluntarias. Sin embargo, yo no estaré entre ellas.

Era como si Lao le hubiera pedido que fuera su prostituta. Él, que durante años no había hecho otra cosa que protegerla y que había llegado hasta ofrecerle el gran honor de convertirse en la madre de la siguiente generación de los Monteleone. Lao no se podía creer lo que estaba escuchando.

No le gustaba y no pensaba tolerarlo.

—Creo que me has malinterpretado, Chloe —dijo con un suave tono de amenaza que no intentó ocultar en modo alguno—. No ha sido una petición.

Capítulo 3

CHLOE apenas podía respirar. Sus pulmones parecían estar funcionando a marchas forzadas, pero no era capaz de aspirar el oxígeno que necesitaba. Cada nervio de su cuerpo parecía estar encendido y temblaba en lo más profundo de su ser, en lugares que no podía nombrar.

Por un momento, solo por un momento, había pensado que Lao se refería a algo completamente diferente. Algo que había despertado su lado más ardiente y salvaje...

Tendría que haberse imaginado que no era así.

Un hombre como Lao carecía de sentimientos. Él solo tenía acólitos y lo que le estaba proponiendo aquel día era que se convirtiera en uno de ellos con el único propósito de darle nada más y nada menos que cuatro hijos.

Más tarde, tal vez, pensaría en lo que se había imaginado que Lao le había estado diciendo y dejaría escapar sus sentimientos, pero no lo haría allí, delante de él. Su orgullo se lo impedía, aunque fuera lo único que le quedaba en aquellos momentos.

Había estado tan cerca... Tan cerca de aquel sueño, tan cerca que, por un momento, había visto la verdad de quién era, de tal vez lo que siempre había sido. Peor aún, la verdad de lo que sentía por Lao.

Desgraciadamente, las palabras de Lao habían hecho añicos su sueño. Y le dolían. Le dolía sobre todo que él no buscara en ella más que una hembra con la que criar a su prole. Además, tal y como Lao acababa de decirle, no había sido una petición y eso le dolía también.

En realidad, todo le hacía más daño del que había pensado, incluso más que cuando había estado convencida de que él quería divorciarse de ella. Al menos un divorcio tenía sentido.

Tendría que haberse imaginado que, en aquel caso, sus sueños no se iban a hacer realidad. Debería haber recordado que sus sueños nunca solían

cumplirse. Por ejemplo, era la muchacha cuya madre no había querido tener nada con ella y que había perdido a todos los que amaba.

Excepto uno, pero él era...

Era imposible y Chloe lo sabía. En realidad, siempre lo había sabido. De niña, Lao le había parecido una inmensidad. Más que un hombre, había sido para ella tan enorme e imponente como una montaña.

La verdad era aún más complicada. Lao era todo lo que había imaginado cuando era niña, pero también era un hombre y este hecho hacía que todo fuera muy... delicado.

Se dio la vuelta.

—Tú no me controlas, Lao —le dijo. No le gustó que su voz sonara más suave de lo que le habría gustado. Se irguió y cuadró los hombros.

Lao la miraba fijamente, con gesto duro y arrogante.

—¿No?

Chloe no se podía creer lo que estaba ocurriendo. Todo era muy diferente de lo que había imaginado, de lo que había esperado de aquella visita.

El Lao que estaba frente a ella era muy familiar en muchos sentidos, pero también un desconocido.

Debería haberse sentido escandalizada, ofendida, pero no sentía nada tan primario.

—Puedes desafiarme si lo deseas —le dijo él, con un tono algo despreciativo.

—Pues gracias por el permiso —replicó ella, sintiéndose muy orgullosa de la ironía que había inyectado a sus palabras.

—Pero ¿qué va a ser de ti, Chloe? —le preguntó él con el mismo tono de voz, engañosamente informal. Su actitud contrastaba con el acero de su mirada—. Creo que, en el mejor de los casos, resultará ser una victoria pírrica. Yo controlo tu dinero. Aquí, en esta finca, controlo tu cuerpo. No te puedes marchar sin mi permiso. Aunque te permitiera que te fueras, te cerraría el grifo y no tendrías dinero ni para llegar al mar. ¿Qué harías entonces?

—¿Me estás sugiriendo lo que creo que me estás sugiriendo? —le desafió ella—. Me siento como si me hubiera metido en un universo alternativo.

—Más bien es que por fin te has despertado, dusci mia.

Lao nunca la había llamado así antes.

—Por fin has abierto los ojos y has visto lo que tenías delante desde hacía mucho tiempo.

Chloe sintió que algo despertaba dentro de ella, algo fuerte y poderoso, como una especie de tsunami interno. Furia, tal vez, pero estaba totalmente segura de que jamás había experimentado una furia como aquella, tan ardiente, tan profunda. Sintió miedo de que hubiera algo más. Algo más parecido a la pena.

—Pensaba que eras mi amigo...

Era cierto que, en ocasiones, se había imaginado que Lao era su amigo. De hecho, eso era lo que más había ansiado, aunque hubiera algo más en lo más profundo de su ser. La amistad no era lo único que había imaginado con respecto a él y la idea de que su matrimonio fuera real en el sentido físico cuando no podía serlo en las facetas que ella más ansiaba le dolía.

Y sospechaba que Lao lo sabía. Estaba convencida de que sabía todos los pensamientos que ella había albergado sobre él. Cada sueño. Cada deseo.

—Algunos dirían que yo soy el mejor amigo que has tenido nunca — dijo Lao.

No se había movido, pero Chloe se sentía como si él hubiera cerrado la distancia que los separara y le hubiera agarrado el cuello con una de sus fuertes manos. Se sentía sin aliento. Y, como si él supiera aquello también, se metió las manos en los bolsillos.

—¿Acaso no me he ocupado de todos tus deseos a lo largo de estos cinco años? ¿Acaso no he hecho todo lo que me has pedido? ¿Se te ocurre acaso un amigo mejor que yo?

—Qué deprimente resulta que incluso el gran Lao Monteleone solo es amable con una mujer cuando tiene motivos ocultos para serlo.

Chloe parpadeó, sin poder comprender lo que sentía. Ya no importaba si era pena o furia.

—No entiendo esta reacción, cuando resulta evidente que siempre ha habido atracción entre nosotros —dijo él. No parecía sentirse en absoluto insultado.

Sin embargo, a Chloe no le pareció que eso fuera algo bueno, porque significaba solo que él era un desconocido para ella. Acababa de ver por fin al hombre sobre el que había leído en la prensa. El oponente formidable, tal y como se referían a él en los círculos de poder. Nunca había identificado al Lao que ella conocía en aquellas descripciones, pero acababa de verlo en aquellos momentos. Hablaba de atracción como si ella se comportara de modo pueril al fingir que no era así. O si lo fuera también por desear que no hubiera tanto cinismo en el modo en el que él había hablado.

—En ese caso, ya somos dos los sorprendidos, porque no reconozco a mi hermanastro en el hombre que me amenaza del modo en el que acabas de hacerlo ahora mismo.

Durante un instante, Lao consideró sus palabras. Chloe pensó que tal vez había conseguido llegar a él, pero, segundos después, Lao soltó una carcajada.

—Debes de estar algo trastornada si piensas que el hecho de ser mi esposa en todo el sentido de la palabra es una amenaza, Chloe. Yo sentiría la tentación de considerar esta conversación un insulto, pero el problema es que no te creo.

—¿Que no...? —repitió ella. Sacudió la cabeza como si quisiera ordenar el clamor que resonaba dentro de ella y que, a cada segundo que pasaba, parecía hacerse más fuerte—. No se trata de creer. Es cierto que has controlado muchos aspectos de mi vida a lo largo de todos estos años, pero es mi vida. Pensaba que me estabas ayudando y no... recogiendo pruebas para usarlas en mi contra de esta manera.

Para su sorpresa, Chloe se dio cuenta de que él parecía casi orgulloso.

—Y yo aquí pensando que tu personalidad había muerto con tu padre, Chloe.

Ella se sintió como si Lao le hubiera dado una bofetada.

—¿De verdad estás tratando de utilizar la muerte de mi padre en mi contra?

Lao se encogió de hombros lánguidamente, como si nada de lo que estaba ocurriendo lo afectara.

—Te recuerdo de niña —le dijo, aunque no la estaba mirando como si lo fuera—. Decías lo que sentías sin consideración alguna por nadie que te rodeara y sin falsas muestras de cortesía. Eso me resultaba muy

refrescante. Sin embargo, cuando viniste aquí hace cinco años, era como si estuvieras a la deriva. Y, por lo que yo puedo decir, creo que llevas perdida desde entonces.

Chloe abrió la boca para defenderse, pero había algo en el brillo de los ojos de Lao que se lo impidió—. No tienes propósito alguno en tu vida, Chloe. Andas de acá para allá, de un empleo a otro sin centrarte en nada. ¿En qué estás ahora? ¿De adorno en una galería de arte del Soho?

—No soy ningún adorno. Soy asistente.

—Ah. ¿Y en qué asistes exactamente? ¿Qué sabes tú sobre el arte?

—Sé que me gusta, lo que es mucho más de lo que puedo decir sobre ti.

—No sé si te refieres a que no sabes si me gusta el arte o si lo que ocurre es que yo no te gusto —replicó Lao con feroz indiferencia—. Sea como sea, no va a durar. Sea cual sea el entusiasmo que tienes ahora, terminará y te pondrás manos a la obra en otro objetivo, que carecerá igualmente de propósito. ¿Qué futuro ves para ti? ¿Dónde crees que estarás dentro de diez años?

Chloe no sabía por qué estaba temblando. Solo sabía que ya no podía contener lo que estaba sintiendo. Era una pena porque, sin duda, él estaría viendo el modo en el que aquella conversación la estaba afectando y, seguramente, lo atribuiría a la causa equivocada.

«O tal vez la correcta», pensó llena de congoja.

No. Estaba segura de que era furia. Una furia profunda, abrumadora y llena de sentimiento.

—Donde yo vaya a estar dentro de diez años no importa —repuso. A pesar de que estaba temblando, no recordaba otro momento en el que hubiera sido tan consciente de... de todo. El modo en el que él la miraba, la pasión que había en sus ojos. El fuego que ardía dentro de ella y que no podía ignorar—. Vine aquí para divorciarme. Te agradezco que me hayas cuidado estos últimos cinco años, aunque estos fueran tus motivos para hacerlo. Sin embargo, a partir de ahora, soy perfectamente capaz de ocuparme de mis propios asuntos.

Chloe estaba segura de haber hablado muy bien, pero Lao no parecía en absoluto impresionado.

—¿De verdad? Creo que no tienes ni idea de qué significa eso de tus propios asuntos. ¿Acaso sabes lo que yo hago por ti?

—Me lo puedo imaginar.

—Me parece que tienes la impresión de que tú, a pesar de no tener preparación académica alguna y de haberte pasado los últimos cinco años fingiendo trabajar en relaciones públicas o en una galería de arte porque te encontraban bonita, estás preparada para tomar las riendas de una multinacional, con todas las implicaciones y consideraciones financieras que ello conlleva. Eso por no hablar de tu propia fortuna personal, sobre la que nunca has preguntado ni siquiera una vez durante estos cinco años, una fortuna de la que yo me he ocupado y he multiplicado. Dime, Chloe, ¿sabes acaso lo que vales?

Chloe se sonrojó y, entonces, hizo lo único que se le ocurrió. Abrió la boca y soltó una cifra que había leído en una revista hacía un año aproximadamente. No se sintió mejor cuando Lao se limitó a sacudir la cabeza como si ella le hubiera desilusionado.

—Ni siquiera sabes lo suficiente como para conocer que yo disfruto proporcionando cifras como esa para divertirme. Me gusta ver lo que ocurre cuando dejas escapar esos globos sonda. Me gusta ver qué pasa —comentó con un suspiro. Chloe no tardó en comprender que Lao no había terminado—. Sin embargo, eres capaz de venir aquí a mi casa y repetir los mismos números falsos que yo filtré de la misma manera que me dices que estás preparada para manejar tú sola todo lo que yo he estado haciendo por ti. Por supuesto que podría dejar que te ocuparas en solitario de todo. De hecho, casi siento la tentación de hacerlo porque sé que probablemente eres demasiado testaruda para darte cuenta hoy de lo que te estoy diciendo. Lo único que conseguirías sería desperdiciar tu tiempo y luego, más tarde, el mío cuando vengas arrastrándote de nuevo para pedirme ayuda.

—Te aseguro que eso no va a ocurrir nunca, Lao.

—Por supuesto que no —afirmó él mirándola muy fijamente—, porque no tengo intención alguna de permitir que ocurra.

—Estás muy equivocado.

—¿Sí?

—Sí.

Sin poder contenerse, Chloe extendió las manos para implorarlo. Quería odiarse por suplicar, pero no podía hacerlo. Las condiciones que él le había impuesto eran imposibles.

—En realidad no quieres esto. Sé que no lo quieres...

—Lo que me interesa mucho más es el porqué crees que tú no lo quieres —replicó él—. ¿Acaso te doy asco? —le preguntó levantando las cejas.

Lao no parecía estar muy preocupado por la respuesta que ella fuera a darle, por lo tanto, Chloe sabía que debía responderle que así era. Que sentía asco por él. Que el concepto de ser su esposa en todos los sentidos le resultaba repulsivo, que nunca había pensado en él más que como una especie de hermano. Sin embargo, sabía instintivamente que, si pronunciaba aquellas palabras, Lao se divorciaría inmediatamente de ella y nunca más lo volvería a ver.

Solo tenía que pronunciarlas, pero no podía hacerlo. No podía mentirle y mucho menos sobre eso. En muchos sentidos, sabía que se había estado mintiendo a sí misma a lo largo de todos aquellos años y lo estaba experimentando en la tensión que sentía en aquellos momentos entre las piernas.

Lao la observaba muy intensamente, demasiado. Además, había algo eléctrico en el espacio que había entre ellos. Las sensaciones resultaban casi aterradoras.

—Si es así —le dijo él, como si Chloe le hubiera respondido. Como si se hubiera atrevido—, te voy a dar el mismo consejo que te di cuando querías empezar a beber alcohol.

Chloe lo recordaba demasiado bien. Siempre le había gustado cuando Lao le dedicaba toda su atención. Por aquel entonces, ella tenía tal vez unos catorce años. La amiga del internado que estaba pasando las Navidades en su casa se había emborrachado y se había puesto muy tonta. Lao se había propuesto que ella no se comportara de la misma manera.

—Los hombres se emborrachan constantemente —le había replicado Chloe muy enojada, porque, por aquel entonces, aquel era su estado de ánimo natural—. ¿Por qué importa que una chica haga lo mismo?

—Porque el mundo es injusto —le había replicado Lao con su habitual franqueza—. Los chicos suelen convertirse en vándalos cuando se emborrachan. Por el contrario, las chicas borrachas se convierten en víctimas muy fácilmente. El modo de evitarlo es no beber nunca más allá de lo correcto, Chloe. Y no hacerlo para buscar el olvido.

Chloe no había querido decirle que, de su grupo de amigas, ella era siempre la que tenía cuidado. Nunca había bebido hasta perder el control, como le ocurría al resto. En su opinión, estar borracha le hacía parecer

poco sofisticada. No quería que Lao la viera en una situación en la que hubiera perdido el control.

—Si tienes alguna duda —le había aconsejado él por encima del ruido de la gran fiesta que se estaba celebrando y de las arcadas de su amiga en el cuarto de baño—, te aconsejo que pruebes lo que todo el mundo esté bebiendo, pero con cuidado. ¿Cómo vas a saber sino si te gusta? Sin embargo, nunca bebas nada que no hayas visto cómo abren delante de ti y cómo te lo sirven personalmente. Por favor —añadió mientras le tocaba suavemente la punta de la nariz con un dedo.

Chloe recordaba más claramente aquel gesto que el consejo en sí. Aquel ligero contacto le había provocado una sensación ardiente en la punta de la nariz. Como si significara algo para él.

—Veo que lo recuerdas tan bien como yo —le dijo Lao, devolviéndola al presente. Una vez más, seguía sin sonreír, aunque había una ligera curvatura en la comisura de sus labios—. No voy a darte un golpe en la cabeza para llevarte a mi cueva como si fuera un neandertal. Sin embargo, te invito a que pruebes lo que te estoy ofreciendo antes de que lo rechaces de pleno. ¿Tan terrible es? ¿De verdad crees que se merece el nivel de drama que estamos viendo aquí hoy?

Chloe sintió que él se estaba mostrando deliberadamente condescendiente. Quería provocarla y lo estaba consiguiendo. Lo que Chloe no comprendía era por qué no se daba la vuelta y se marchaba de allí. ¿Y si lo intentaba? Podría comprobar si era cierto que no se podía escapar de aquella finca sin su permiso.

Sin embargo, no se movió.

—Te considero un hermano —mintió. Nunca había sido así. Lao siempre había sido mucho más para ella—. Nada más.

—No lo creo.

Lao se acercó a ella. Chloe sintió que el pulso se le aceleraba.

—No creo que me conozcas mejor de lo que me conozco yo a mí misma —le espetó—. Ni siquiera sé por qué piensas que podría ser así. Te aseguro que no me conoces en absoluto.

—Chloe, eres mi esposa. Tal vez tú te hayas pasado todos estos años totalmente perdida, pero yo no. Yo siempre he sabido dónde estabas y quién eres exactamente.

Chloe tragó saliva.

—¿Me has seguido?

—Te he protegido de todas las maneras que he podido —replicó Lao—. Tal y como te prometí.

Lao se acercó un poco más y extendió la mano. «Por fin», susurró alguien dentro de Chloe. Entonces, él empeoró aún más la situación, o tal vez la mejoró, deslizando una mano por la melena de Chloe. Lo hizo muy suavemente, cuando las palabras que había pronunciado hasta aquel momento habían sido duras. Exigentes. Tanta dulzura hizo que ella se echara a temblar una vez más.

—Lao... yo...

—Dusci mia —murmuró mientras la enorme mano le enmarcaba el lateral del rostro. La palma era cálida como los rayos del sol—. Bésame...

Capítulo 4

CHLOE quería echar a correr, pero no para escapar de Lao, sino para acercarse aún más a él, si tal cosa era posible.

Tenía la mano tan cálida y la mirada de sus ojos resultaba tan dominante que pensó que lo sería. Lao se ocuparía de ello.

Todo su cuerpo se sentía totalmente estirado entre aquellos extremos, la mano y la mirada de Lao, como si fueran solo eso, extremos, en vez de representar a Lao Monteleone en toda su gloria.

Chloe deseaba luchar con él, contra sí misma. No era que no lo deseara. En realidad, lo deseaba y mucho.

Comprendió que, en aquella ocasión, no iba a tratarse solo de un pequeño golpecito en la nariz, como si ella no fuera más que una mascota. Chloe nunca sabría cómo era posible que hubiera estado allí todo aquel tiempo, fingiendo que le disgustaba el concepto de convertir su relación en algo más real cuando la verdad era que lo que más le preocupaba era que pudiera perderse en todos los sentimientos que, deliberadamente, había mantenido a raya durante todos aquellos años. Sentimientos a los que se había negado a poner nombre.

¿Y si se dejaba llevar y perdía totalmente el control mientras él permanecía completamente indiferente?

Solo pensarlo le resultaba totalmente insoportable.

Y la mano de Lao seguía sobre su mejilla. Tenía una mirada tan intensa, tan exigente... Chloe, por una vez en su vida, no se sintió perdida. Al contrario. Nunca se había sentido más centrada de lo que se sentía en aquellos momentos. Era como si no hubiera tenido nunca otra opción que no fuera aquella.

Se deslizó ligeramente hacia delante. El corazón le latía con fuerza en el pecho, tanto que le dolía. Entonces, levantó una mano para poder

apoyarla torpemente sobre el increíble torso de Lao, tan firme como un muro de piedra.

Durante un instante, se limitó a permanecer inmóvil, atónita por su propia temeridad. Tal vez lo que verdaderamente la sorprendió fue el modo tan sencillo y ligero en que aquella caricia pareció rebotar dentro de ella, iluminándola por completo y haciéndola brillar desde el interior.

Una parte de ella, tal vez todo su ser, esperaba que él tomara la iniciativa. Tal vez eso era lo que Chloe quería que él hiciera, que inclinara la cabeza, la tomara entre sus brazos y la hiciera volar.

Tal vez había dado por sentado que eso sería precisamente lo que él haría. Sin embargo, a pesar de todo lo que le había dicho y todas sus amenazas, tanto directas como indirectas, Lao permaneció totalmente inmóvil.

Se estaba limitando a esperar.

A medida que pasaban los segundos, la situación se hizo mucho más intensa, más eléctrica.

Chloe tardó una eternidad, o al menos así se lo pareció a ella, en levantar la mirada desde donde la había colocado, entre las planicies de los firmes pectorales de Lao. Sentía el calor de su piel, de su cuerpo... El momento le estaba resultando tan erótico que la cabeza le empezó a dar vueltas. Podría haberse quedado así para siempre, pero Lao le había dicho que lo besara. Chloe sabía que no podía dejar de obedecerlo porque, en lo más profundo de su ser, estaba la verdad que hasta el propio Lao había sabido desde el principio. Chloe deseaba besarlo. En realidad, deseaba mucho más que un simple beso. Incluso cuando él solo había sido su hermanastro.

Sabía que, si hubiera dependido solo de ella, jamás lo habría admitido, pero eso no lo convertía en mentiras, no cambiaba la inexorable atracción que sentía en aquellos momentos. Por fin, estaba muy cerca de él, tocándolo. Resultaba tan abrumador que simplemente quería poder cerrar los ojos y desaparecer dentro de él.

Levantó la cabeza y dejó que el magnetismo de Lao la guiara, la atrajera y se adueñara de ella. Le pareció totalmente natural levantar la cabeza, ponerse de puntillas y colocar en ángulo el rostro contra el de él. Entonces, por fin, pudo avanzar un poco más para apretar la boca contra sus labios.

Durante aquel periodo de tiempo, que pudo haber sido un segundo o una eternidad, no hubo nada más.

La presión de los labios. El aroma de Lao. El modo en el que su propio corazón parecía una fuerza desbocada dentro de su pecho, un trueno profundo que se había adueñado por completo de ella, creando conmoción en los lugares más recónditos de su cuerpo, girando y girando, enviando sensaciones a todos los rincones de su ser antes de asentársele por fin entre las piernas.

Su cuerpo parecía brillar.

Chloe se reclinó contra él, desesperada. Buscando y queriendo cosas que ni siquiera sabía cómo nombrar. Solo sabía que quería más, fuera lo que fuera, mientras procediera de Lao.

Cuando él movió las manos por fin, colocándole la boca justo donde quería para cambiar el ángulo y conseguir que los labios se deslizaran sensualmente, fue como si algo dentro de ella comenzara a cantar.

No podía olvidar, ni siquiera por un momento, que aquel era Lao. Su Lao.

Era Lao el que le lamía deliciosamente los labios antes de profundizar el beso. Chloe sintió cómo la lengua de él acariciaba la suya y se dejó llevar. No sabía qué era más embriagador, si el sabor de su boca o las sensaciones en sí mismas, aunque podría ser que aquel beso estuviera por fin ocurriendo.

Con el otro brazo, Lao le rodeó la espalda y la inmovilizó, inclinándose sobre ella. Chloe ya no tuvo que ponerse de puntillas, sino que se echó hacia atrás ligeramente para recibirlo.

Lao volvió a besarla. Lo hizo una y otra vez y Chloe le devolvió el beso en cada envite.

Comprendió por fin muchas cosas. Los sueños que había tenido durante años. Cómo había hecho siempre todo lo posible por estar cerca de él, sin importarle lo vana que pudiera ser la excusa.

Cinco años atrás, había acudido a él como si fuera el único hombre sobre la tierra. La única persona. Como si solo él pudiera ayudarla.

Lao no dejaba de besarla. Sus besos eran fuego y luz. Era mucho, muchísimo mejor que todo lo que había imaginado a lo largo de todos aquellos años, desde que era tan solo una niña. Quería bailar en la llama de aquellas sensaciones durante toda la eternidad, deslizarse por su cuerpo,

sentir cómo él la tomaba en brazos y se desnudaban después para sentir piel contra piel...

Cuando Lao se apartó de ella, tenía aún un gesto duro en la mirada, pero también se reflejaba el triunfo en su rostro. A Chloe no le importó, porque ella misma también se sentía triunfante. Porque, durante un instante, solo durante un instante, el gran Lao Monteleone parecía tan aturdido como ella.

Todo desapareció en un minuto, pero Chloe decidió que se aferraría a ello de todas formas. Atesoraría los recuerdos para siempre.

Lao volvió a acariciarle suavemente el cabello, aunque en aquella ocasión, cuando terminó, le deslizó los dedos hacia un lado del rostro. Con el pulgar, comenzó a trazarle el labio inferior.

—Creo que nos irá muy bien —dijo en voz baja. No parecía dispuesto a debatir aquel punto.

A Chloe le habría gustado argumentar aquel punto, aunque solo fuera para que él no asumiera ciertas coas. Sin embargo, no pudo transmitir el mensaje desde el cerebro hasta la boca. Y la mirada de triunfo que había en el rostro de Lao se intensificó aún más.

Un tórrido deseo pareció cobrar vida de nuevo entre ellos, pero Chloe dio un paso atrás. Tenía que alejarse de él todo lo que pudiera para poder pensar. No sabía lo que quería hacer a continuación, pero no parecía que importara de todos modos. Evidentemente, Lao había visto lo que había ocurrido entre ellos como una capitulación por parte de Chloe. Echó a andar y salió al pasillo para llamar a uno de sus empleados, al que dio después instrucciones en rápido italiano. Después, se volvió de nuevo a mirar a Chloe.

—Tienes que instalarte —le dijo. Chloe notó que no le había preguntado si era eso lo que le gustaría hacer. Había tomado la decisión como, presumiblemente, lo hacía con todo. Una vez más, quiso argumentar, pero la boca no parecía pertenecerle. Notaba el sabor de Lao en la lengua y lo único que podía hacer era devolverle la mirada mientras se preguntaba por qué nadie le había advertido nunca que besar a un hombre como Lao tendría como consecuencia que su cuerpo entero parecía el de otra persona. El de él.

—Mis empleados se encargarán de todas las necesidades que puedas tener, Chloe. Nos reuniremos de nuevo esta noche.

Resultó evidente que Lao no esperaba que Chloe comentara nada al respecto y, mucho menos, que se opusiera a lo que él le acababa de decir. Se dio la vuelta y se dirigió hacia su escritorio mientras que Chloe se veía obligada a abandonar el despacho al ver que varios empleados de Lao ya la estaban esperando.

Hasta que enfilaron un pasillo por el que nunca había pasado antes, Chloe no volvió a ser la de antes. Antes de que pudiera comentar nada al respecto, los empleados la hicieron pasar a una maravillosa suite. Inmediatamente, comprendió que pertenecía a Lao.

Evidentemente, todo el palacio le pertenecía a él, pero aquel era su territorio.

La última vez que Chloe estuvo allí, se había alojado en una de las suites de invitados. A pesar de que también había sido muy lujosa, la suite de Lao estaba a otro nivel. La decoración se basaba en la piedra y en la madera oscura, pero había unos amplios ventanales y varias puertas francesas que se abrían a una terraza desde la que se podía divisar la belleza de la isla y contemplar cómo el cielo y las montañas se fundían con el mar.

Chloe pensó que la dejarían sola inmediatamente, pero se vio rodeada de varias asistentes femeninas que se dispusieron a acicalarla y a sacarle brillo a todas las partes de su cuerpo.

Retiraron la laca de uñas de los dedos de los pies y de las manos, para pintarlas después de un rojo muy vivo. Después, la condujeron a una sala contigua, en la que había una mesa de masaje. Varias esteticistas se pusieron a trabajar. Primero, depilación a la cera, luego un tratamiento facial y, para terminar, un masaje para relajar todo el cuerpo.

A Chloe siempre le habían gustado mucho los spa. Junto a sus amigas, había acudido a algunos muy bonitos, pero no recordaba nunca haber tenido un tratamiento similar a aquel en ninguno de ellos.

Tuvieron que pasar varias horas antes de que se le ocurriera que, en realidad, aquello no era un regalo que Lao le estaba dando. Se estaba preparando su propio regalo. Estaba preparando a Chloe para más tarde.

Chloe sintió que una profunda debilidad se apoderaba por completo de su cuerpo. Se alegró de estar tumbada.

Por fin, cuando terminaron de prepararla, la condujeron al dormitorio. Chloe pensó que tal vez Lao estaría allí, pero la sala estaba

vacía. Además, le bastó solo una mirada para estar totalmente segura de que aquel dormitorio no era el de Lao.

Era una estancia muy espaciosa, con una cama con dosel, un diván de estilo antiguo y una amplia selección de muebles muy valiosos. Había una puerta que conducía a un enorme cuarto de baño, con una estupenda bañera de cobre situada junto a un amplio ventanal. Otra daba al vestidor, que era tan espacioso como una boutique, pero fue a través de la tercera puerta cuando encontró por fin lo que estaba buscando.

Había otro dormitorio, comunicado con el suyo, separado por su propio vestidor y también por el de Lao, que estaba repleto de hermosas prendas que despedían su masculino y fragante aroma.

Chloe comprendió por fin que Lao la había instalado en el dormitorio que estaba adjunto al suyo, tal y como los hombres de la clase alta solían hacer con sus esposas. Y, ciertamente, Lao pertenecía a la clase más alta.

Supo inmediatamente que aquel era el dormitorio de Lao porque era mucho más masculino. El aroma que reinaba en la estancia, el aroma de Lao, le hizo echarse a temblar. Sobre todo cuando vio la cama, amplia y muy grande, que dominaba el espacio desde la pared opuesta.

Tardó unos instantes en conseguir que su respiración volviera a la normalidad.

Decidió que lo más sensato sería regresar a su propio dormitorio. Cuando llegó, se dirigió inmediatamente a los amplios ventanales, desde los que se dominaba una maravillosa vista de la finca Monteleone.

A pesar de que consiguió controlar la respiración, la sensación de nerviosismo y de un cierto mareo aún seguía dominándola. Solo tenía que pensar que ella era un regalo para Lao para que su estado volviera a alterarse.

Poco a poco, consiguió someterlo lo suficiente para poder pensar o, al menos, intentarlo.

No había esperado nada. Había acudido a Sicilia aquel fin de semana solo porque Lao se lo había pedido, completamente convencida de que sabía el propósito de su visita. Había esperado que Lao le presentara los papeles del divorcio y, tal vez, una cena de despedida. Ella le habría expresado de nuevo su gratitud y habría regresado a Londres al día siguiente.

Jamás se habría imaginado la propuesta que él le iba a hacer.

Y mucho menos el beso. Y qué beso...

Decidió que no podía dejarse llevar de nuevo por aquella oleada de sensaciones.

Trató de realizar un pensamiento crítico, algo que nunca había sido su punto fuerte y mucho menos cuando estaba en la órbita de Lao. Sin embargo, debía reconocer que no había razón alguna para no conseguir que aquel matrimonio funcionara. Tanto para ella como para él. Lao no era el único que esperaba conseguir lo que tanto deseaba de aquel matrimonio. Cuatro hijos.

Chloe siempre había deseado tener hijos, aunque de una manera genérica, distante, en algún momento del futuro. No inmediatamente. Sin embargo, no tenía que preocuparse por ello, a pesar de que Lao lo hubiera planeado todo cuidadosamente. Cada tres meses sin falta, iba para que le inyectaran un anticonceptivo en la cadera, no porque lo necesitara, sino porque siempre había pensado que, en cualquier momento, podría decidir que había llegado el momento de empezar una vida alocada y salvaje.

Había estado esperando para tomar esa decisión en particular durante mucho tiempo. Lao era el único hombre que podría provocar esa clase de respuesta en ella. No podía negar que le resultaba muy excitante, una fantasía que siempre había tenido y que se había materializado en aquel beso... y en lo que pudiera suceder a continuación.

Sentía de nuevo el ardor dentro de ella, provocándole una agradable tensión que recorría cada rincón de su cuerpo. No se le ocurrió otra forma de aliviarlo que apoyar la frente sobre el cristal de la ventana. Pensó sobre el hecho de que, aunque tenía la intención de aceptar todo lo que aquel matrimonio pudiera ofrecerle, sabía también que podría hacerlo solo porque no tenía que preocuparse por las consecuencias que Lao afirmaba desear.

Tal vez él creía que conocía todos sus movimientos, pero no era del todo cierto. Había ido a ponerse su inyección hacía solo una semana, con lo que tenía tres meses para explorar lo que pudiera ocurrir sin preocuparse por un embarazo. Tres meses para ver lo que sentía sobre el hombre que solo buscaba herederos cuando ella buscaba... mucho más. Sin embargo, no podía dejar de pensar que, si Lao supiera que ella no podía quedarse embarazada inmediatamente, no habría dado aquel paso. Si de verdad lo sabía todo sobre ella, ¿por qué había decidido dar ese paso precisamente en aquel momento?

Para Chloe, lo que significaba era que podía dejarse llevar. Podía cumplir sus sueños y ver si de verdad merecían la pena. Después, si no le gustaba, podría marcharse sin mirar atrás.

Podría conseguir que Lao tuviera una falsa sensación de seguridad. Estaba totalmente convencida. Él estaba tan seguro de sí mismo y de ella, que no esperaba que Chloe pudiera tener otros planes. No había razón alguna para que ella no le dejara pensar así durante el tiempo que le resultara conveniente. Después, podría hacer lo que quisiera, pero, en aquella ocasión, sin tener que preguntarse por lo que se estaba perdiendo.

Más tarde, las mujeres que la habían ayudado a prepararse volvieron a presentarse ante ella y la llevaron con mucha pompa al vestidor, donde se dispusieron a vestirla para la cena.

—Pero esta no es mi ropa —dijo Chloe mientras se detenía en seco en la puerta.

—El señor Monteleone quería asegurarse de que usted tuviera tantas opciones como fuera posible —le explicó una de ella—. Es muy generoso —añadió con una sonrisa.

Sin pensar, Chloe se llevó los dedos a los labios. La sensación que le había producido el beso de Lao parecía acrecentarse aún más a medida que iban pasando las horas. Habría esperado que ocurriera todo lo contrario, pero era como si aquel beso estuviera grabándosele en la carne, convirtiéndose en parte de ella.

Se recordó que, en aquella ocasión, era ella quien iba a tener las riendas de la situación.

—Sí, es muy generoso —afirmó sonriendo también—, pero esta noche prefiero ser yo misma.

Debía mantenerse firme en su resolución y recordárselo constantemente. Todo había empezado con un beso que le había puesto su mundo patas arriba, pero debía seguir siendo ella misma.

Para su sorpresa, las mujeres no trataron de rebatir su decisión. Sonrieron y asintieron como si hubieran esperado aquella decisión desde el principio.

—Como desee, señorita —le dijo la misma mujer—. En ese caso, nosotras simplemente acrecentaremos su belleza natural.

Chloe descubrió lo que significaban aquellas palabras cuando sacó el sencillo vestido negro que se ponía para todo, se lo puso y las mujeres

transformaron su aspecto en un abrir y cerrar de ojos y le dieron un aspecto elegante y sofisticado. Le realizaron un sencillo recogido en el oscuro cabello que le daba un aspecto muy elegante y, a continuación, la maquillaron con habilidad hasta conseguir que pareciera que estaba iluminada desde el interior. Por último, a pesar de las protestas de Chloe, le pusieron unos pendientes de diamantes en las orejas y una delicada pulsera en una muñeca e incluso le cambiaron los zapatos por otros más llamativos. Entonces, la animaron a salir de la suite con risas y frases en italiano, con las que parecían dejarle muy claro que no podía volver al interior.

Por lo tanto, a Chloe no le quedó más remedio que bajar a la planta principal. Chloe sabía que Lao la estaría esperando y se sentía muy nerviosa. Echó a andar por el amplio pasillo. No hacía más que mirarse en los espejos por los que pasaba. Notó que tenía un ligero rubor en las mejillas, lo que, unido al maquillaje que le habían aplicado las mujeres, le daba un aspecto maravilloso.

No estaba segura de si se sentía como una elegante novia o como un sacrificio.

«¿Por qué no las dos cosas?».

Sonrió y tragó saliva mientras se dirigía al último tramo de escaleras. Entonces, vio que, al final de la impresionante escalinata, Lao la estaba esperando. La observaba atentamente con su mirada de acero. Chloe tuvo que detenerse unos instantes para recuperar el aliento y echó de nuevo a andar en cuando se sintió más segura.

Cuando por fin llegó al último escalón, Lao le tomó la mano y, durante lo que le pareció una eternidad, se limitó a observarla.

—Verdaderamente —susurró por fin, dejando que su sugerente voz la envolviera—, eres una belleza, Chloe.

Ella nunca se había sentido más hermosa. En realidad, nunca había creído en su belleza, pero lo creía a él. Sentía la verdad que emanaba de sus palabras.

Lao llevaba puesto uno de esos trajes oscuros hechos a medida que tan bien le sentaban. Hacían destacar la anchura de sus hombros y la esbeltez de sus caderas.

—Tú también, Lao —replicó suavemente. Al ver que él parecía muy sorprendido, sonrió. Aquella reacción le hizo preguntarse si nunca nadie le hacía cumplidos por lo imponente y distante que era en todos los aspectos.

No pudo seguir pensando durante mucho tiempo. Lao se llevó la mano a los labios y la besó cortésmente, depositándole un delicado ósculo en los nudillos.

Aquel gesto debería haberle provocado una carcajada. Debería haberle hecho sentirse anticuada, de otra época, pero no fue así. Después de todo, estaba en un antiguo castillo, construido sobre un acantilado de una isla que rezumaba historia.

Además, el ligero roce de los labios sobre el reverso de la mano hizo que su cuerpo se tensara y que, inmediatamente, comenzara a arder.

—Bienvenida, querida —murmuró él. El ardor que había en su mirada hizo que Chloe experimentara una tensión inmediata, en especial entre los delicados pliegues que tenía entre las piernas. El corazón comenzó a latirle alocadamente—. Nuestra noche de bodas. Por fin.

Capítulo 5

LAO se había pasado todo el día muy distraído, algo que era inaceptable en todos los niveles. La razón de tener esposa, tal y como su padre le había dicho siempre, era para que un hombre pudiera centrarse más, no menos.

—Muchos hombres desperdician su vida en la persecución de mujeres —le había dicho su padre cuando Lao tenía apenas trece años—. Un hombre sensato se busca esposa pronto para que pueda centrarse en las cosas que verdaderamente importan.

Lo que, en su caso, significaba otros asuntos que no fueran la madre de Lao. Él sabía que su padre habría encajado mejor en el siglo anterior porque no había sido especialmente amable con la esposa elegida, pero también sabía que un hombre de su posición tenía que prestarle atención al trabajo. Se permitía un cierto grado de excentricidad. Incluso se animaba a que así fuera. Sin embargo, en el momento en el que dejara de centrarse sería cuando la reputación de los Monteleone podría sufrir un golpe crítico. En un abrir y cerrar de ojos, el trabajo de siglos podría desaparecer.

Lao había esperado mucho tiempo, demasiado, pero, parecía que, por fin, aquella espera estaba a punto de finalizar. Y, aquella noche, tenía la intención de disfrutar de todas las maneras posibles.

Lo ayudaba mucho que Chloe pareciera un sueño hecho realidad y, además, ella también lo miraba como si sintiera lo mismo.

La condujo a través del castillo, pero no la llevó al comedor de gala. Aquella noche buscaba algo mucho más íntimo, algo memorable y mágico. La llevó al exterior y, una vez allí, tomó un sendero muy bien iluminado que transcurría prácticamente por el borde del acantilado.

—En el pasado, este era el camino que los soldados realizaban durante su guardia todas las noches —le explicó—. Desde aquí, podían ver si los enemigos se acercaban, aunque estuvieran muy lejos.

—¿Y luego peleaban con ellos?

—Una de las mayores ventajas del Castello Monteleone es que su posición es tan privilegiada que se podían evitar muchas batallas antes de que tuvieran lugar. En ocasiones, mis antepasados se limitaban a atrincherarse tras los muros y a controlar los caminos que rodeaban el castillo de tal manera que podían matar a sus enemigos antes de que ellos pudieran hacerles daño.

Chloe sonrió.

—Ya imaginaba yo que las venganzas de sangre formaban parte de la historia de Sicilia.

—Las vendettas son como la vida, obviamente. Ningún siciliano te diría lo contrario, pero las rencillas desaparecen si no queda nadie de la sangre de los enemigos. Mi familia siempre ha preferido mirar al futuro.

Tomaron un ligero recodo en el camino. Lao se sintió más contento de lo que debería haber estado cuando oyó que ella contenía el aliento. Cuando se giró para mirarla, vio el asombro reflejado en su rostro.

La torre a la que había llevado a Chloe era tan solo una ruina, pero el lugar se había transformado según lo que Lao había especificado. Su personal había colgado antorchas en lo que quedaba del tejado, creando un ambiente perfecto para una cena íntima

Lao no era ningún romántico. Nunca se había dejado llevar por el sentimentalismo, pero no le hacía falta mucho para comprender que Chloe, la soñadora, la perdida, sí disfrutaba con aquellos detalles.

La condujo a la mesa y se tomó su tiempo para que ella se acomodara por completo en el asiento. Entonces, se sentó enfrente, al otro lado de la acogedora mesa que había encargado.

—Esto es mágico —susurró ella mirando a su alrededor. Había velas en todas las superficies posibles. Se habían colgado tapices en los agujeros de lo que, en el pasado, habían sido las paredes de los tres lados que quedaban de la torre. La cuarta no estaba, con lo que se creaba un espacio recogido, pero abierto a la vez, permitiendo el disfrute del aire de la noche, de las rutilantes estrellas y del mar.

—Molto bene —murmuró Lao. Entonces, inclinó la cabeza hacia las sombras, hacia el lugar en el que esperaban los miembros del servicio doméstico para que pudieran empezar a cenar. Después, se pondría manos a la obra en una empresa que era totalmente nueva para él: la seducción.

Mientras degustaban los deliciosos entrantes que les habían preparado, Lao comenzó a jugar con la mano de Chloe. Se inclinaba ligeramente hacia ella mientras escuchaba con suma atención todo lo que ella le decía. Le hacía preguntas. Le hacía reír. Le hacía considerar sus respuestas. Cuando llegaron los platos principales, ella parecía mucho más interesada en él que en la cena.

Lo que Lao no se había parado a considerar era que él también estuviera totalmente atrapado por ella.

—Aquí arriba debes de sentirte un poco desconectado del mundo —dijo ella en un momento dado mientras observaba las estrellas. Cuando se volvió de nuevo a mirar a Lao, parecía tenerlas en sus ojos—. Tal vez eso es precisamente lo que te gusta...

—En realidad, no me preocupo demasiado por andar coordinado con el mundo —comentó—. No es arrogancia sugerir que es el mundo el que se mantiene coordinado conmigo, aunque no lo sepa.

Chloe soltó una carcajada.

—No, no es arrogancia por tu parte, Lao. Cómo podría yo pensar algo así.

Lao nunca había tenido que seducir a una mujer en toda su vida. Normalmente, lo único que tenía que hacer era mirarla para que ella lo siguiera hasta que él perdiera el interés por completo. Sin embargo, en lo que se refería a Chloe, haría una excepción en todas sus reglas habituales.

Sentía que era lo menos que podía hacer en su noche de bodas. A pesar de que Chloe ya fuera su esposa.

Por lo tanto, prefirió no comentar nada sobre el hecho de que Chloe se hubiera atrevido a utilizar la ironía de aquella manera. Con él. Prefirió preguntarle sobre la galería arte. No sobre lo que ella hacía allí exactamente. Eso podría esperar. Quería saber qué era lo que la atraía de una galería de arte.

Chloe se reclinó en su silla y sonrió como si fuera verdaderamente feliz. En realidad, Lao no tenía muchas referencias en aquel aspecto. La felicidad era el territorio de los hombres mediocres. Al menos, eso era lo que le había dicho siempre su padre.

—No recuerdo haberte visto tan emocionada en mucho tiempo —le dijo después de que ella le explicara detalladamente los sentimientos que el arte despertaba en ella—. Parece que, después de todo, te gusta mucho el arte.

—Tú tienes muchas obras de arte aquí —comentó ella mientras jugueteaba delicadamente con la copa de vino.

—Sí, muchas. En realidad, me cuesta saber exactamente qué es lo que tengo.

Eso no era exactamente cierto. Su padre le había inculcado que tenía que saber exactamente lo que le pertenecía para poder protegerlo.

—¿Pero disfrutas del arte que tienes por todas partes? Es decir, cuando pasas junto a uno de los grandes maestros que tienes colgado en una de tus paredes, ¿te detienes para admirarlo o simplemente te enorgullece que sea de tu propiedad?

Lao la miró fijamente.

—Admiro todo lo que colecciono. Si no, no me habría molestado en adquirirlo.

—Pero no es lo mismo —repuso Chloe muy seriamente. Entonces, frunció el ceño—. El arte debe transportarnos a otros mundos. Si no, ¿de qué sirve? Si no es nada más que un albarán, ¿por qué molestarse en adquirirlo?

Lao se dio cuenta de que Chloe se había ido envalentonando. Una parte de él quería refrenar inmediatamente aquel sentimiento porque sabía adónde conducía. Había visto cómo su madre trataba de florecer en las mismas circunstancias y había fracasado.

Sin embargo, a otra parte de su ser le gustaba.

Chloe agitó con desprecio una mano, como si estuviera imaginando lo que él le iba a decir.

—Sea lo que sea el arte para ti. Una inversión, una colección... ¿Qué es lo que te despierta el alma? ¿Qué es lo que te hace sentir vivo?

Chloe nunca le había hablado de un modo tan ingenuo, tan lleno de fervor y certidumbre. Lao estuvo a punto de soltar una carcajada. Pensó que debería responderle que la realidad no tenía nada que ver con el alma. Él lo sabía perfectamente dado que se pasaba la vida tratando de darle forma.

Sin embargo, para su sorpresa, descubrió que su sexo estaba profundamente interesado en aquella apasionada conversación.

—Tal vez tú me lo puedas enseñar —dijo.

Chloe lo observó atentamente con sus ojos oscuros, como si estuviera buscando dónde estaba la trampa. Entonces, sonrió y volvió a prender la llama en el fuego de Lao.

—Tal vez pueda, sí.

—¿Acaso te he desilusionado, pequeña? —le preguntó Lao suavemente—. ¿Acaso imaginaste que podríamos encender nuestras propias chispas aquí, hablando de óleos y de lienzos?

—Me has preguntado por qué me gusta trabajar en una galería de arte y te estoy contestando, Lao. Eso es todo.

Lao vio cómo ella se cerraba de repente, como si fuera una especie de flor de primavera privada de sol. Parecía que había herido sus sentimientos, pero, en realidad, los sentimientos no tendrían nada que ver con lo que estaba ocurriendo. Aquello solo tenía que ver con el sexo y con los herederos que él requería.

Aunque tenía también que ver con el deseo que sentía por ella, cuando él nunca había tenido que desear nada. Jamás había experimentado aquella sensación.

La otra parte, su parte más masculina, que solo buscaba poder acariciar el cuerpo perfecto y sentir su sexo muy profundamente dentro del cuerpo de ella, estaba encantado de mostrarle también su pasión.

«Mejor pasión que sentimientos», se aseguró.

Apartó la silla y se puso de pie, disfrutando al ver que ella se sobresaltaba cuando se ponía de pie.

—Yo prefiero un lienzo completamente diferente, Chloe.

No esperó a que ella comentara nada al respecto. No podía esperar ni un instante más. Extendió la mano y la ayudó a levantarse de la silla. Entonces, volvió a sentarse y tiró de ella para acomodarla sobre su regazo.

No titubeó más. Simplemente reclamó la boca de Chloe con la suya.

En aquella ocasión, reafirmó plenamente lo que quería. En aquella ocasión, se dio un festín con ella. El sabor de los labios de Chloe era embriagador, con una mezcla deliciosa de vino y de apetitosa comida. Bajo todo aquello, estaba su propio sabor, un sabor que llevaba volviéndolo loco todo el día. Un sabor que era característico de Chloe.

«Jamás podrás escapar de ese sabor mientras vivas», susurró una voz en el interior de su cabeza.

Sin embargo, decidió que aquello era una necedad y él no era ningún necio, ni siquiera por aquella mujer que le hacía desear ciertas cosas por primera vez en su vida.

Y aquella noche, tenía la intención de tenerlas todas.

La besó una y otra vez, acomodando el ángulo para poder abarcar más. Entonces, deslizó la mano por debajo de la abundante y sedosa cabellera y tiró de ella hasta que se la soltó. Después, siguió besándola hasta que notó que ella empezaba a desearlo tanto como él la deseaba a ella. En ese momento, rompió el beso y comenzó a deslizar los labios por la delicada línea del cuello.

Saboreó con fruición la delicada clavícula y luego se echó ligeramente hacia atrás para deslizar las manos por las rotundas curvas de los pechos.

Se entregó a la gloria de aquel momento. Vio como Chloe echaba la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados. La luz de las velas bailaba delicadamente sobre su rostro. Ver como ella arqueaba la espalda, ofreciéndole los pechos, provocó en él una sensación de embriagador abandono. Se sentía como si hubiera tomado una fuerte bebida alcohólica, que él raramente consumía.

Si Chloe hubiera sido otra mujer, se habría dejado de preliminares. La habría animado a sentarse a horcajadas encima de él para poder acceder mejor a la entrepierna y, por fin, hundirse plenamente en su cuerpo.

Sin embargo, no estaba con una mujer cualquiera. Estaba con su esposa. Además, estaba totalmente convencido de que, si ella tenía alguna experiencia en aquel sentido, era más bien escasa.

Cuando oyó que Chloe susurraba su nombre, se puso de pie con ella aún entre los brazos. Entonces, la colocó suavemente sobre el suelo y le apartó el cabello del rostro. Le resultó difícil no perderse en su oscura mirada, en la pasión que se veía en sus ojos, en el deseo que estaba escrito en su rostro y que parecía igualar el que él sentía.

—Ven conmigo —murmuró, extendiendo la mano.

Cuando Chloe entrelazó los dedos con los de Lao, él decidió esperar unos instantes. Allí, bajo la luz de las velas y con el único sonido de los latidos de su corazón, dejó que la pasión entre ambos se acrecentara. Cuando ya no pudo aguantarlo más, la estrechó contra su cuerpo, la tomó entre sus brazos y se dirigió con ella hacia la escalera de caracol que había al fondo de la torre y que conducía al dormitorio que los aguardaba.

—La magia sigue —susurró Chloe mientras Lao la conducía a la pequeña habitación, que estaba decorada con un estilo muy sencillo.

Un fuego en la chimenea para evitar el fresco de la montaña. Una cama de hierro contra la pared de piedra, equipada con suaves sábanas y cómodos colchones. A los pies, había cálidas alfombras sobre el suelo para evitar el frío de la piedra.

—Ni imaginas cómo —le dijo Lao. La colocó suavemente sobre la cama y entonces se tumbó a su lado—. Esto solo es el comienzo...

Poco a poco, fue mostrándole a qué se refería. Gozó con el hecho de que, por fin, podía estirarse a su lado, junto a su cuerpo, para explorarla plenamente.

Antes de empezar, se quitó la ropa para que no hubiera nada que se interpusiera entre ellos. Entonces, desnudó a Chloe también, pero con mucho más cuidado. Ella no tardó mucho en estar totalmente desnuda ante él, a excepción del minúsculo trocito de encaje que tenía entre los muslos.

—No has hecho esto antes, ¿verdad? —dijo.

Vio que ella tenía la respiración entrecortada y los ojos muy abiertos. Además, se había sonrojado por todo el cuerpo. Chloe abrió la boca con la intención de hablar, pero no consiguió pronunciar palabra. Inmediatamente, volvió a apretar los labios y negó con la cabeza.

—Lo siento... —susurró.

Lao se acomodó junto a ella y centró de nuevo su atención en los perfectos pechos. En los orgullosos pezones que se erguían plenamente, como suplicando el contacto de sus labios.

Lao se apresuró a cumplir sus deseos. Primero uno, luego el otro.

—¿Por qué te disculpas? —murmuró contra su carne.

Chloe se arqueaba contra él, ofreciéndole el pezón y animándolo a que se lo introdujera en la boca. Entonces, dejó escapar un suspiro de satisfacción que Lao pensó que quedaría grabado en su cabeza para siempre.

—Todo el mundo sabe que debes de haber tenido un millón de amantes —consiguió ella decir, a pesar de que tenía la voz rota por el deseo—. Es imposible que yo pueda rivalizar con ninguna de ellas.

—Lo único de lo que debes preocuparte es de esto —le dijo. Lao esperó hasta que ella lo miró y vio que tenía los ojos muy oscuros,

prácticamente negros. Y muy brillantes—. Conmigo. Sobre lo que ocurra aquí, entre nosotros. No hay nada más, nadie más, dusci mia.

—Pero...

—Necesito que lo digas, Chloe...

Ella tardó unos segundos en corresponderle.

—Solo tú... y yo —musitó suavemente—. Nada más, Lao.

Él dejó escapar un suave sonido de aprobación y, a continuación, se apartó de los pechos de Chloe para poder dedicar su atención a otras partes de su cuerpo.

Recordaba demasiado bien aquella playa de Brasil, la delicada cintura y las redondeadas caderas. Se perdió en círculos alrededor del ombligo, haciéndola gemir de placer y rebullirse contra su cuerpo. Entonces, por fin, alcanzó el delicado triángulo de encaje. Chloe empezó a mover insinuantemente las caderas, pero Lao la inmovilizó, sujetándola tal y como quería para poder darle placer. Utilizó la boca para saborearla y, tras encontrar la parte más delicada de aquella zona, comenzó a besarla y a lamerla a través de la tela.

Chloe dejó escapar un gemido de placer y se tensó contra el cuerpo de Lao. Los sonidos que dejaba escapar parecieron romper también algo dentro de él.

Lao se dispuso a darse un festín de la gloria que ella le ofrecía y, rápidamente, le quitó las braguitas y las arrojó al suelo. Por fin, se colocó entre las piernas de Chloe y le levantó el trasero con las manos para poder lamer a placer el centro de su feminidad.

Una vez más, se dispuso a darse un festín del banquete que le suponía el cuerpo de Chloe. La empujó hacia el borde del abismo, dejándola bailar allí, para luego retirarla antes de que pudiera dejarse llevar.

Esperó hasta que ella se mostró totalmente desesperada y comenzó a susurrar su nombre, hasta que ella le colocó los talones sobre la espalda. Entonces, le permitió alcanzar el placer y sintió como ella se tensaba y vibraba bajo sus labios.

Instantes después, volvió a empezar. Lao había estado esperando mucho tiempo aquel momento. Llevaba muchos años deseándola y, cuando por fin la tenía, decidió tomarse su tiempo.

Cuando consiguió que ella experimentara un nuevo orgasmo, se deslizó hasta su rostro y la estrechó con fuerza contra su cuerpo. Apretó los dientes al pensar en lo rápidamente que ella respondía ante él, en cómo le rodeaba el cuello con los brazos y lo miraba.

En ese momento, se colocó de nuevo entre sus muslos, deslizándose poco a poco. Entonces, sin previo aviso y sin darle la oportunidad de tensarse, se hundió profundamente dentro de ella.

Chloe contuvo el aliento y abrió los ojos de par en par. Lao se obligó a quedarse totalmente inmóvil, observando maravillado cómo ella dejaba escapar un largo suspiro y sintiendo cómo el cuerpo de Chloe reaccionaba a su presencia. Las sensaciones que experimentaba su cuerpo se reflejaron inmediatamente en el de él. Entonces, Chloe comenzó a experimentar. Empezó a mover las caderas contra las de él, como si quisiera poner a prueba la longitud del miembro de Lao y la profundidad.

Él se lo permitió. Se mantuvo totalmente inmóvil, conteniéndose por encima de ella. Sintió cómo Chloe se hacía más osada. Cómo empezaba a levantar las caderas para acogerle lo más plenamente posible. Luego, se retiraba lentamente.

Así estuvieron unos minutos, concentrándose en lo que ella hacía con una ferocidad y una atención que hizo que la boca de Lao se hiciera agua. Permitted que ella hiciera lo que quisiera. La dejó jugar para que pudiera encontrar lo que necesitaba y buscara ella misma el camino hacia el gozo. La intensidad con la que ella lo hacía lo excitaba profundamente, pero decidió esperar. Ella no parecía encontrar el camino y los músculos de los brazos comenzaron a temblarle, pero no por el esfuerzo.

—Por favor —susurró ella. Fueron las dos palabras más hermosas que él había oído nunca—. Por favor, Lao...

Él se apiadó de ella, por fin y tomó el control. Le agarró las muñecas con una mano y se las levantó por encima de la cabeza para obligarla a arquear una vez más la espalda. Los pechos bailaban cada vez que Lao se hundía en ella.

La poseyó muy profundamente, con fuerza, para hacer que Chloe gimiera de placer. La llevó más allá de donde había llegado ella sola y le hizo experimentar sensaciones que solo él podía construir para ella.

Para ambos.

Empezó a moverse con fuerza y sintió que un poderoso fuego le lamía la piel. Las sensaciones le hacían sentir totalmente exultante. Cuando Chloe gritó su nombre, le pareció que acababa de escuchar una canción.

En aquella ocasión, cuando Chloe alcanzó el clímax, Lao se perdió con ella, seguro de que la había llevado donde había querido. Había roto el embrujo que Chloe parecía tener sobre él.

Por fin.

Capítulo 6

LA noche de bodas había llegado con cinco años de retraso, pero, para Chloe, había merecido la pena esperar.

Por fin, había conseguido todo lo que había soñado y mucho más, con Lao. Todo lo que había fingido que no deseaba a la luz del día. Todo lo que, aparentemente, no ansiaba, cuando, en lo más profundo de su ser, ella había sabido que era el oscuro objeto de su deseo.

Lao le había enseñado cosas que Chloe ni siquiera sabía que eran posible. A lo largo de los últimos cinco años, nunca se había considerado verdaderamente casada, a pesar de que siempre había sabido que, evidentemente, lo estaba. Tal vez por eso no había tenido mucha prisa por experimentar con los límites del acuerdo al que los dos habían llegado.

Podría ser que el manto de protección con el que Lao la había rodeado hubiera sido la excusa perfecta para evitar que sucumbiera a hacer algo sobre su inocencia con alguno de los jóvenes que siempre rodeaban a su grupo de amigas.

Lao no era ningún muchacho. Era un hombre hecho y derecho y ella lo había comprobado con cada caricia, con cada lametón e incluso con los suaves mordiscos. Había comprendido por fin el propósito de su cuerpo cuando él le había mostrado lo que podían hacer con él. Lo que podían sentir juntos.

Siempre le había parecido que prefería a los hombres de torso desnudo, sin vello alguno que había visto en tantas fotografías a lo largo de los años. Sin embargo, cuando se vio entre los brazos de Lao, con el rostro contra su piel, que estaba cubierta de un oscuro vello, todo le pareció mucho mejor.

Una parte de ella deseó que pudiera vivir en aquel mundo para siempre, perdida en las sensaciones y tan cerca de Lao como le fuera posible...

Deseó poder volver atrás en el tiempo y poder celebrar su noche de bodas el día que se casaron, hacía cinco años, para que hubieran podido pasar todo ese tiempo perfeccionando aquel nuevo arte, en el que Lao, evidentemente, era un maestro. Deseó poder ir incluso más atrás y asegurarle a la Chloe más joven, casi adolescente, la que sentía una poderosa atracción por su hermanastro, que todo iba a salir bien.

De la manera más gloriosa posible.

Chloe no se había mantenido virgen porque fuera importante para ella en algún sentido. No había estado esperando conscientemente a Lao, a lo que él podría hacerle sentir. De hecho, no se había permitido imaginar que algo así pudiera ocurrir nunca. Sin embargo, no había tardado mucho tiempo en comprender que se habría lamentado de perder el tiempo con otros hombres.

Lao la poseyó una vez más aquella noche y estaba a su lado cuando se despertó a la mañana siguiente. Estaba tumbado junto a ella, con una mirada de aprobación en sus ojos que provocó que Chloe no se avergonzara en absoluto de su abandono la noche anterior.

Por el contrario, se sintió como si fuera una de las diosas que, en el pasado, habían recorrido aquellas costas.

Se imaginó que él la poseía de nuevo. De hecho, lo deseaba, sorprendida de las exigencias de su cuerpo. Lao, evidentemente, lo sabía sin que ella se lo dijera. Sin embargo, no sonreía. Comenzó a vestirla en vez de a desnudarla, como si ella fuera su creación. Incluso la ayudó a ponerse los zapatos de un modo que hizo temblar a Chloe.

A continuación, Lao se vistió. Por una vez, no pareció darse cuenta, o importarle, que su ropa estaba arrugada. No tenía la inmaculada apariencia de siempre, lo que habitualmente le convertía en el ejemplo vivo de la sofisticación masculina.

Todo aquello le resultó muy íntimo, en especial cuando Lao la acompañó hacia la parte principal de la casa, por el sendero que habían recorrido la noche anterior.

Chloe se sintió muy agradecida por la mano que él le ofreció porque se notaba muy cambiaba, totalmente diferente de la mujer que llegó a Sicilia el día anterior.

No sabía si la razón por la que el mundo parecía relucir era debido a que se sintiera una mujer totalmente nueva o simplemente se debía a la

belleza de aquella mañana, de la finca Monteleone o del hombre que la acompañaba.

Cuando entraron en el castillo, Lao no condujo a Chloe directamente al dormitorio, sino que la hizo entrar en el cuarto de baño que había entre la alcoba de ella y la de él. Allí, sin mediar palabra, comenzó a desnudarla de nuevo. Al terminar, la tomó en brazos y la llevó a la enorme bañera de cobre. En todo el proceso, no intercambiaron palabra. Chloe no se atrevió. La expresión del rostro de Lao era demasiado intensa.

Una vez en la bañera, la llenó de agua y comenzó a lavarla. Por todas partes. Tras enjabonarle cada centímetro de su piel, incluso entre las piernas, con un delicioso jabón con aroma a mandarina, la enjuagó. Después, la volvió a tomar en brazos y la llevó, totalmente mojada, a la moderna ducha que estaba muy cerca.

Allí la poseyó de nuevo, besándole apasionadamente la nuca mientras ella se apoyaba contra los azulejos de la pared, echando la cabeza hacia atrás y gritando de placer.

Aquella misma mañana, algo más tarde, Chloe se despertó en la cama de Lao. Vio que él estaba perfectamente vestido y se que se dirigía hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella. Tenía la voz ronca por los gritos y los gemidos de placer. Solo escucharse a sí misma le provocaba una cálida sensación por la piel.

—Los compromisos que tengo no esperan a nadie —le replicó Lao. Volvía a sonar como siempre.

Chloe se incorporó sobre un codo y se apartó la pesada melena. No había tenido la intención de mostrarse particularmente provocativa, pero notó que Lao se fijaba en uno de los senos de Chloe que asomaba por encima de las sábanas.

Sus ojos grises como el acero brillaron de deseo, pero no se movió.

—Estoy seguro de que podrás encontrar algo con lo que entretenerte por aquí, Chloe —le dijo con un tono de voz impasible—, aunque no te puedo prometer nada tan reconfortante como una rueda de prensa o una exposición de arte.

No fue hasta más tarde, después de que se hubiera quedado dormida de nuevo más profundamente, cuando se dio cuenta de que había una cierta ironía en aquellas palabras. Sin embargo, se sentía demasiado saciada

como para que le importara. Su cuerpo le parecía tan nuevo como si fuera su primer día en el planeta.

A primera hora de la tarde, sus asistentes fueron a buscarla de nuevo. Estaba tumbada cerca de una de las piscinas que ocupaban los diferentes niveles de los jardines, con la intención de ponerse en cualquier momento a leer el libro que había comprado antes de abandonar Londres. Sin embargo, los recuerdos de la noche anterior eran demasiado deliciosos.

—Vamos, señora —le dijo una de las asistentes, animándola a que se pusiera de pie—. El señor quiere cenar temprano esta noche.

Chloe comprendió que la preparación para la cena tenía que realizarse algo más pronto, dado que el señor quería cenar temprano. Descubrió que no le desagradaba la idea de permitir a aquellas mujeres que volvieran a convertirla en el regalo de Lao.

Ya en la suite, resultó muy divertido rebuscar en el vestidor para encontrar el atuendo adecuado para aquella noche. Se decantaron por un vestido con mucho vuelo y que le hacía sentirse como una princesa. De hecho, incluso le colocaron una tiara en el cabello que relucía a cada paso que daba.

Más tarde, mientras caminaba por el palacio para ir a encontrarse con Lao, se recordó que ella era la que había permitido dejarse llevar, lo que significaba que ella misma podía decidir también marcharse de allí.

Cuando llegó al lugar donde la esperaba Lao, él la miró y ordenó a los empleados presentes que se marcharan del pequeño salón y la poseyó allí mismo, encima de la mesa, como si ella fuera un postre que se moría de ganas por saborear. Ciertamente fue mucho más dulce que la sfinxia que saborearon más tarde, acurrucados juntos en un sofá cerca de la chimenea que había en las habitaciones de Lao.

Pasaron otro día de la misma manera: sexo y sol. Chloe gozó con su propio cuerpo y con el de él, pero, desgraciadamente, después llegó el lunes.

Ella se despertó temprano, tanto que Lao, que no parecía dormir nunca, seguía descansando en la cama, junto a ella. Su cuerpo bronceado resaltaba contra las sábanas blancas. Sus pestañas eran mucho más largas de lo que parecían cuando estaba despierto.

No había razón alguna para arrepentirse. Ninguna razón.

Se levantó de la cama y se dirigió a las puertas de cristal que daban a uno de los muchos balcones que había en el castillo. El cielo y el mar se

unían en el horizonte como si fueran el uno parte del otro, como si, en realidad, los dos fueran lo mismo.

Allí de pie, experimentó una profunda sensación de anhelo, que se parecía mucho a la de pérdida.

—¿Qué te preocupa, Chloe?

La voz de Lao resonó a sus espaldas. Ella sonrió y se dio la vuelta para mirarlo. Las cortinas no estaban cerradas, por lo que la luz del alba ya iluminaba el dormitorio y él estaba apoyado sobre un codo en la cama. Su piel dorada, salpicada de vello oscuro, resaltaba como un sueño contra las sábanas. Su sueño. Su verdad.

Chloe no comprendía cómo iba a pasar los días a partir de entonces, por lo que memorizó cada centímetro de su piel.

—Lo siento, pero esto tiene que terminar —le dijo suavemente.

Lao frunció el ceño y en su rostro se reflejó un gesto de arrogancia muy intenso.

—¿Terminar, dices? —repitió, como si pensara que Chloe se había equivocado—. ¿Por qué tiene que terminar? Pensé que te lo había dejado muy claro. No tengo intención de divorciarme.

Chloe parpadeó.

—Pero es lunes —dijo. Cuando él la miró sin comprender, a Chloe le costó seguir hablando. Pronunció las siguientes palabras tartamudeando—. Tengo... tengo que ir a trabajar.

Otro hombre habría soltado la carcajada, pero Lao permaneció impassible. No obstante, resultaba evidente que las palabras de Chloe le habían causado una profunda hilaridad.

—Tú no tienes que trabajar. Eres una Monteleone, ahora en todos los sentidos. Eres mi esposa. En lo único que tienes que trabajar es aquí, conmigo. En esta cama.

Chloe quiso protestar, pero Lao ya la estaba llamando con el dedo. Fue como si él le hubiera echado el lazo. Chloe se movió sin poderse resistir. Llegó a la cama y dejó que Lao la abrazara y la tumbara a su lado. Entonces, se colocó encima de ella y todo volvió a empezar.

Aquella mañana, más tarde, Chloe llamó a la galería para decirles que se iba a ausentar durante unos días. La despreocupada respuesta la dejó atónita.

—No hay problema, cielo. Ven cuando puedas...

Se sentía como si hubiera una verdad que no quería ver.

—Tú importas —le había dicho su padre en una ocasión, con la voz más seria que Charlie Stapleton podía poner.

Por aquel entonces, ella era tan solo una jovencita y estaba tratando de comprender el hecho de que su madre había cambiado su papel como madre por una pequeña fortuna y una casa en un país muy lejano.

—El mundo es un lugar mejor para vivir contigo dentro, mi pequeña. Eso es cierto, sea lo que sea lo que tu madre decida hacer. No importa lo que nadie te diga o te quiera hacer creer. Tú importas, Chloe.

De niña, se había aferrado a aquellas palabras, tal y como los bebés se aferran a su manta preferida. Más tarde, cuando era ya una adolescente, su madrastra la encontró una fría mañana de diciembre en el jardín y se había sentado junto a ella.

—Vaya mañana tan melancólica —le dijo Portia—. Perfecta para pensar, diría yo.

Chloe no tenía mucho contacto con su madre y no había tenido noticias suyas desde hacía mucho tiempo. A pesar de todo, pensó que su deber como hija era resistirse al matrimonio de su padre con Portia porque le parecía que era lo que haría una buena hija.

—Todos los que conozco tienen un plan —le espetó Chloe, sin poder contenerse—. Todos mis compañeros del colegio están pensando en ir a la universidad, tomarse un año sabático o lo que sea. Todos tienen pensada ya su vida y lo que quieren hacer. Yo, por mi parte, lo único que puedo pensar es en tener trece años.

—Lo único que tienes que hacer es ser Chloe —le había recomendado Portia sin dudarle.

—¡Pero si no tengo ni idea de quién es! —le había respondido ella llorando.

Portia no se había apresurado a ofrecerle una solución. Se paró a pensar en las palabras de Chloe, como si la preocupación de su hijastra le importara tanto como sus propios asuntos. Esa había sido una de las razones por las que Chloe la había querido tanto. Portia siempre, siempre le había escuchado. Perderla había sido como perder un miembro.

—No sé por qué piensas que deberías saberlo —le contestó Portia unos instantes después—. Me parece que la vida es el proceso que nos

ayuda a descubrirlo. Solo porque todo el mundo parece tener un plan, en el que todo está perfectamente organizado, no significa que todos tengamos que hacer lo mismo. Lo único que tienes que hacer, lo único que tienes que hacer siempre, es exclusivamente lo que te parezca bien a ti.

Muchos años después, en la misma Sicilia donde Portia había vivido, Chloe se preguntó si habría estado esperando toda su vida a que aquello ocurriera sin saberlo. No se le había dado especialmente bien ninguna de las cosas que había probado, pero rápidamente le había resultado evidente que se le daba estupendamente ser aquella nueva versión. La esposa de Lao.

«Es como si hubiera nacido para ello», pensó muy contenta a medida que una semana se convirtió en dos, y luego en un mes y en otro más casi sin que se diera cuenta.

Parecía que a Lao le resultaba imposible mantener las manos alejadas de ella. Por lo tanto, Chloe se pasaba los días recuperándose y disfrutando de las noches con su esposo, aprendiendo toda las maneras en las que podían darse placer.

Nada les estaba prohibido. No había límites. Se exploraban el uno al otro, buscando el placer, el clímax que los dejaba sin aliento, la pasión sin barreras.

—Supongo que esto cuenta como la luna de miel —le dijo ella una tarde, cuando los dos habían demostrado tener una tremenda contención. Habían conseguido llegar a la cena sin arrancarse la ropa.

En aquellos momentos, estaban sentados en el sillón favorito de Lao, situado en la parte principal del castillo, tomándose un espresso para compensar el vino del que habían disfrutado en la cena.

—Aunque tal vez no para ti —añadió ella—, dado que insistes en trabajar todo el tiempo.

—Los imperios no se dirigen solos, dusci mia.

A Chloe le gustaba pensar todas las facetas en las que Lao había cambiado. Su relación era completamente diferente desde que compartían su vida en común. Por supuesto, Lao seguía siendo Lao. Por ejemplo, seguía siendo un hombre muy severo, pero, por fin, parecía capaz de relajarse.

—¿Cuál es exactamente tu imperio? —le preguntó ella—. Hace unos años leí un artículo sobre la familia Monteleone, pero, en realidad, esa

lectura solo consiguió que vuestra historia fuera aún mucho más misteriosa.

—Pues creo que de ahí se puede sacar una lección —comentó Lao—. Es mejor no creer todo lo que se lee.

—En realidad, si te soy sincera, me sorprendió encontrar un artículo. Pensaba que te oponías por completo a la publicidad en todas sus formas.

—Y así es —dijo él. Tomó un sorbo de su café de una manera que provocó un delicioso calor por todo el cuerpo de Chloe. Cuando él levantó la mirada, pareció que estaba pensando lo mismo—. Cuando era muy joven, me enseñaron a odiar esa clase de exposición, de búsqueda de atención a la que tantos aspiran hoy en día. Sin embargo, al mismo tiempo, si nunca permitimos que nadie se nos acerque, corremos el riesgo de crear un halo de misterio que a muchos les resulta irresistible. Esto ha tenido como resultado un montón de momentos de arrepentimiento a lo largo de los años.

Chloe quiso preguntarle cómo, pero no lo hizo. Le daba la sensación de que él no iba a responder, pero también que se olvidaría de que se estaba abriendo así con ella. Chloe no quería que se detuviera.

—Siempre he tenido como objetivo que aquellos que desean resolver el misterio de la familia Monteleone creen que lo han conseguido. Por eso, permito ciertos artículos que creen que me han dejado al descubierto a mí y a mi historia, pero en realidad no es así. En los círculos en los que yo me muevo, menos es más y las vulnerabilidades solo se ven como armas que se pueden utilizar contra quien sea tan ingenuo como para mostrar sus puntos débiles.

Chloe frunció el ceño.

—Haces que parezca como si fuera una especie de juego.

—Resulta bastante fácil. En primer lugar, no asisto a los eventos sociales que suelen aparecer en los medios de comunicación. Vivimos en una época en las que las personas creen que la existencia solo es real si queda grabada para que la vea todo el mundo. No es que yo intente ser invisible, sino que, sencillamente, no participo en el tipo de eventos en los que participan celebridades de las redes sociales. Los Monteleone existen desde mucho antes que existiera algo así y perdurarán también mucho después. Si tengo un imperio, eso es lo único que me importa. Mi deber es asegurarme de que sigue formando parte de mi familia y de que esta sigue adelante.

Chloe no estaba segura de por qué le parecía que él le estaba lanzando indirectas. Era como si la estuviera insultando, cuando, en realidad, no era así.

—Internet es la nueva plaza del pueblo. Así es como se comunica la gente, te guste o no.

—Pero ahora no estamos sentados en ninguna plaza, ¿verdad? Estamos en lo alto de una montaña, en un castillo muy antiguo situado en una isla con mucha historia. Mis ancestros dejaron de frecuentar las plazas hace ya mucho tiempo. Yo no participo de la misma clase de comunicación que el resto de las personas. Soy yo el que decide quién me encuentra y quién no.

La arrogancia de Lao debería haberla dejado sin palabras. Debería pensar que no había esperanza para ella porque, al contrario de lo que debía parecerle, le resultaba muy atractiva. Su cuerpo ya estaba reclamando el de él y, cuanto más arrogante se comportaba Lao, más lo deseaba.

—Te pueden buscar en Internet, lo mismo que al resto de los mortales, Lao —le dijo. Frunció el ceño como si así pudiera conseguir que el deseo desapareciera, pero ya sabía muy bien que no sería así. Solo había una manera de aplacarlo, una manera gloriosa que le hacía sentir aún más deseo—. A pesar de que te gustaría ser un fantasma, no lo eres.

—Yo puedo controlarlo, pero no sería posible si no me convirtiera en carnaza para los tabloides. Controlo cuando se me menciona y quién me menciona. Al hacerlo, no solo conozco cómo se habla de mí, sino quién toma parte en la conversación —comentó. Entonces, la miró con curiosidad—. ¿Por qué te interesa tanto este tema?

Chloe habría querido decirle algo analítico, distante, algo que le hiciera estar más al nivel de Lao y no ser una jovencita recién casada que él había tenido que rescatar en más de una ocasión. Le sorprendió lo mucho que lo deseaba

—Porque no quiero ser un fantasma —se oyó decir en vez de lo que había estado pensando. Aquellas palabras parecían flotar en el aire sin que ella pudiera recuperarlas, a pesar de la desaprobación que se reflejaba en el rostro de Lao—. Y... y no quiero tener hijos que desaparezcan a simple vista.

No le había contado nada sobre el hecho de que estuviera tomando anticonceptivos. Lao tampoco había preguntado. Suponía que había algo

también en aquella situación que debía considerar. Lao se había limitado a expresar un pronunciamiento, después se la había llevado a la cama y, evidentemente, tenía la intención de llevar a cabo sus propios deseos como le fuera en gana. Tanto si ella había accedido explícitamente como si no.

De todos modos, Chloe sabía sin preguntar que Lao no se tomaría muy bien que ella hubiera preferido no contarle que se había puesto una inyección anticonceptiva. Y, al no contárselo, le estaba engañando, en especial cuando hablaba de sus futuros hijos. Sin embargo, no aprovechó la oportunidad para corregir la situación.

Lao había dejado sobre la mesa su taza de café y se había puesto de pie. Entonces, extendió una mano hacia ella y la hizo levantarse para tomarla entre sus brazos.

—La vida fantasma es muy recomendable —le dijo—. Deja que te lo demuestre...

Y así lo hizo. En aquella ocasión, la empujó contra la pared más cercana sin ningún tipo de delicadeza. El encuentro resultó duro, profundo, salvaje y muy intenso.

Chloe siempre estaba lista para él. Lo deseaba más y más a cada segundo que pasara. Solo hizo falta que él le levantara la falda y la inmovilizara mientras se bajaba la cremallera del pantalón antes de hundirse en ella.

Resultó tan fácil... tan perfecto. Y cuanto más intenso, mucho mejor.

En otra ocasión, semanas más tarde, salieron al jardín para cenar. El cálido aire de la incipiente noche los envolvió, recordándoles que estaban en verano.

—Estoy pensando en tu madre cuando estaba aquí —comentó ella mientras admiraba los rosales, que le recordaban mucho a los que Portia había cuidado con tanto mimo en la finca de su padre en Inglaterra—. Debió de haber disfrutado mucho con lo bien que crecen las plantas con este clima.

Lao no respondió. Tenía la mandíbula firme y dura mientras miraba hacia el horizonte, tal y como solía hacer con frecuencia.

—Tu madre no era un fantasma. De todas las maneras en las que alguien podría describir a Portia, ciertamente no lo haría nunca con la palabra «fantasma».

Lao se giró para mirarla. Chloe sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Podría ser que hubiera entrado en territorio prohibido, algo que, si era inteligente, debería evitar.

—¿Todavía sigues con esa conversación?

Aparentemente, Chloe no lo era, porque siguió con el mismo tema.

—Bueno, me dijiste que mi papel aquí era el de ser tu esposa y ella fue la única esposa Monteleone que he conocido. Dudo mucho que se quedara aquí sin hacer nada todo el día, esperando que tu padre quisiera estar con ella.

Lao se detuvo en seco.

—Tú no conociste a mi madre como la esposa de un Monteleone. La conociste como la viuda de un Monteleone. No es lo mismo —dijo. Antes de que Chloe pudiera responder, Lao siguió hablando—. Además, te equivocas. Mi padre tenía una opinión muy chapada a la antigua del papel que ella debía tener aquí. La labor de mi madre era ocuparse de los diferentes tutores que él había seleccionado para la educación que esperaba que yo recibiera antes de irme al internado. Se ocupaba de la casa y de los empleados, pero siempre según las exigencias de mi padre. Por otro lado, se esperaba de ella que estuviera siempre disponible para mi padre, que permaneciera en silencio a menos que se le hablara y que se mostrara encantadora con los invitados. Tú, Chloe, posees ya un grado de libertad mucho mayor que el que mi madre tuvo nunca.

—Me parece horrible —replicó ella sin poder ocultar lo que pensaba—. No me imagino a tu madre encerrada de esa manera. Ella era tan... vibrante. Tan viva. ¿Por qué querría tu padre encerrarla?

—Precisamente por esas razones. Los Monteleone nunca atraen la atención sobre sí mismos —comentó Lao mirando hacia el castillo—. Por aquel entonces, esto era una ruina. Vivíamos en una casa que hay en la parte más baja de la ladera de la montaña.

—No la he visto nunca.

Instintivamente, supo que aquel lugar era el que sus ojos buscaban siempre en la oscuridad, ladera abajo, una y otra vez. Sabía que aquella casa era una gran porción de los secretos que Lao atesoraba en su interior. Lo sabía.

—Porque hice que la demolieran —replicó él. El tono de su voz le confirmó a Chloe lo que ya sabía—. A mi madre le gustaba venir a este

castillo cuando deseaba estar sola y ser ella misma. Cuando mi padre murió, decidí que le otorgaría un lugar de importancia como sede familiar.

Chloe experimentó una extraña sensación. Al ver lo tenso que él estaba, lo poco que decía y lo cuidadosamente que hablaba, sintió que había más. Mucho más. Lao ya le estaba revelando muchos detalles con sus palabras y con la manera en la que fruncía el ceño, siempre en una dirección.

—Lao, ¿qué fue exactamente lo que le hizo tu padre a tu madre?

Él tardó bastante tiempo en girarse hacia ella para responderla. Cuando lo hizo, no había rastro alguno del ceño fruncido. Ni de la oscuridad. Chloe no podía ver nada en el rostro de Lao que no fuera el deseo que los marcaba siempre a ambos.

—Lao... —susurró ella, intentándolo de nuevo.

—Ya basta de hablar —replicó él con un gruñido. Entonces, la tomó entre sus brazos.

Chloe sabía que debía resistirse, protestar al menos. Sin embargo, los besos de Lao eran maravillosos. Él conocía su cuerpo demasiado bien y consiguió que Chloe estuviera ardiendo de deseo en cuestión de segundos y totalmente a su merced.

Unos días más tarde, cuando trató de volver al tema de la casa derribada y la relación de los padres de Lao, se dio cuenta de que había un cierto patrón de comportamiento.

Lao no quería hablar con ella de nada importante. Siempre cambiaba el tema y siempre de la misma manera, como si lo que quería de ella era lo mismo que su propio padre había buscado en una esposa. En realidad, ¿no se lo había dicho así ya, más o menos?

Disponibilidad sexual y obediencia. Y, en vez de un hijo, al que poder manejar más fácilmente antes de enviarlo al colegio, Lao quería cuatro. Chloe dudaba que eso fuera una casualidad.

En realidad, dudaba que nada de todo aquello fuera una casualidad. No le había dicho que tener tantos hijos le diera a ella algo que hacer, pero, una vez que ese pensamiento se le metió en la cabeza, ya no pudo librarse de él.

Ya era agosto cuando él se marchó en avión a una reunión en otra parte del mundo. Chloe se quedó sola por primera vez desde que llegó a Sicilia a finales de mayo. Se le ocurrió que podría aprovechar ese tiempo a

solas para... investigarle. Podría preguntar a los empleados, adueñarse de su situación... Sin embargo, no lo hizo.

La razón fue que todos los empleados le habían dejado muy claro por medio de cientos de pequeños gestos que eran totalmente leales a Lao. Por lo tanto, se conformó con dar largos paseos por la finca, cada vez más lejos del castillo. Como Lao no estaba en casa, no tenía a nadie ante quien responder, por lo que decidió emplear el tiempo en buscar aquel lugar que la mirada de Lao siempre buscaba. Encontró un sendero algo abandonado por el lateral de la montaña y que se dirigía exactamente hacia aquella dirección.

El sendero terminaba en un campo, pero, desde el sendero, Chloe pudo contemplar los restos cubiertos de maleza de la casa que había estado allí hacia muchos años. El día era cálido, pero se echó a temblar. La casa ocupaba un amplio espacio sobre la ladera, con el castillo en la parte alta de la montaña.

Ella recorrió las olvidadas estancias, donde en aquellos momentos crecía la hierba y las plantas por todas partes. Trató de imaginarse lo que debió haber sido crecer allí, entre el cielo y el mar, dependiente de los que, en el mejor de los casos, se podía decir que eran muy estrictos.

Se pasó la tarde allí, como si la brisa pudiera proporcionarle alguna prueba, como si el sol y el canto de los pájaros pudieran desvelarle los secretos de Lao Monteleone. Como si el modo en el que su corazón latía por él pudiera salvarlos a ambos de los monstruos en los que se habían convertido los fantasmas que atenazaban a Lao Monteleone.

Al día siguiente, cuando Lao regresó, Chloe se dijo que esperaría a que él la mandara llamar. Sin embargo, no pudo contenerse. Oyó que el coche se detenía frente a la puerta principal y salió corriendo para recibirlo.

—Me gusta mucho tanto ansia por verme —le dijo él a su manera, algo oscura, mientras la estrechaba contra su cuerpo y le daba un beso.

No tardaron en dirigirse rápidamente al dormitorio. Allí, él la empujó sobre la cama y le compensó con creces por los días que habían estado separados, como si quisiera asegurarse de que ella no le había olvidado ni a él ni al sexo que le proporcionaba.

Lao no le contó dónde había estado y ella no preguntó tampoco. Resultaba difícil saber si se estaba dejando llevar o si no se atrevía a hacerlo.

Más tarde, Lao ordenó que les llevaran algo de comer al dormitorio. Los dos se sentaron juntos en el balcón. La brisa del mar soplaba con fuerza, llevándose el calor que se había acumulado a lo largo del día.

—Encontré tu antigua casa —le dijo ella. Mientras pronunciaba las palabras, lo observaba atentamente.

Tal vez, después de todo, sí se atrevía.

Lao permaneció inmóvil. Ni siquiera se volvió para mirarla y, sin embargo, Chloe podía sentir perfectamente la frialdad que emanaba de su actitud. Cuando se volvió a mirarla, Chloe vio que su rostro no reflejaba emoción alguna. Ni desaprobación. Ni enojo. Nada más que el frío acero de su mirada.

—Debió de ser un lugar muy bonito para vivir —añadió. Sabía que estaba insistiendo mucho. Quería hacerlo y tal vez lo necesitaba...

Cuando vio que Lao extendía la mano para hacer que se levantara de su asiento y se acomodara sobre su regazo, contuvo la respiración. Entonces, la besó, exigente y apasionadamente. La acariciaba posesivamente y la hizo sentarse sobre él a horcajadas. Entonces, la penetró con un único y profundo envite.

Chloe no olvidó mientras él la hacía gozar, mientras encendía el fuego entre ambos. No olvidó mientras Lao le besaba los turgentes pezones y le hacía experimentar increíbles sensaciones.

No se olvidó cuando Lao colocó la mano entre ambos y encontró el orgulloso centro de su deseo y comenzó a pellizcarlo hasta que ella gritó de placer. Tampoco olvidó cuando alcanzó el primer orgasmo ni tampoco en las otras dos ocasiones

Ni siquiera se olvidó cuando la llevó al dormitorio y la hizo meterse en la bañera, colocándose detrás de ella para borrar con sus besos las palabras de Chloe cada vez que esta las trataba de pronunciar.

No se olvidó, pero, para asegurarse, Chloe lo intentó varias veces a lo largo de la siguiente semana, hasta que no pudo negar ya que era cierto.

Su esposo quería de ella cosas muy específicas. Su cuerpo, por supuesto. Una y otra vez. Sin embargo, en lo que se refería a la conversación, prefería que esta fuera ligera, superficial. O, mejor aún, le bastaba con el silencio.

El hombre que había sido una parte fundamental de su vida, el hombre del que estaba enamorada, no la correspondía. Su amabilidad, tal

vez, no había sido tan sincera después de todo. Lo único que quería de ella era sexo. Tal vez un heredero. O cuatro.

Sin embargo, no la quería. No le importaba la realidad de Chloe, la persona que ella era fuera de la cama. Chloe no estaba segura de poder soportarlo. El único hombre al que amaba, el hombre con el que llevaba soñando la mayor parte de su vida, no creía que ella tuviera importancia alguna más allá de los niños que él deseaba que ella le diera ni de la vida que esperaba que Chloe llevara, totalmente según sus condiciones.

No podía soportarlo si la única manera que le podría tener era convertirse en otro de sus fantasmas.

Capítulo 7

UNA noche, mientras los dos estaban cenando, Chloe anunció:

—He estado leyendo sobre las rosas.

—¿Sí?

Lao la miró por encima de la copa de vino que se estaba tomando. Ella estaba sentada frente a él, muy sonrojada y hermosa. La hermosura era un don de la genética, pero sabía que él era el responsable del rubor. Había decidido que, aquella noche, le apetecía un «aperitivo» y se había colado en el dormitorio de Chloe antes de la cena. Tras ordenarles a las asistentes que se marcharan, había observado a Chloe inclinándose ligeramente la cabeza. Ella estaba vestida tan solo con un sujetador sin tirantes y unas braguitas de encaje a juego. Era una delicia con forma humana.

Chloe había hecho que él se sintiera embriagado cuando Lao no se hubiera permitido nunca esa debilidad.

Se había arrodillado ante ella, se había colocado una pierna por encima del hombro y, a continuación, había bebido de ella. Entonces, para demostrarse que no estaba presa de ninguna clase de embrujo, no sació su placer en ella.

Se aseguró que podía esperar. Aquello no tenía nada que ver con la necesidad, sino sobre el futuro que pretendía crear con aquella mujer. Con su esposa.

Y eso no requería que él disfrutara de su propio clímax.

Tenía ante sí los resultados de su propia habilidad. Mirada brillante. Rubor en las mejillas. Calor en la piel, que indicaba que había alcanzado cada centímetro de su delicioso cuerpo.

—He mirado en Internet, por supuesto, pero también en tu biblioteca —dijo Chloe después de aclararse la garganta y de rebullirse en su asiento. Tenía un aspecto absolutamente comestible, aunque se estaba esforzando

mucho por hablar en serio—. No puedo encontrar en ninguna parte la variedad de rosal que crece aquí.

Lao suspiró. Se sentó de nuevo y la miró fijamente.

—Me he dado cuenta de que pareces decidida a encontrar misterios en esta casa, mires donde mires, lo que podría resultarme insultante. Tal vez hayas oído que una rosa es... simplemente una rosa. En ocasiones crecen salvajes y no significa nada en absoluto.

Chloe pareció enfurecerse por aquella respuesta, pero guardó silencio. Lao nunca le había dicho que debía contener el genio, tal y como recordaba que su padre solía decírselo a su madre.

—El silencio te engrandece, mujer —le había recordado incesantemente su padre a su madre—. Debes reflejar el legado de los Monteleone en tu mirada, en tus palabras, con cada expresión de tu rostro. No importa lo que pienses ni lo que sientas.

Lao nunca le había hablado así a su esposa. Y ella seguía hablando de las malditas rosas.

—He ido a buscar al jardinero —insistió ella—. No habla mi idioma, así que hice que una de las mujeres que me ayuda a vestirme me ayudara con la traducción. Y él estuvo de acuerdo. Es una variedad de rosa diferente, Lao.

Él volvió a suspirar.

—Déjate de rodeaos y dime simplemente lo que quieres decirme, Chloe. Así, tal vez podamos seguir disfrutando de la cena en paz.

—Está bien —replicó ella sin poder ocultar el mal genio que había en su mirada—. Tu jardinero y yo hemos llegado a la conclusión de que esas rosas son de una variedad única. Creo que tu madre hizo varios injertos para crear un rosal propio.

Entonces, miró a Lao como si quisiera transmitirle que aquello tenía su propio significado. Una lección que él debiera saber o aprender. Desgraciadamente, Lao lo ignoraba.

—A mi madre le encantaba la jardinería —comentó—. Si no recuerdo mal, afirmaba que una casa no podía convertirse en un hogar sin rosales en flor. Por ello, los plantaba siempre en donde estuviera.

—Sin embargo —dijo Chloe tras observarlo atentamente durante unos instantes—, ella no vivió en el castillo. Me dijiste que ella vivía en la

casa que había más abajo, en el valle. Que vivisteis allí todos hasta que tu padre murió.

—Mi madre cumplió con su deber —repuso Lao. Era consciente de que su voz estaba empezando a sonar con... una ligera tensión—. Ella vivió en esa casa hasta que murió mi padre. Entonces, se mudó a una de las casas de invitados. Así, a mí me resultó mucho más fácil restaurar el castillo.

—¿Y qué me dices de la decisión de destruir la casa del valle?

Chloe había pronunciado aquellas palabras demasiado dulcemente. Lao empezó a sentir que tenía un ansia imparable por disfrutar del «postre». Extendió la mano por encima de la mesa y le quitó a Chloe la copa de vino que tenía en la mano. Entonces, hizo que se levantara y la tomó entre sus brazos. Bebió de los suaves suspiros que ella dejó escapar, del delicado gemido que resonó en su garganta. Los sonidos en los que pensaba con demasiada frecuencia cuando su atención debía centrarse en asuntos más importantes. Estaba empezando a creer que aquellos sonidos lo turbarían durante el resto de su vida.

—Pensaba que estábamos hablando de las rosas —susurró, con la boca acariciando suavemente el cuello de Chloe. Mordía delicadamente la tierna carne, consiguiendo que ella temblara de placer.

Consiguió que ella se olvidara de sus palabras, de sus misterios, de sus indiscretas preguntas con la pasión de sus labios. La estrechó con fuerza contra su cuerpo y comenzó a acariciarla. Entonces, le metió la mano por debajo de la falda del vestido. Le gustaba que ella casi nunca se molestara en llevar braguitas y, como era de esperar, tampoco las llevaba aquella noche. Lao se las había quitado en la planta de arriba.

Tal vez se había imaginado que la iba a necesitar con tanta furia. La colocó en ángulo sobre la mesa y se hundió en ella. Sus envites eran tan profundos, tan potentes, que Chloe no fue la única que temblaba de placer o que pareciera poseída por aquella insoportable pasión que ardía entre ellos.

Cuando por fin Chloe estalló entre sus brazos, gritando desesperadamente su nombre, él se apartó de ella y la llevó al dormitorio, al lugar que nunca había tenido la intención de compartir con nadie. Allí, volvió a empezar. Como todas las noches.

Por las mañanas, él se levantaba como si no hubiera estado despierto casi toda la noche. Se preparaba para ir a trabajar. Allí, se ocupaba de

interminables llamadas y de reuniones largas e intensas. Era el único jardín que le habían enseñado a cuidar.

Parecía que el legado de los Monteleone no terminaba de crecer nunca. La influencia de su apellido alcanzaba todos los lugares del planeta y lo apretaba con fuerza, como si fueran las ramas de una poderosa parra. De igual manera, el legado también aprisionaba a Lao.

Se sentaba en el despacho que se había construido para poder admirar las vistas de Sicilia y también los restos de la casa del valle. Todos los días, con solo un acantilado y demasiada historia ante él, podría reconfortarse sabiendo que aquello solo era temporal.

Aquel verano. El otoño llegaría sin que se diera cuenta.

Como siempre.

Aquella locura, aquel huracán sensual, ya había durado más que ninguna de las aventuras que había tenido en su vida adulta. Sus amantes habían sido mujeres sofisticadas que tenían su propia fortuna y un pedigrí adecuado. De este modo, si se filtraba la noticia de su relación, nadie se escandalizaba. Lao las elegía cuidadosamente y las perseguía en silencio y, por eso, cuando las conseguía, le resultaba imposible mantener el nivel de interés o de pasión mucho más allá del primer mes.

Admitía que había sido un alivio casarse hacía cinco años y exigir a su propio cuerpo que ignorara todas sus necesidades porque, por encima de todo, él era un hombre que no rompía la promesas que hacía.

Eso explicaba la reacción que había tenido ante Chloe. Había pasado años conteniéndose de una manera que no había hecho antes. No era de extrañar que lo hubiera confundido por un embrujo único y particular que Chloe hubiera lanzado sobre él.

Por eso, aquellos dos primeros meses habían sido un continuo despliegue de deseo y necesidad por ella. Se decía una y otra vez que, lo que lo animaba, era el deseo de verla embarazada para poder dejar solucionado el tema del heredero. Así, podría relajarse. Y dejar aquel tórrido verano atrás.

—Debes tener cuidado con las mujeres —le había dicho siempre su padre. Ya estaba sufriendo las primeras etapas de su enfermedad, aunque su familia tardó años en enterarse.

—Siempre tengo cuidado, padre —le respondía continuamente Lao, tratando de ocultar lo ofendido que se sentía. Lo último que quería por aquel entonces era enfrentarse a los problemas que suponía tener un hijo.

—No estoy hablando del sexo —le había espetado su padre en una ocasión en particular, siempre con su manera de hablar fría y dura—. Espero que no estés siendo tan estúpido como para dejar por ahí un bastardo tuyo. Porque te prometo, Stanislaio, que, si eso ocurriera, os desheredaré a los dos y engendraré un nuevo heredero inmediatamente.

Lao no dudaba de su padre. Por lo que él sabía, solo había tres cosas que lo motivaran. El odio, el dinero y, por supuesto, el poder que emergía de los dos primeros.

—Tengo mucho cuidado —le había asegurado Lao.

Su padre, en aquella ocasión, estaba sentado en el agobiante despacho que tenía en la casa del valle.

—De lo que te estoy hablando es de la mujer con la que te cases. Y no te comportes como si no supieras que tienes que casarte para mantener nuestro linaje.

—Soy muy consciente de mis deberes, padre...

Su padre había bufado fuertemente, como si hubiera tenido dudas en aquel aspecto.

—Te digo que no te será fácil. Se esperan ciertas condiciones de la esposa de un Monteleone. Debe de ser única. Su belleza ha de ser un hecho indudable. Debe rezumar elegancia y distinción. Tienes que encontrar una mujer de buena distinción, a la que deseen el resto de los hombres, pero que solo los que poseen suficiente sofisticación podrán reconocer la joya que ella realmente es.

Lao había asentido con fuerza.

—No sabía que tenías a mi madre en tan alta estima.

—Tu madre es un cuento con moraleja, una historia de la que uno siempre tiene algo que aprender —había rugido su padre. Su rostro se había enrojecido mientras señalaba a Lao con uno de los habanos que tanto le gustaba fumar—. Exige demasiada atención. Tiene un magnetismo que siempre me ha ofendido y que debería ofenderte a ti también, hijo mío. Una única personalidad nunca debería atraer la atención de todo el mundo, sino que debería ser el apellido Monteleone.

Siempre el apellido. Siempre el legado familiar.

Como si su padre hubiera podido leerle los pensamientos poco honorables a su hijo, había dejado escapar un profundo gruñido y había seguido hablando.

—El apellido es lo más importante, Lao. Nunca el hombre y mucho menos la esposa de este. Si no eliges adecuadamente, vivirás tus días envuelto en un torbellino. Y no me refiero a la pasión que los jóvenes encontráis tan intrigante. Me refiero a la guerra.

Aquella palabra le había resultado entonces a Lao, y seguía pareciéndole, muy poco atractiva.

Aquella mañana estaba frente a aquellas imponentes ventanas, una vez más en su despacho en otra mañana de verano, envuelto como siempre en una resaca sensual. Frunció el ceño y miró hacia la ladera, hacia el campo en el que había estado la casa familiar.

Lo único que quedaba en ese campo, a cierta distancia, era la tumba de su padre.

A Lao le gustaba observarla desde allí, desde cierta altura, y recordarse que, a pesar de todo lo que pudiera ganar en la vida, a él también le esperaba una solitaria tumba en una ladera en la que solo importaba el apellido.

Antes de que Chloe regresara, aquel concepto le había proporcionado consuelo.

Había sido mucho más fácil cuando pensaba que sabía exactamente lo que ocurriría con la muchacha con la que se había casado. No había estado preparado para que aquella criatura perdida y soñadora fuera completamente diferente cuando adquiría la seguridad en sí misma que le proporcionaba el sexo frecuente y, por supuesto, excelente.

No era que deseara aplastar aquella manera de ser, pero tampoco podía animarla. Su padre había sido un hombre difícil en muchos sentidos, pero, en lo que se refería al cuidado y a la protección del apellido Monteleone, había estado en lo cierto.

Le gustara a Lao o no, su padre siempre había tenido razón.

Lao sabía que no se podía permitir que aquel matrimonio fuera más importante que el legado de los Monteleone, sobre todo cuando tenía la obligación de continuar con aquel legado engendrando la siguiente generación. Sin embargo, hasta que se hubiera asegurado un embarazo, no podía prescindir de su esposa.

El hecho de que esto último se alineara con sus deseos personales solo le hacía dudar y sospechar aún más de sí mismo.

—No pudo haber sido fácil crecer aquí tan solo —le dijo Chloe otra noche, cuando estaban dando un paseo por el jardín.

El aroma de las flores perfumaba el aire nocturno. El castillo relucía como si fuera de oro contra la oscuridad de la noche. En aquellos momentos, Lao podía fingir que era un hombre civilizado, simplemente porque aún no la había hecho tumbarse sobre la tierra para colocarse entre sus muslos.

Se dijo que cada vez había más de aquellos momentos, donde podía reencontrarse con su autocontrol.

Eso solo podía significar que el poder que Chloe ejercía sobre él estaba disminuyendo.

—No sé a qué te refieres —le respondió—. Como puedes ver, esto es un verdadero paraíso. No tengo quejas.

—Pero debes de haber estado muy solo.

—Un Monteleone nunca está solo —replicó él, tratando de contenerse, mientras entonaba las palabras que le había escuchado a su padre en innumerables ocasiones—. Está siempre rodeado de los hechos de sus antepasados.

Cuando Chloe se echó a reír, no lo comprendió. Ella no tardó en recuperar la compostura, sin duda como respuesta al modo en el que él la había mirado.

—Se supone que, de niño, uno tiene que jugar —comentó ella suavemente—, no repetir como un loro extrañas citas sobre el honor familiar. Suena un poco raro, ¿no te parece?

Lao la miró fijamente.

—No, Chloe. No me lo parece.

—Ya te dije —empezó ella con una tensión algo diferente en su voz—, que no quiero criar a mis hijos rodeados de fantasmas. Y, ciertamente, no quiero que ellos se conviertan en fantasmas.

Aquellas palabras golpearon a Lao como si fueran una bofetada.

—Yo no soy ningún fantasma, si es eso a lo que te refieres.

—Si tú lo dices...

Fue Chloe la que se abalanzó sobre él y apretó sus labios con fuerza contra los de Lao. Prendió entre ellos el fuego que siempre parecía estar latente entre ambos.

Lao respondió como siempre lo hacía, a pesar de que Chloe había reaccionado de aquella manera para impedir lo que él había estado a punto de decirle.

No le gustó que ella utilizara las mismas armas que él en su contra, pero no hizo nada al respecto.

Aquella noche, mucho más tarde, después de que se hubieran devorado en la cama, Lao permanecía despierto. Miraba el techo, admirando la parte que aún quedaba de la antigua construcción y que él había ordenado que reforzaran con vigas de acero. Quería que ese techo lo ayudara a recordar que debía ser el futuro, por muy anclado que estuviera también en el pasado.

Tenía un deber. Sabía lo que tenía que hacer, tal y como le habían indicado cuidadosamente los actos de sus antepasados. No podía permitir que los sentimientos, como un cáncer, terminaran con todo y lo destruyeran a él. Ya sabía cómo podía terminar.

Habían enterrado a su padre con muy poca pompa, tal y como correspondía a un hombre que siempre había preferido las sombras a la luz. Su madre se había marchado la primera y Lao se lo había permitido, pensando que, tal vez, necesitaba estar a solas para asimilar lo que debía de ser un luto aún más complicado que el que él estaba experimentando.

No recordaba el tiempo que permaneció allí, pero sí se acordaba del momento en el que notó el olor a humo.

El resto era confusión.

El humo. Las llamas. El hecho de que él tratara de apagar el incendio con la ayuda de los trabajadores de la finca. Cuando por fin lo consiguieron, comprobaron que se había perdido muy poco en el incendio. Solo el ala en la que estaba la habitación principal y en la que estaba en aquel momento.

Lao fue a buscar a su madre y la encontró envuelta en una manta, mirando el mar.

—¿Tanto lo amabas entonces que no se te ha ocurrido nada mejor que seguirlo a la otra vida? —le preguntó

—Oh... —susurró Portia. En aquellos momentos, no parecía la misma mujer vibrante y alegre que había sido siempre—. Lo amé en el pasado. Él lo sabía y lo utilizó contra mí de todas las maneras posibles, igual que usó mi amor por ti en mi contra. Igual que utilizó todo lo que yo

amaba para hacerme daño, solo para asegurarse de que lo único en lo que yo pudiera apoyarme, para lo bueno y para lo malo, fuera él.

—Madre...

En aquel momento, su madre lo miró de un modo extraño.

—Entré en esta casa como una recién casada llena de ilusiones, que esperaba a pesar de todo lo que había en contra, tener una vida llena de felicidad. Tu padre me arrebató muy pronto esa forma de pensar y me hizo vivir de esa manera durante casi veinticinco años. Por eso, me he dado cuenta de que prefiero dormir entre los rosales, a pesar de las espinas y de la tierra, o ahí arriba en el castillo que pasar una noche más en esta casa maldita, que jamás fue un hogar para mí.

Aquella noche, Lao no pudo dormir. No había podido dejar de pensar en las palabras de su madre.

Cuando llegó la mañana, tenía la intención de marcharse a trabajar como de costumbre, pero Chloe había empezado a desperezarse. Se giró hacia él y le sonrió. Tenía la mirada somnolienta y el cuerpo cálido. Se levantó para dirigirse a la ducha.

Lao solo era un hombre y, por eso, no pudo evitar ir tras ella. Entre el vapor y el agua caliente, los dos gimieron de placer para darle la bienvenida al nuevo día, no solo en una ocasión, sino en dos.

Cuando terminaron, completamente agotados y abrazados el uno al otro, dejaron que el agua cayera por sus cuerpos durante unos instantes. Entonces, Lao la abrazó con cuidado y le escurrió el cabello entre las manos antes de envolverla con una toalla. Después, la miró como si ella fuera un enigma que necesitaba resolver.

Chloe sonrió.

—Parece que el agua te ha afectado un poco, dusci mia...

—No te puedes imaginar cómo —afirmó ella. Entonces, suspiró profundamente—. Lao, no sé cómo decirte esto...

—Pues inténtalo —replicó él firmemente. Tenía una especie de premonición.

Sin embargo, Chloe se acercó a él y lo abrazó. Entonces, sonrió cariñosamente mientras lo miraba a los ojos.

Lao solo era un hombre, a pesar de los esfuerzos de su padre para convertirlo en otra cosa, por lo que gozó plenamente con aquel momento. No le gustaba no ser capaz de dar un paso atrás, pero no podía hacerlo.

—Te amo —susurró ella—. No sé si está permitido, pero te amo...
Creo que siempre te he amado...

Lao no podía permitirlo. No podía permitir que hubiera amor.
Siempre había comprendido cuál era su deber. Siempre.

Por eso, la miró como si la compadeciera. Se dijo que era eso lo que sentía. Por lo tanto, le dio un suave golpecito en la nariz como recordó que hizo en otra ocasión, hacía mucho tiempo. Así, quería recordarles a ambos quiénes eran.

—Necesito herederos, Chloe —le dijo fríamente—, no poemas de amor. A ver si no nos olvidamos de quiénes somos.

Capítulo 8

SABER que tenía que abandonar a Lao era una cosa, pero hacerlo otra muy diferente, en especial porque, a pesar de que tenía el corazón roto, Chloe no hacía más que pensar que, si se esforzaba un poco más, tal vez conseguiría que él cambiara de opinión.

Si seguía insistiendo, podría ser que Lao terminara por amarla.

No se le había pasado por alto que aquella manera de pensar era muy similar a la que había experimentado años atrás, cuando era una niña que trataba de comprender el abandono de su madre.

De algún modo, Chloe había llegado a la conclusión de que Bianca Stapleton se había marchado, empujada por la niña a la que siempre había ignorado. Por su culpa

Esa era la razón por la que su padre se había tomado tiempo para hablarle sobre lo que realmente importaba.

—La verdad es, cariño mío —le dijo a Chloe cuando ella era un poco mayor y fue capaz de comprender el significado de sus palabras—, que Bianca nunca amó a nadie ni a nada más que a sí misma y dudo que vaya a cambiar.

Portia fue quien amó a Chloe como si Chloe fuera hija suya. Fue Portia quien la educó durante los años que estuvieron juntas. Fue Portia quien amó también al padre de Chloe, igual que lo hacía con su hijo a pesar de su manera de ser.

—Mi hijo fue educado para tomarse muy, muy en serio —decía Portia siempre—. Y que el Cielo nos ayude a los que lo rodeamos si no seguimos su ejemplo.

Por aquel entonces, a Chloe no se le había ocurrido que fuera posible bromear con un hombre como Lao. Lo que sí comprendió, incluso siendo una niña, fue que no era aconsejable. Además, el hecho de que aceptara

aquel comportamiento de su madre no implicaba que lo fuera a tolerar de otras personas.

Decidió que merecía la pena intentarlo.

—Deberías tratar de no tomarte tan en serio —le sugirió una noche—. Si no, podrías terminar convirtiéndote en una de tus estatuas y entonces, ¿qué sería del grandioso legado de los Monteleone?

Habían estado paseando por la galería del castillo, en la que había estatuas por todas partes. Le había parecido un comentario razonable, incluso gracioso. Además, Lao parecía estar de mal humor, con lo que vendría bien algo que aligerara el ambiente.

Chloe se arrepintió de sus palabras cuando él la miró con una increíble frialdad.

—¿Cómo has dicho? —le preguntó. Su voz resonó con una suavidad engañosa, como si él estuviera tratando de controlar la ira que ardía en su interior.

Chloe era, en lo que se refería a Lao, una cobarde de corazón, se aclaró la garganta para tratar de arreglarlo y disimular. Sintió que se apagaba por dentro y supuso que este sentimiento se estaba reflejando también por fuera.

—Lo que quería decir era que no estoy segura de entenderte —dijo cambiando ligeramente el tema de conversación—. Si pudieras repetírmelo...

—He dicho lo que siempre digo. Que cuando empezamos la parte real de nuestro matrimonio, pensaba que íbamos a progresar más rápidamente.

—Bueno, los cuerpos reaccionan a su manera, sin tener en cuenta nuestros deseos —replicó ella.

—Todo eso está muy bien, pero ya estamos en septiembre y no estás embarazada. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas.

En aquel momento, Chloe se dio cuenta de que estaban en septiembre y que, por lo tanto, ya habían pasado los tres meses de validez de su inyección anticonceptiva...

—Nos iremos a Londres dentro de dos días —le informó él fríamente—. Deseo que vayas a un médico que he elegido.

Chloe decidió que había llegado el momento de dejar de fingir.

Lao no la amaba. Además, aquel viaje a Londres significaba que su tiempo había terminado. Ya sabía lo que el médico que Lao había elegido le diría.

Su experimento había terminado. Había experimentado más de lo que había imaginado, pero había llegado el momento de dejar a Lao mientras aún le resultara posible. Y, sobre todo, antes de que él se enterara del secreto que le había estado ocultando.

—Londres... —susurró muy suavemente, mientras trataba de disimular observando otra estatua—. Qué bien...

Decidió que se pasaría el tiempo que le quedaba allí despidiéndose. De aquella maravilla de castillo, de piedra y acero. Del misterio de Sicilia, con sus laderas, sus campos, sus huertos y sus viñedos. De los dorados amaneceres, que se extendían como algodón de azúcar por el horizonte. Y, durante cada momento, se despediría también poco a poco de Lao.

Aquella noche no pudo dormir mucho, pero le vino muy bien. Así pudo excusarse sobre la razón por la que se sentía tan frágil cuando montaron por fin en el avión. O cuando miraba el castillo desde el aire y sentía que el corazón se le partía en dos.

«Necesitas dormir», se decía una y otra vez. «Eso es todo».

—Pareces muy callada —le dijo Lao mientras volaban ya sobre el reluciente Mediterráneo.

—Estaba pensando en el vuelo que me trajo hasta aquí hace unos meses —respondió mientras forzaba una sonrisa—. Y en cómo todo resultó ser tan diferente a lo que yo había esperado.

Cuando Lao no respondió, ella lo miró y vio que él la estaba observando muy atentamente desde el asiento de enfrente, al otro lado de la mesa.

—¿Acaso tienes alguna queja que quisieras hacer constar? —le preguntó él. Su voz era una mezcla de desaprobación y fría afrenta, que provocó que Chloe se sentara más erguida en el asiento. A pesar de todo, el centro de su feminidad comenzó a arder por él.

—¿Cómo iba a tener alguna queja? —replicó—. Soy la esposa de un Monteleone. Estoy segura de que hay cientos de mujeres que me disputarían diariamente ese honor. Simplemente me estoy preparando para defender mi título en las calles de Londres.

Lao la observó atentamente.

—Muy graciosa —murmuró por fin—, pero no es ninguna broma, Chloe. Mi única tarea en la vida es sostener y aumentar el legado de mi familia, no menguarlo.

—Lo sé. Creo que tienes mucha suerte de haber nacido con un propósito —dijo ella con sinceridad—. Algunos de nosotros nos pasamos la vida sin encontrar el nuestro. A ti se te entregó el tuyo el día de tu nacimiento. Comprendo que, en ocasiones, viene con sus propios desafíos, pero, a pesar de todo, creo que tienes mucha suerte.

—Mi padre se sentiría ofendido por ese concepto —replicó Lao—. Él diría que la suerte no existe, sino que solo hay estrategia, poder y buena educación.

—Parece que fue un hombre fascinante —comentó. Entonces, al ver que Lao fruncía el ceño, agitó una mano—. ¿Qué pasa? Siempre me he sentido fascinada por él. Después de todo, fue el otro fantasma que me acompañó a lo largo de mi infancia y era el que importaba en realidad. No estoy segura de que mi madre cuente en realidad, porque, por lo que yo sé, sigue aún con vida.

—Tu madre vive en una lujosa casa de Bel-Air, en Los Ángeles —le informó Lao—. Hoy en día, prefiere acudir a fiestas con amantes bien seleccionados, que la colman de regalos porque creen que el convenio con el que paga sus facturas significa que tiene un cierto poder. En resumen, creo que es una mujer muy feliz.

Chloe parpadeó y dejó escapar una carcajada involuntaria.

—Nunca había tenido tanta información de Bianca en muchos años.

—Empecé a seguirla cuando mi madre empezó a salir con tu padre. Me pareció prudente, dada su tendencia a los escándalos y a los espectáculos. Sigo haciéndolo porque es, después de todo, la única pariente viva de mi esposa.

Lao se encogió de hombros antes de centrar de nuevo su atención en la tableta y en el trabajo que lo esperaba en todo momento. Sin embargo, Chloe no se creía del todo que él sintiera tanta despreocupación como fingía.

El problema era que lo conocía desde hacía ya mucho tiempo y el hombre frío, al que le gustaba compartimentarlo todo y encerrar a su esposa en una torre para darle placer, no era el mismo que se había mostrado tan amable con una niña abandonada por su madre.

Chloe conocía también a su madre. A lo largo de los años, había escuchado con ávida atención cómo Portia contaba anécdotas sobre el niño que había sido y el hombre en el que se había convertido.

Conocía perfectamente al que fue su hermanastro, el que la había cuidado cuando estaba tan perdida que no sabía lo que hacer con su vida. E incluso en aquellos momentos, a pesar de sus frías exigencias, conocía a Lao. Con la perspectiva del tiempo, no creía que se habría enamorado de él tan profundamente si no hubiera comprendido, en lo más profundo de su ser, que, a pesar de tanto acero y tantos truenos, Lao jamás le haría daño.

¿Acaso no lo había experimentado aquella noche en la torre, cuando él le había quitado su inocencia y la había introducido a una nueva versión de sí misma que no hubiera encontrado de otro modo? Era una mujer muy diferente.

Pensó en Lao. Tal vez ella era la culpable porque no hacía más que buscar gestos de amor en él, unos gestos que él no podía darle, no porque no los sintiera, sino porque no sabía cómo mostrarlos.

«También puede ser que no te ame», se recordó.

Aquel pensamiento le produjo náuseas.

La verdad era que no quería que fuera cierto. No quería abandonarlo. Lo único que quería era una señal, por pequeña que fuera, para quedarse a su lado para siempre, viviendo de las migajas del afecto que Lao le profesara. Resultaba evidente que eso era lo que había hecho desde el principio. Tenía sexo con ella para mantenerla callada y satisfecha.

No obstante, la pasión que había entre ellos era auténtica. De eso no le cabía duda. Resultaba abrumadora y maravillosa y no creía que se cansara nunca de ella, pero... pero eso no la convertía en amor.

Lao le había hablado lo suficiente de su infancia para que ella supiera que ninguna de las razones de las cosas que él decía querer eran buenas. Quería un heredero porque el legado de su familia lo necesitaba, no porque hubiera mirado a Chloe y se hubiera preguntado cómo sería si los dos creaban un pequeño ser humano a semejanza de ambos.

Lo único que le importaba era su legado. Él mismo se lo había confirmado en un millar de ocasiones.

Chloe podía asegurar una y otra vez que Lao solo decía aquellas cosas porque no conocía otra manera de pensar o porque estaba segura de que él solo necesitaba alguien que lo amara. Después de todo, solo llevaban juntos un verano. Haría falta amar a un hombre durante años para

borrar su pasado. ¿Acaso se estaba rindiendo demasiado pronto? Sabía que Lao se disgustaría al enterarse de lo de la inyección anticonceptiva, pero se le pasaría. Estaba segura de ello, pero, a pesar de todo, no lograba tranquilizarse.

No obstante, había algo que sabía más allá de la sombra de toda duda. Ella podría desconocer qué hacer con su vida, pero sabía que era importante. Más aún, que debía importarles a las personas que formaban parte de su vida.

Amaría eternamente a Lao si él se lo permitía y no necesitaba que él lo hiciera del mismo modo, pero sí necesitaba saber que él podría amarla. Que quería amarla.

Necesitaba aquel pequeño acicate para poder seguir adelante.

Desgraciadamente, también sabía que Lao no se lo iba a poder dar.

Cuando llegaron a Londres, se montaron en una lujosa limusina que los estaba esperando en la misma pista de aterrizaje del aeropuerto.

Justo cuando llegaron a la consulta del médico, él tuvo que responder una llamada de teléfono. Con un gesto, la animó a descender y a bajar del vehículo, indicándole también que se reuniría con ella cuando hubiera terminado de hablar por teléfono.

Chloe entró en el vestíbulo. Estaba a mitad de camino de los ascensores cuando se le ocurrió que aquella era la oportunidad que había estado esperando. A pesar de todo, dudó. Volvió a mirar al exterior, al coche...

Recordó que su padre le había dicho en muchas ocasiones, en especial después de la muerte de Portia, que la vida era para vivirla. Por lo tanto, en vez de tomar el ascensor para subir a la consulta que le confirmaría a su esposo la razón por la que aún no se había quedado embarazada, atravesó el vestíbulo en dirección opuesta hasta que encontró otra puerta de salida. Salió a otra calle y se alejó de allí.

Se deshizo de su teléfono móvil y se dirigió al banco más cercano para sacar algo de dinero. Lo metió todo en la bolsa de la boutique, en la que había comprado algo de ropa antes de entrar en el banco. Después, se dirigió a la estación de tren y compró un billete para el primer viaje que salía hacia el norte.

Mirabelle, o cualquier otra de sus amigas, estaría encantada de alojarla, pero lo primero que haría Lao sería preguntarles a ellas. Además,

tampoco quería explicarles lo que había ocurrido durante aquel verano. De hecho, ni siquiera sabría cómo empezar.

Por lo tanto, menos de una hora después, se marchaba de King's Cross en dirección a Aberdeen.

Estaba lloviendo. El tiempo encajaba con su estado de ánimo, por lo que se sentó junto a la ventana y fue contemplando las hileras de casas de barrios de Londres en los que nunca había estado. Poco a poco, el tren fue tomando velocidad hacia el norte. Fueron pasando por ciudades y pueblos hasta que, por fin, decidió bajarse del tren en el primer lugar que le llamó la atención. Ya había anochecido y las noches del mes de septiembre en Escocia eran mucho más húmedas y frías de lo que lo habían sido en Sicilia. Encontró un hotel y pasó allí aquella primera noche. Se acurrucó en la estrecha cama y estuvo llorando hasta quedarse dormida.

A la mañana siguiente, no tardó mucho en encontrar un pequeño estudio en el centro de la ciudad. Resultaba increíble lo que se conseguía al pagar en efectivo.

También encontró un trabajo sirviendo mesas en un café. Era eso o pasarse los días convirtiéndose en uno de los fantasmas con los que se había asegurado en muchas ocasiones que no tenía nada que ver.

Sin embargo, cuanto más hacía un trabajo que no le gustaba, más soñaba sobre lo que preferiría en realidad. Tal vez le habría ido mejor en la vida si su padre hubiera sido más estricto con ella. Tal vez así hubiera tenido algo contra lo que rebelarse y lo habría cambiado todo.

No obstante, su padre la había amado sin condiciones y no le había negado nada. Si no hubiera sido así, Chloe nunca habría conseguido el valor suficiente para alejarse de un hombre que no quería amarla.

Decidió que el requerimiento mínimo que debería aceptar de su esposo era que él le hiciera sentir amor. No el amor de un padre, sino el amor incondicional, maravilloso. Sin ello, ¿cómo se podría construir una vida en común?

Todos los días, mientras trabajaba en el café, se decía a sí misma lo que debería o no aceptar y se creía cada palabra.

Sin embargo, dudaba.

Lo peor eran las noches. Hacía todo lo posible para mantenerse despierta. No quería quedarse dormida y perderse en sus sueños, en los que recordaba a Lao y todo lo que habían vivido juntos.

En ocasiones, se despertaba con los ojos llenos de lágrimas. Sabía que sería tan fácil llamar a Lao. Solo tenía que pronunciar su nombre para que él fuera a buscarla. Él la salvaría de la vida que había elegido. La poseería una y otra vez hasta que ella terminara convenciéndose de que aquel era su propósito en la vida... hasta que recordara que él no la amaba. Solo quería hijos. Y obediencia.

Chloe nunca sabría lo que habría ocurrido si no hubiera empezado a sentirse enferma.

Al principio, solo experimentaba una ligera pesadez. Después, comenzaron las náuseas por las mañanas. El olor de la comida de la cafetería le provocaba las ganas de vomitar. De repente, los platos que le habían entusiasmado siempre le resultaban asquerosos. Tal vez sabía lo que todo aquello significaba. Tal vez no quería saberlo.

Cuando una noche se tuvo que levantar corriendo para ir a vomitar a pesar de que tenía el estómago vacío, lo supo. No necesitó confirmación. Se enjuagó la boca y volvió para sentarse en la cama. La cabeza le daba vueltas. Se cubrió el vientre con las manos y respiró profundamente.

Una profunda sensación de tranquilidad pareció envolverla allí, en aquella pequeña ciudad de Escocia. Entonces, comprendió perfectamente lo que iba a hacer.

Iba a tener un bebé. Ella era Chloe Stapleton, la muy amada hija de Charlie Stapleton. Aunque Lao pueda reclamar la mitad de su fortuna, la otra mitad era suya. Tenía más que suficiente para vivir.

Pensó en Bianca y en la vida rutilante que su madre pensaba que estaba viviendo. Pensó en Portia, que había pasado por el infierno y luego había vivido el resto de sus días en paz y felizmente.

Durante todo aquel tiempo, no lo había comprendido. No lo había sabido. Por fin lo entendía.

Iba a ser madre. Sabía que algunas mujeres, tras abandonar a sus esposos y empezar una vida en circunstancias difíciles, tenían miedo. Ella también lo habría tenido hacía seis meses. Ya no.

Chloe nunca había sentido propósito alguno en su vida. Aquel bebé se merecía todo lo que Chloe siempre había deseado y solo había conseguido en parte. Aquel bebé se merecía lo mejor y ella tenía intención de dárselo.

Ya no importaba que Lao la amara o no.

Capítulo 9

LAO habría sido capaz de afirmar, con toda la seguridad del mundo, que Chloe no habría podido evitarle durante un solo día, con lo que mucho menos durante un mes. O dos.

También habría sido capaz de decir, con la misma seguridad, que ella no desearía hacer nunca algo así.

Sin embargo, tuvo que esperar hasta noviembre para recibir por fin la llamada que llevaba esperando tanto tiempo.

La habían visto. Después de escaparse con una facilidad que Lao nunca habría imaginado, ella había reaparecido de la misma manera. De repente.

Lao había esperado pacientemente, seguro de que ella se pondría en contacto con él tal y como había hecho siempre. No fue así. No regresó a Sicilia para disculparse y explicar la razón de su huida. Chloe no realizó intento alguno por ponerse en contacto con ella. Si Lao no hubiera enviado a sus hombres a todos los lugares en los que creía que ella aparecería, tal vez nunca lo habría sabido.

Por fin, sus hombres estaban seguros. Tenían pruebas fotográficas de una mujer que, evidentemente, era su esposa desaparecida, la misma que lo había abandonado en Londres sin mirar atrás, tal y como había visto en las grabaciones de las cámaras de seguridad de las calles.

Lao voló al norte desde Sicilia, consumido con la misma rabia que llevaba devorándolo desde el momento en el que entró en la consulta del médico y descubrió que ella había huido. Aquella rabia había sido ardiente y dolorosa al principio. En aquellos momentos era mucho más... fría.

Se volvía más gélida con cada kilómetro que recorría en la parte posterior del coche que lo llevaba a través del paisaje congelado de aquella amarga isla a la que ella consideraba su hogar. La isla que ella, sin duda, prefería a la de él.

En el fondo, debía admitir que no había pasado bien aquellos meses sin ella.

Lao se había pasado tres meses con Chloe, esforzándose todo lo que podía para mantener las distancias con ella a pesar de su deseo. Sin embargo, tras pasar tres meses sin ella, con toda la distancia del mundo entre ambos, se había dado cuenta de que había odiado profundamente cómo se había sentido por no tenerla a su lado.

El castillo que había diseñado para no vivir con tristeza, tal y como les había pasado a tantas generaciones de su familia en la casa del valle, lo había traicionado. Sin poder evitarlo, buscaba el sonido de sus pasos en los salones. Se despertaba totalmente seguro de que había escuchado su risa, para luego descubrir que estaba completamente solo. Su cuerpo se había acostumbrado a las caricias de Chloe y sufría al descubrir que las echaba de menos más de lo que era capaz de soportar.

Y la echaba también de menos a ella.

La ausencia de Chloe era más una distracción de lo que lo había sido su presencia. Lao, que había dedicado su vida precisamente a ser el vivo ejemplo de los hombres Monteleone, se temía que hubiera cambiado para siempre.

Al principio, después de asegurarse que no la habían secuestrado, no la había buscado. Había estado seguro de que ella llamaría enseguida para decir dónde se encontraba. Se había imaginado todo lo que le diría para aceptarla de nuevo a su lado, lo magnánimo que se mostraría y la recompensa que exigiría de su dulce cuerpo.

Sin embargo, Chloe no llamó.

A finales de septiembre, Lao envió a sus hombres para buscarla. Estaba seguro de que la encontraría en la casa de alguna de sus amigas. Sin embargo, Chloe no estaba en ninguno de los lugares en los que la había imaginado.

En realidad, no parecía estar en ningún sitio, aunque sus hombres lograron localizarla en las grabaciones de las cámaras de seguridad de un tren que se dirigía desde Londres hacia el norte. Por fin, descubrieron que se había bajado de aquel tren en Escocia. Lao se pasó gran parte del mes de octubre recibiendo informes de sus hombres en los que descubrían dónde había estado, pero sin encontrarla.

Cada día que pasaba, Lao se veía obligado a enfrentarse a la desagradable verdad de que, en realidad, no conocía a Chloe. La mujer que

él conocía no habría conseguido esconderse. No se le habría ocurrido utilizar dinero en efectivo para que no la localizara tan fácilmente. Nunca se habría rebajado a vivir en un estudio ni a trabajar en una cafetería que solo servía café aguado y comida grasienta.

Esa mujer no habría sabido que podría contar con que nadie la reconociera. Nadie habría buscado a Chloe Stapleton en una ciudad tan mugrienta, tan alejada de lo que era su vida real.

Era imposible no tomarse como un insulto que Chloe pudiera pasar de vivir en Castello Monteleone a hacerlo en un cobertizo repugnante, casi en la pobreza. Y que lo hubiera hecho por su propia voluntad era una afrenta. Lao no sabía qué era lo que le enfurecía más, que ella hubiera hecho aquellas cosas o que él no hubiera sido capaz de encontrarla mientras Chloe las hacía.

Evidentemente, la única razón por la que los hombres de Lao habían sido capaces de hallarla era porque ya no se molestaba en ocultarse.

Apretó los dientes y se recordó que tenía que mantener la cabeza fría. Sin embargo, a medida que empezó a reconocer el paisaje que pasaba por delante de la ventanilla del coche, le fue resultando más difícil.

Lao no podía afirmar que le gustara aquel viaje de retorno al pasado. El chófer había empezado a recorrer una ruta muy familiar hasta la vieja casa a la que su madre se había marchado a vivir después de que empezara su relación con Charlie.

Lao no había mostrado reparo alguno en decirle lo que pensaba.

—Apenas conoces a ese hombre, madre —le había dicho cuando encontró a Charlie en los jardines del palacio—. Si quieres salir con él, puedes hacerlo sin irte a vivir con él de la noche a la mañana.

—Lao —le había respondido Portia, con una sonrisa—, no te estaba pidiendo ni tu permiso ni tu bendición, aunque me gustaría que te alegraras por mí. Te estaba informando simplemente de lo que va a ocurrir. Nada más.

Portia no quiso escuchar nada de lo que él tuviera que decirle. Se volvió a casar antes de que terminara el año y a Lao no le había quedado más remedio que ir aquella casa de la campiña británica con más frecuencia de la que le hubiera gustado porque su madre se negó en rotundo a volver a Sicilia.

Siempre había culpado a Charlie de ello. Sin embargo, mientras el coche enfilaba el largo camino de acceso que conducía a la imponente

casa, no estuvo seguro de por qué. No era que él no hubiera sabido la razón por la que su madre había abandonado Sicilia ni por qué había sido allí tan desgraciada. O la razón por la que había intentado quemar la casa del valle.

Cuando el coche se detuvo por fin frente a la casa, recordó que la última vez que la vio fue en las fotografías que le enviaron sus empleados cuando la cerraron hacía cinco años. Chloe estaba por aquel entonces en Londres, por lo que no había habido necesidad de mantenerla abierta.

Al ver la luz que iluminaba las ventanas, resultó evidente que la habían abierto sin su permiso y que se habían hecho las tareas necesarias para que fuera habitable. Parecía que Chloe, su esposa, había regresado allí para quedarse.

Aquello era imposible, dado que Lao no tenía intención alguna de vivir en Inglaterra.

No esperó a que el chófer le abriera la puerta. Salió rápidamente y se dirigió hacia la puerta principal. Trató de abrirla, pero comprobó que estaba cerrada. Entonces, él, Lao Monteleone, tuvo que llamar al timbre y esperar a que le abrieran como si no fuera más que un vendedor ambulante.

Esperó que fuera Chloe quien abriera la puerta. Sin embargo, fue el mayordomo de siempre el que lo hizo. Con su altivez británica, le dejó perfectamente claro que no sentía aprecio alguno por él ni se alegraba de su visita.

El insulto era totalmente intencionado. Lao tuvo que contar hasta diez para encontrar las palabras adecuadas, palabras que no contuvieran la fría furia que le recorría las venas.

Sin embargo, no fue necesario. El mayordomo se hizo a un lado.

—Señor Monteleone —dijo a modo de gélido recibimiento—, la señorita Chloe está esperándole.

Lao siguió al mayordomo a través de la vieja casa. No estaba seguro de cómo iba a poder manejar aquella extraña situación. Hacía mucho tiempo que nadie le ganaba la partida y jamás hubiera pensado que esa persona sería Chloe.

Por fin llegaron a una sala de la casa que Lao reconoció demasiado bien. Era la galería acristalada que su madre había convertido en un invernadero para poder disfrutar de su jardín todo el año. Lao había sufrido la muerte de su madre de muchas maneras, a pesar de que sentía que aquel sentimiento lo convertía en un ser débil. Aquella noche, cuando entró en la galería, sintió de repente que la pena de antaño lo asaltaba de nuevo.

Todas las plantas de su madre habían desaparecido. Era de esperar. Sin embargo, los recuerdos se apoderaron de él, creando vivas imágenes de cómo la había encontrado allí en muchas ocasiones, cuidando de sus plantas y de sus flores. Su madre y sus plantas ya no estaban allí, pero había una figura en la ventana, observando el paisaje.

—Resulta raro que no haya plantas aquí, ¿verdad? —le preguntó Chloe sin darse la vuelta para mirarlo. Ese gesto hizo que la sala resultara aún más desangelada—. Si creyera que soy capaz de cultivar mis propias rosas aquí en su honor, lo haría encantada.

Lao observó la figura de su esposa ávidamente, captando todos los detalles. El cabello oscuro le caía por la espalda con salvaje abandono en vez de con los peinados más elaborados que había lucido en Sicilia. A pesar de que no hacía calor, iba descalza y llevaba puesto un vestido ceñido al cuerpo que hacía destacar la curva del trasero.

Permanecer totalmente inmóvil fue un acto de heroísmo cuando deseaba con todas sus fuerzas acercarse a ella y tomarla entre sus brazos.

—¿Qué es esto? —le preguntó en voz baja. Trató de mantener el control, pero sin conseguirlo del todo.

—Simetría —replicó ella suavemente sin dejar de mirar por la ventana—. ¿No te resulta familiar, Lao? Sin embargo, en esta ocasión, soy yo la que está junto a la ventana y tú en la puerta sin saber qué es lo que está ocurriendo. No resulta agradable, ¿verdad?

Por primera vez en mucho tiempo, Lao soltó una carcajada. Entonces, tuvo el placer de ver cómo su esposa estiraba un poco más la espalda, lo que significaba que ella no se mostraba tan indiferente a él como quería hacerle creer.

—Eres mi esposa, Chloe. Te voy a decir lo que va a ocurrir exactamente. Vas a volver a Sicilia conmigo. Vas a volver a mi lado. Y, si tienes suerte, te podría permitir que te marches de mi montaña dentro de unos cincuenta años o así —rugió. Ya no podía controlar su ira durante más tiempo.

Chloe se dio la vuelta muy lentamente. A Lao le llamó la atención el brillo que tenía en los ojos. La extraña expresión que adornaba su rostro. Casi no la reconocía. Y no le gustó que se le formara un nudo en el pecho.

—No.

Durante un instante, Lao no pudo reaccionar. Aquella única sílaba pareció flotar en el aire, entre ellos.

—¿Cómo has dicho?

—Te he dicho que no —insistió ella, con voz más desafiante que antes. Entonces, levantó la barbilla—. Aunque esa palabra sea una frase completa en sí misma, te lo voy a explicar. Si quieres que regrese contigo, debes pedírmelo adecuadamente. No voy a responder a tus órdenes. Si quieres algo de mí, tienes que pedirlo. Ya veré yo si te lo concedo o no. Sin embargo, te voy a decir desde ya mismo que, comportándote como si fueras mi jefe o mi dueño en vez de mi esposo, no vas a conseguir nada.

—No logro ver la diferencia.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, los ojos de Lao recorrieron el cuerpo de Chloe con la necesidad de siempre, aunque acrecentada por los meses que había pasado sin ella. Quería asegurarse de que estaba tal y como la recordaba desde la última vez que la vio.

Sin embargo, aquel vestido tan ceñido... Ella no era la misma.

El pulso se le aceleró hasta convertirse en un tambor. Cruzó la galería y se acercó a ella antes de que Chloe pudiera moverse.

—Espero que no pienses que puedes intimidarme —le dijo ella.

—Creo que es mejor que guardes silencio —susurró, mientras la tomaba entre sus brazos.

Lao no le miraba el rostro. Le estaba mirando los senos, que parecían más pesados y redondeados. Observó el resto del cuerpo, que conocía casi mejor que el suyo propio e, inmediatamente, notó el ligero abultamiento del vientre. Y el engrosamiento de los labios.

No se detuvo. Siguió andando hasta que la apretó contra el cristal. Entonces, con una mano, le tocó uno de los pechos, ignorando el gemido que ella dejó escapar. Era más grande y pesado. Entonces, deslizó la mano sobre el vientre hasta que encontró el ligero abultamiento que había estado buscando. Sintió que el pulso se le aceleraba. Entonces, la miró directamente a los ojos.

—Dime que estoy equivocado —le espetó.

—No sé a qué te refieres, Lao. Lo que sí sé es que no deberías ir tratando así a la gente...

—Estás embarazada —afirmó, como si no se pudiera creer las palabras que estaban saliendo de sus labios. La traición era tan profunda, tan intensa, que le sorprendió que pudiera seguir de pie—. Estás

embarazada, Chloe. Huiste de mí. Te ocultaste de mí. ¿A qué te crees que estás jugando?

Lao pensó que ella se desmoronaría. Que, al menos, se echaría a temblar. Sin embargo, para su sorpresa, ella se despegó del cristal y le apartó la mano. Entonces, se irguió y levantó la barbilla para mirarlo directamente a los ojos.

Parecía que no le tenía ni pizca de miedo.

—Estoy embarazada, sí —replicó. Parecía mucho más tranquila de lo que él estaba—. ¿Y sabes lo que significa?

—Lo que significa es que has cometido un terrible error.

Chloe levantó un poco más la barbilla.

—No. Voy a ser madre —le dijo, con aquella manera de hablar tan cuidadosa y distinguida que tanto le disgustaba a él—. No me importa el legado de tu familia, Lao. Lo que me importa es este bebé y la vida que vaya a tener. No voy a ser como mi madre. No voy a abandonar a mi hijo cuando las cosas se pongan difíciles o aburridas, o cualquier otra de las cosas de las que se quejaba ella. Eso no va a ocurrir nunca, como tampoco voy a convertir a este bebé en el robot en el que te convirtió tu padre. Ni voy a hacerlo yo ni voy a permitirte a ti que lo hagas.

—¿Robot? ¿Acaso crees que soy un robot? —repitió él con una carcajada—. ¿Cómo puedes decir eso después de las muchas maneras en las que te he mostrado que estoy completamente hecho de carne y hueso?

Chloe pareció recordar a lo que se refería, pero no respondió tal y como él esperaba.

—He tenido mucho tiempo para pensar —dijo ella, en vez de reconocer lo que había entre ellos.

Lao había visto muchas versiones de Chloe a lo largo de los años. La niña enojada. La adolescente apenada. La dulce esposa que había disfrutado durante muy poco tiempo. Comprendió con una especie de reproche que aquella fuera la primera vez que la miraba y veía la mujer hecha y derecha en la que, de algún modo, ella se había convertido. Ya no era solo bonita, sino francamente hermosa, con fuerza en la mirada y convicción en el gesto.

Sintió un escalofrío.

Chloe lo estaba mirando de un modo que no le gustaba en absoluto.

—No lo quieres saber, ¿verdad? —le preguntó ella.

—Evidentemente, has tenido demasiado tiempo para pensar. No te lo recomiendo.

Lao no estaba pensando cuando levantó una mano y se la colocó en la nuca. Entonces, tiró de ella y la besó. No estaba pensando, sino sintiendo. Sabía que no debía hacerlo, pero se trataba de Chloe. Y, precisamente por eso, el beso no fue simplemente un beso. Fue una exposición.

En un instante, una conflagración totalmente imposible se apoderó de ellos. Las bocas se unieron y las lenguas se enredaron. Las manos de Chloe se deslizaron por debajo de la camisa de Lao, los dedos acariciaron el torso y las uñas dejaron pequeños arañazos que le hicieron sentir muy bien.

Era Chloe, pero su cuerpo había cambiado. Tuvo que aprenderlo de nuevo. Incluyó la cabeza para besar aquellos nuevos pechos, rotundos y maduros. Siguió bajando hasta encontrar el ligero abultamiento del vientre y poder adorarlo.

Chloe luchó con él, pero no para alejarlo de su lado, sino para unirse más a él. Comenzó a desabrocharle el cinturón. Tenía la respiración entrecortada cuando se arrodilló sobre el suelo y liberó su sexo de los pantalones. Entonces, lo rodeó profundamente con la boca.

Tal y como él le había enseñado.

Había pasado mucho tiempo, demasiado. Era maravilloso estar así. Las caderas de Lao se movían como si tuvieran vida propia. El placer era tan intenso, tan húmedo, tan bueno... Sin embargo, Lao quería más. Lo quería todo.

Se apartó de ella y la ayudó a ponerse de pie. Entonces, la apoyó contra la pared y le subió el vestido hasta la cintura. Le separó las piernas colocándoselas alrededor de la cintura y se hundió ella. Con su cuerpo, Chloe dibujó la forma de un arco. Echó la cabeza hacia atrás y Lao sintió cómo ella apretaba el sexo justo antes de alcanzar el orgasmo. Una y otra vez.

Cuando Chloe se relajó contra su cuerpo, Lao comenzó a moverse de nuevo dentro de ella, arriba y abajo, hasta que ella se excitó de nuevo. Con cada envite, el fuego ardía entre ellos, abrasándolos a ambos entre las llamas de la pasión. Chloe apretó con fuerza los tobillos contra la espalda de Lao y le animó para que se dejara llevar. Él lo hizo con un profundo rugido. Entonces, se giró y se apoyó contra los cristales para poder recuperar el aliento mientras dejaba a Chloe de nuevo sobre el suelo.

Vio que Chloe temblaba a su lado por el placer que había experimentado. Sin embargo, cuando la miró, comprobó que había una profunda tristeza en su mirada.

—¿Te ha convencido eso? —consiguió decirle.

Chloe levantó una mano y le acarició suavemente la mandíbula. La profunda tristeza seguía reflejándose en su mirada.

—Eso siempre se nos ha dado bien, ¿verdad? Sin embargo, mira a tu alrededor, Lao. Esta galería solía estar llena de luz, alegría y amor. Tu madre se pasaba horas aquí, cuidando sus plantas para que crecieran y florecieran. Solía preparar centros florales y los colocaba por toda la casa.

—Chloe...

Lao pronunció el nombre de su esposa con desesperación, pero ella no se detuvo.

—Ahora está vacía. Es una vieja sala acristalada llena de corrientes. Los suelos son fríos y duros. Nada crece ya aquí.

—Porque la casa ha estado cerrada —dijo él. No reconocía la oscura urgencia de su voz ni el nudo que se le había formado en el pecho—. Si deseas que vuelva a haber un jardín aquí, yo me podría encargar de que siempre...

—Si quisiera un jardín hecho con dinero, podría comprármelo yo sola.

Habría sido diferente si la voz de Chloe hubiera sonado furiosa. O incluso amargada. No fue así. Una vez más, Chloe parecía triste.

«Por tu culpa», susurró una voz dentro de él.

—Dime lo que quieres —le insistió con voz urgente—. Pídemelo y te lo daré. Te conseguiré toda las flores de Europa.

—No son las flores lo que importan, sino cómo se las cuida —dijo ella—. Las que crecieron aquí lo hicieron con amor, Lao. Igual que lo hará el bebé que crece ahora dentro de mí.

—No lo comprendo —susurró él—. ¿Acaso no te cuidé durante años? ¿No estuve pendiente de ti cuando no tenías a nadie más? ¿Es así como me lo vas a pagar?

—Te amo —afirmó ella, tal y como ya había hecho antes.

Lao no sabía cómo debía manejar aquella situación. Sin embargo, parecía que Chloe no había terminado.

—Creo que siempre te he amado y supongo que siempre te amaré. Lo único que te pido es que te ocupes un poco menos de tu legado y un poco más en que puedas llegar a corresponder mi amor.

Lao la miró fijamente. Tenía la respiración acelerada, como si acabara de correr un maratón.

—¿Y si no puedo?

Aquellas palabras dolieron. Chloe volvió a sonreír, aunque la tristeza no había desaparecido de sus ojos. Una tristeza que Lao sentía dentro de él, envolviéndolo como si fuera humo.

Y él que pensaba que había apagado aquel fuego hacía ya mucho tiempo y para siempre.

La sonrisa de Chloe se hizo aún más triste, como si comprendiera lo que acababa de ocurrir.

—En ese caso, me temo que voy a tener que pedirte que te marches —dijo con una profunda certidumbre que retumbó como un terremoto en el interior del cuerpo de Lao.

Nunca había oído a Chloe, a su Chloe, hablar así, con tanta autoridad. Ella se abrazaba el vientre, donde crecía su hijo y pronunciaba con decisión cada palabra que le dedicaba.

—No pienso criar a mi hijo, a nuestro hijo, sin al menos el mismo amor, alegría, esperanza y dedicación que tu madre les dio a sus plantas. No voy a conformarme con menos.

Capítulo 10

AQUELLA fue la decisión más dura que Chloe había tomado nunca. Deseó profundamente poder retirar las palabras que acababa de pronunciar, pero ya no era posible. Quería decirle a Lao que no lo había dicho en serio y que se contentaría con lo que él pudiera darle.

Cualquier cosa era mejor que no estar a su lado.

Sabía que, si él se hubiera presentado en el pequeño estudio que tenía en Escocia, no habría podido resistirse. Lao la habría tenido de vuelta en Sicilia en un abrir y cerrar de ojos. Entonces, él no le habría permitido alejarse nunca más de aquella montaña y se habría convertido en otro fantasma.

Sin embargo, había descubierto que estaba embarazada y eso lo había cambiado todo.

—Tú hablas libremente del amor para ser alguien que, en menos de un segundo, cambia de parecer y amenaza con marcharse, con mi dijo, si yo no bailo al son de tu música —le espetó Lao—. ¿Qué clase de amor es ese exactamente?

—¿Acaso importa? —replicó ella. No sabía cómo estaba consiguiendo que su voz sonara tan tranquila cuando, en su interior, temblaba de la cabeza a los pies—. Tanto si es un mal amor como un buen amor, tú no quieres formar parte de ello. Por lo tanto, no tienes que preocuparte lo más mínimo, me parece a mí.

Su cuerpo aún estaba reaccionando por lo que acababa de ocurrir entre ellos y eso no la ayudaba. Seguía deshaciéndose y aún sentía la alocada pasión, que amenazaba con apoderarse de ella una vez más, tal y como siempre le ocurría cuando estaba cerca de él.

Sin embargo, no volvería a caer en ese error.

Se apartó de él y se dirigió hacia la puerta. Se sintió algo avergonzada de que estuviera abierta de par en par. Cualquier miembro del

servicio doméstico los podría haber visto allí y, dado que todos la conocían desde niña, la idea la avergonzaba profundamente.

Se dirigió hacia la estancia que siempre había sido el refugio de Portia, consciente de que Lao la estaba siguiendo. La frustración que él sentía se notaba a cada paso que daba.

Era una tarde oscura y fría de noviembre, pero, allí, en aquella habitación, el fuego ardía alegremente en la chimenea haciendo que los lomos de los libros que había en las estanterías brillaran alegremente. El antiguo mayordomo que había servido tan bien a su padre se había hecho cargo del funcionamiento de la casa en el instante en el que Chloe lo llamó para que la ayudara. Abrió la casa y llamó al resto de los empleados. Entre todos, acondicionaron la casa como a Chloe le gustaba.

Eso significaba que su delicioso té con bollos de crema ya la estaba esperando allí, en la misma estancia en la que Portia le había enseñado a disfrutarlos cuando era solo una niña.

Chloe no se sentó, sino que se dirigió directamente a una de las estanterías para deslizar un dedo sobre uno de los libros. A Portia siempre le había gustado colocarlos completamente desordenados dado que había sido de la opinión que una biblioteca excesivamente ordenada era señal de un alma caótica.

—Sabes que esta era la habitación favorita de tu madre, ¿verdad? — le preguntó a Lao suavemente.

—He estado aquí en muchas ocasiones, Chloe, como seguramente sabes muy bien. Y no entiendo lo que las preferencias de mi madre tienen que ver con todo esto.

Chloe se dio la vuelta. Sus labios se habían curvado en un gesto que no llegaba a ser una sonrisa.

—¿No? ¿De verdad?

Nunca había visto a Lao así. Sus ojos eran como el azogue y, por primera vez desde que lo conoció, él parecía... hervir a fuego lento. Su aspecto quedaba muy lejos de la fría e imponente presencia a la que él la tenía acostumbrado.

Chloe se apretó la mano sobre el vientre, como si quisiera tranquilizar al bebé que llevaba en su interior. «Todo va a salir bien», le prometió al niño en silencio. «Tu y yo saldremos adelante».

—Dime lo que te he hecho, por favor —le dijo Lao con voz ronca—. Desapareces cuando ibas de camino a la cita con el médico. Te escondes en Escocia bajo un nombre falso. Me ocultas al bebé que sabes que llevo deseando mucho tiempo. ¿Es así como me pagas la amabilidad que he tenido contigo, una amabilidad que, en el pasado, me agradeciste tanto que te ofreciste a darme un hijo cuando aún no había relación física entre nosotros?

Chloe se apretó la mano contra el vientre un poco más firmemente.

—Siempre te estaré agradecida por tu amabilidad, Lao. Esto no tiene nada que ver.

—Claro que tiene que ver —afirmó él. Había estado de pie junto a la puerta, pero se animó por fin a entrar. Con un solo paso, pareció llegar prácticamente al centro de la estancia. Aquella pequeña habitación, tan tranquila y alegre, pareció transformarse con su presencia, como si él fuera un agujero negro que arrastraba todo lo que encontraba hasta lo más profundo de su ser.

Chloe sintió que trataba también de absorberla a ella.

—No tenía intención de quedarme embarazada —le dijo. Le costaba un poco más mantener la calma, dado que Lao estaba mucho más cerca de ella. Se aclaró la garganta y se recordó que aquella situación no tenía que ver solo con ella—. Sé que ese era tu objetivo, pero no fue nunca el mío.

—¡Vaya! —exclamó él en tono irónico—. ¿Y qué creías que iba a ocurrir? —le preguntó Lao sacudiendo la cabeza—. No sé lo que va a ser de ti, Chloe. Sigues tan perdida, incluso ahora... Y tan incapaz de entender lo más básico de la anatomía humana.

Chloe se sintió como si él le hubiera dado un bofetón. Aquellas palabras le hicieron sentirse herida y enfadada. Furiosa.

—Estaba utilizando un anticonceptivo, Lao —le espetó. Fue entonces él quien se quedó atónito, como si Chloe le hubiera devuelto el golpe. Se sintió un poco más animada con aquel pequeño triunfo—. ¿De verdad te crees que soy tan estúpida? —añadió soltando una carcajada—. No respondas. Veo que sí lo crees. ¿De verdad crees que soy tan tonta como para imaginarme que podría tener sexo contigo, o con otro hombre, sin tomar precauciones y pensar que no podía ocurrir nada?

Chloe había esperado que él le respondiera con furia, por lo que no supo qué hacer cuando Lao se limitó a suspirar y a murmurar algo en italiano.

—No creo que seas tonta. Simplemente di por sentado que querías lo mismo que yo.

—Sabes que no era así —replicó ella con fiereza en la voz—. Desde el principio, sabías lo mucho que te amaba y que, para mí, tenerte de esa manera era un sueño hecho realidad. ¿Nunca se te pasó por la cabeza que no deberías utilizar tu poder y tu influencia para conseguir exactamente lo que querías? ¿Sabes lo más gracioso de todo esto, Lao? No me importa. A una parte de mí le gusta porque sé exactamente cómo eres. Te amo tal y como eres.

—Mientras estamos aquí, hablando de tus mentiras —le dijo él en voz baja, pero llena de furia—. ¿Comprendes lo inapropiadas que suenan tus palabras en estas circunstancias?

—Te amo —insistió ella de nuevo, como si no le importara lo que Lao acababa de decirle—. Te amo, Lao, pero no lo suficiente como para dejar de lado las armas que tengo a mi disposición. No lo suficiente como para entregarme a ti como una virgen para un sacrificio y permitirte que me quemes en un fuego ritual.

—Los Monteleone llevan siglos sin utilizar los sacrificios rituales, Chloe.

—El resultado es el mismo —le espetó ella—. ¿De verdad es eso lo que quieres? A veces, me parece que veo algo diferente en tu interior, Lao. Estoy segura de que lo he visto. Algo más que el legado de los Monteleone. Tú eres mucho más que eso. Lo sé.

Lao apretó la mandíbula. Sus ojos brillaban con fuerza. Cuando volvió a hablar, su voz tenía un tono gélido y firme.

—Estás muy equivocada.

—Siento escuchar eso —replicó ella—. Porque no voy a permitir que trates a este bebé del mismo modo que te trataron a ti.

—Yo no diría que me trataron de ninguna manera —afirmó él—. Simplemente, me criaron de un modo muy diferente al que te criaron a ti. A mí me dieron responsabilidades desde una edad muy temprana y me pidieron que cumpliera unas expectativas. A mí no me mimaron ni me aplaudieron cuando hacía lo que se me pedía.

—Eso no es cierto. Tu madre sí lo hizo —replicó ella suavemente—. Toda tu vida. Simplemente, le impidieron demostrarlo.

En aquel momento, fue como si una nueva tormenta estallara sobre las cabezas de ambos, empapando a Lao y convirtiéndolo en un... ser completamente eléctrico. Parecía capaz de quemar el cielo, aquella estancia e incluso a Chloe.

Ella sintió cómo el pulso se le aceleraba en las venas.

Entonces, la voz de Lao se escuchó en un tono de voz tan bajo que casi dolía.

—No tienes ni idea de cómo me criaron.

—Claro que lo sé —dijo ella señalando a su alrededor—. Tu madre me lo contaba todo, justo aquí. Normalmente, después de que tú vinieras a visitarla, cuando sentía que tenía que excusarse por... por tu manera de ser.

—¿Por mi manera de ser? —repitió él. Parecía sentirse afrentado y asombrado a partes iguales, tal y como había ocurrido en otras ocasiones. Sin embargo, aquel día era aún peor. Sus palabras abrasaban todo lo que encontraban a su paso—. ¿A qué te refieres con eso exactamente?

—A la manera en que te cerrabas —contestó ella sin dudarlo—. Te encerrabas en ti mismo. Triste, sombrío y hosco, como si, cuando aún eras un muchacho, te hubieras convertido ya en un ermitaño que vivía en lo alto de una montaña contando montones de dinero mientras el mundo seguía girando sin ti —añadió. Entonces, rio suavemente al ver la expresión del rostro de Lao—. No son mis palabras, Lao. Eran las de Portia.

Lao avanzó un poco más hacia ella, tanto que su aroma parecía envolverla, tentándola. Sería tan fácil dejarse llevar y fundirse de nuevo con él... Abrazarlo y olvidarse de lo que estaba intentando hacer. Lo que sabía que tenía que hacer. Estaba allí, en el refugio favorito de Portia, la sala que había creado tras marcharse de Sicilia y dejar atrás el legado de los Monteleone. Por lo tanto, Chloe ya sabía cómo iba a terminar aquello... No podía fingir ignorancia, por mucho que siguiera deseando a Lao incluso en aquellos momentos.

—Creo que estás apoyándote demasiado en las palabras de una mujer que quería, desesperadamente, crear una narración muy ordenada de su propio pasado —replicó Lao. No escupió exactamente aquellas palabras, pero estas resonaron como balas—. No estoy seguro de que mi madre fuera la mujer que tú deseas que fuera, Chloe. De hecho, no estoy seguro de que nadie pueda serlo.

—¿De verdad vas a tratar de convencerme de que tu madre era...? — le preguntó ella, sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera quiero saber qué clase de retorcido intento es este para...

—¿Sabes por qué demolí la casa del valle? —inquirió él de repente. Parecía haber algo diferente en él, como si estuviera ardiendo por dentro—. Porque mi madre no se limitó a quemar el ala que compartía con mi padre. Intentó destruirlo todo. Fue más fácil demolerla entera que reconstruirla. ¿Te parece ese el comportamiento de una mujer que está en sus cabales?

—Tal vez estaba desesperada...

—Mi padre ya estaba muerto —afirmó. A pesar del fuego que ardía en sus ojos, su rostro tenía una expresión fría, contenida—. Di por sentado que mi madre estaba teniendo un ataque de nervios, por lo que, cuando se marchó de la isla afirmando que se iba al extranjero para descansar y recuperarse, yo la apoyé. Y, entonces, en vez de eso, me anunció que se iba a casar con otro hombre. Y en un breve espacio de tiempo.

—Sí —repuso Chloe—. Porque, a pesar de lo que puedas pensar de mi padre ahora o de lo que pudieras pensar entonces, lo que es innegable es que hizo que Portia se sintiera segura. Por primera vez en su vida. Creo que eso significa algo.

El rostro de Lao reflejó una expresión muy extraña. Se alejó de Chloe, lo que debería haberla aliviado. No fue así.

Entonces, en una de las pocas ocasiones que Chloe lo había visto comportarse fuera del dormitorio como lo que en realidad era, un mortal, Lao comenzó a frotarse el rostro con las manos, como si por fin aquella conversación estuviera pudiendo con él.

Chloe no pudo decidir si aquello le gustaba o no.

—¿De verdad crees...?

Lao sacudió la cabeza. Entonces, se giró hacia la chimenea, aunque Chloe dudaba que estuviera viendo las llamas que ardían en ella.

—Mi madre se crio envuelta entre algodones, en cuna de plata, no lejos de donde estamos ahora. Provenía de una familia de rancio abolengo, en la que las mujeres debían casarse con quien se les indicara, un lord u otro título. Una de sus antepasadas directas era la favorita de uno de los reyes Jorge o, al menos, eso le gustaba afirmar a la familia —comentó. Entonces, se dio la vuelta y observó a Chloe con lo que a ella le pareció una profunda angustia. No obstante, él mostraba una actitud fría y

furiosa—. Lo que trato de decirte es que mi madre no era una mujer normal que se vio arrastrada a un mundo que no conocía. Ella había sido educada para el papel que le tocó vivir. Desde que nacieron, sus hermanas y ella sabían que tenían que casarse con una clase de hombre muy concreta y convertirse en una esposa muy específica. No contemplaban la esperanza de un matrimonio por amor. Su deber era mantener el prestigio de su familia y entregarse a las exigencias de su esposo.

—Una pena que, en vez de ser un simple autómatas, fuera Portia.

—Estás hablando de la mujer en la que se convirtió —insistió Lao—. Yo estoy hablando de quién era. Tanto si le gustaba como si no, los votos que aceptó significaban que esa era su esencia. No voy a plantarme delante de ti y a fingir que mi padre era un hombre amable y cariñoso. Creo que él nunca fingió serlo. Fue mi madre la que cambió. Y no pudo aceptar que mi padre no cambiara con ella.

—Sin embargo, me estás contando esta historia para culparla a ella y no a tu padre.

—Porque fue ella la que no cumplió con sus compromisos —afirmó Lao—. Ella fue la que se dejaba llevar por sus sentimientos convirtiendo todo en un desastre. ¿Para qué? No cambió nada. Por supuesto no mi padre, que murió como vivió, hosco y firme hasta el final. Incluso en ese momento, mi madre dejó que sus sentimientos la condujeran a horribles comportamientos. Fuego y destrucción. Si no hubiera sido mi madre, habría entrado en prisión. Y se lo hubiera merecido.

—Lao...

Chloe se sentía como si se estuviera desmoronando. Como si hubiera empezado un terremoto allí en Winchester y la falla fuera a engullirlos por completo sin dejar rastro. A pesar de todo, trató de centrarse en lo único que importaba.

—Lao, creo...

—Lo único que ella tenía que hacer era cumplir con su deber —la interrumpió él—. Nada más. Fue lo único que se le pidió, pero fue demasiado. Tenía todo lo que podía desear. Dinero, poder, influencia... Tantas cosas. Incluso cuando quemó la mitad de ellas, aún le quedó más que de sobra. Jamás comprenderé lo que le hizo pensar que podría cambiar las cosas. O por qué querría hacerlo —añadió. Se pasó la mano por el rostro—. ¿Qué pensó que podía ganar enfrentándose con mi padre?

—A ti —afirmó Chloe, con una certeza que no habría podido explicar. Su estado le hacía comprender muchas cosas—. Esperaba ganarte a ti, Lao. Estaba perdiendo a su hijo. Día tras día, tú te estabas empezando a parecer demasiado a él. Es así, ¿verdad? Portia esperaba conseguir que tú pudieras elegir —añadió. Estaba completamente segura—. Ser como ella o ser como él. Y mira lo que has elegido. Mira en quién te has convertido.

Nunca había visto a Lao tan derrotado como lo vio en aquel momento. No se parecía en nada al Lao de siempre. Y, a pesar de todo, nunca había estado tan segura de amarlo más. Tal vez por eso, por el bebé que llevaba en sus entrañas, al que tenía que proteger por encima de todas las cosas, permaneció junto a Lao.

—Chloe... —consiguió él decir por fin—. Chloe...

—¿Es fuego lo que hace falta? —le preguntó—. ¿Es eso lo que consigue tu atención?

—Chloe...

Sin embargo, ella se negó a escucharlo. Permaneció observándolo.

—Dime una cosa, Lao —le pidió por fin—. ¿Qué tengo que quemar para demostrarte que te amo? Aunque creo que los dos sabemos que esa no es la verdadera pregunta.

Chloe pensó que Lao iba a argumentar de algún modo, pero lo único que hizo fue mirarla fijamente, como si ella hubiera dado con la clave.

—La verdadera pregunta —prosiguió, aunque le abrasaba la garganta pronunciar unas palabras que deseaba desesperadamente guardarse para sí—, es por qué crees que no puedes corresponder mi amor sin que todo el Castello Monteleone se desmorone en la montaña y caiga directamente al mar.

Capítulo 11

ERA insoportable.

Había una cierta amabilidad angustiada en la mirada de Chloe. En opinión de Lao, quedaba demasiado cerca de la pena. No podía aceptarlo. No podía permitirlo.

Por eso, Lao se marchó de la sala y recorrió sin rumbo la casa hasta que se encontró en el exterior.

Aspiró ávidamente el aire húmedo de la noche como si este pudiera salvarle, como si pudiera ayudarlo a comprender los sentimientos que bullían dentro de él.

Pensó en su padre. Nunca había sido del todo cruel, dado que la crueldad requería un nivel más profundo de atención del que su padre le había dedicado a nada que no fuera parte de la finca Monteleone.

Su padre hablaba constantemente del deber. Siempre le había dejado muy claro que, a pesar de que Portia no había cumplido con su deber, seguía siendo posible que Lao demostrara su valía.

Si se esforzaba. Si no se desviaba nunca del camino que le habían señalado sus antepasados. Si conseguía controlar sus reacciones ante lo que no le gustaba.

Lao había hecho todo lo que se le había pedido y mucho más, aunque, al principio, había fracasado más de lo que había conseguido. Había ido mejorando después de que lo enviaran al internado, donde había recibido un cursillo acelerado sobre cómo controlar los pocos sentimientos que aún pudiera tener, dado que podrían convertirlo en un objetivo.

Con el tiempo, se había ido olvidado de los que le habían quedado. Del mismo modo, se había olvidado de las cosas que le había dicho su madre, cosas que no encajaban con la versión de su padre.

—¿Por qué no lo dejas estar? —le había preguntado una noche, antes de que su padre falleciera. Otra cena arruinada porque Portia se había negado a permanecer en silencio, obediente tal y como su padre requería—. Ya sabes que no va a divorciarse de ti. ¿De qué te sirve desafiarlo?

—No tengo por qué quedarme aquí —le había respondido su madre—. Como sabes, esta no es la única finca que tienen los Monteleone. Podría vivir felizmente en otro sitio.

—En ese caso, deberías hacerlo —le espetó Lao, con toda la arrogancia del joven que era entonces y que se enorgullecía de su incapacidad por sentir, al contrario de lo que le ocurría a su madre.

Se había asegurado en muchas ocasiones que el brillo que vio aquella noche en la mirada de su madre era la vergüenza de ella, no la suya propia.

Recordó también a su padre en el lecho de muerte. Recordó cómo su madre había cuidado de un hombre por el que, en aquel momento, no podía haber sentido estima alguna. Lo había hecho sin preguntas, sin decir palabra.

Ella había sido la parodia de la esposa perfecta.

Recordó también, que, en sus últimos momentos, su padre había soltado una carcajada. En aquel instante, tenía la mirada febril y su cuerpo había cambiado tanto que, a pesar de no estar muerto, se parecía mucho más al de un cadáver.

—El legado Monteleone siempre gana —había dicho, entre carcajadas—. Siempre.

Entonces, cerró los ojos, respiró entrecortadamente y murió.

Durante todos aquellos años, Lao había creído firmemente que su padre le había estado hablando a él. Había estado convencido de que le había estado transmitiendo un último consejo. Una última orden.

Jamás se le había ocurrido pensar que aquella no había sido la intención de su padre. Había estado provocando a Portia.

Esa nueva explicación encajaba perfectamente. Su padre sabía que se estaba muriendo y había utilizado su último aliento para anunciarle a su esposa que había convertido al hijo de ambos en su viva imagen. Lo más importante era que no había nada que ella pudiera hacer al respecto.

No era de extrañar que, de repente, su madre hubiera decidido prenderle fuego a la parte del legado que odiaba con toda el alma. No se

había tratado en ningún caso del ataque de nervios que Lao había estado convencido de que estaba sufriendo.

¿Cómo era posible que hubiera tardado tanto tiempo en comprenderlo?

Había sido Chloe.

Había usado mucho tiempo y esfuerzo en convencerla de que lo necesitaba, cuando, desde el principio, parecía que había sido más bien al revés.

Lao no había estado prestando atención al lugar al que se había dirigido, por lo que tardó algunos instantes en darse cuenta de que estaba en el jardín. Tal vez, desde el principio, su intención había sido terminar allí porque reconoció los rosales de su madre, que habían sido podados antes de que llegara el invierno.

Para un profano, podría parecer que estaban muertos, pero Lao sabía que no era así.

En aquel momento, sufrió un instante de dolorosa revelación y comprendió por fin por qué Portia se había pasado muchos días de su vida en las ruinas del castillo, cuidando plantas que morían cada invierno para luego renacer en la primavera.

Había estado luchando por él. Había estado cuidándolo del mejor modo que podía. Tal vez no había cumplido con su deber como Monteleone, pero siempre, siempre, había cumplido con su obligación como madre. Y lo había hecho tan bien que Lao no se había dado cuenta.

Extendió la mano y se agachó para tocar uno de los yermos tallos, pero se pinchó y la apartó rápidamente. De algún modo, fue como si aquella espina que le atravesó la piel lo hiciera reaccionar por fin. Lao vio una gota de su sangre y allí, en medio de aquella oscura tarde de noviembre, fue como si se convirtiera en un hombre nuevo.

De repente, pareció que todas las cosas que le habían parecido tan descontroladas apenas una hora antes cobraban una nueva perspectiva.

Partió el tallo con el que se había pinchado y se dio la vuelta para regresar a la casa. Siempre le había parecido demasiado incómoda. Demasiado inglesa. Sus visitas siempre habían sido breves para que no se le pegara nada de Charlie Stapleton.

Eso era lo que siempre había pensado. Seguramente, eso sería lo que le habría dicho a su propia madre.

Por fin, comprendió por qué ella siempre le había sonreído con tanta serenidad y nunca se había enzarzado con él en la discusión que, evidentemente, Lao siempre había deseado.

Lo sabía.

Sabía que lo que Lao no podía tolerar era el amor.

El amor entre Charlie y Portia. El amor entre Charlie y Chloe. El amor que su propia madre le profesaba a la pequeña.

El amor que los Stapleton sentían por sus empleados, que se lo devolvían con creces. Por si acaso le quedaba alguna duda al respecto, ese amor se había demostrado cuando todos habían acudido a ayudar a Chloe a pesar de estar ya jubilados.

No era que Lao no pudiera tolerar tanto amor. Por fin había comprendido que no había sido capaz de reconocerlo.

No era de extrañar que Chloe se hubiera sentido tan perdida.

Volvió a entrar en la casa y la recorrió. Apenas se dio cuenta de que tenía un aspecto de abandono tras haber estado cerrada tantos años. No se percató de cómo lo miraba el astuto mayordomo y asentía a su paso. Lo único que buscaba era encontrar la luz que le indicara el camino por donde había salido.

La luz que le condujera a Chloe.

Ella seguía donde Lao la había dejado, en la sala favorita de su madre. Mientras él se enfrentaba por fin a la realidad gracias a un rosal, ella se había acercado al fuego. Estaba de pie junto a la chimenea, abrazándose la cintura, como si quisiera protegerse.

Tal vez el daño que él le había infligido era ya irreparable.

Chloe se dio la vuelta en cuanto lo oyó entrar. Lao se imaginó lo que ella debió sentir al verlo regresar de aquella manera, con el frío y la humedad de la noche aferrados a su piel como si llevara la oscuridad por donde quiera que fuera.

Pensó que tal vez era así. Que había sido así durante años.

Chloe lo miró fijamente durante un largo instante, tanto que él esperó que le iba a pedir que se marchara.

Sin embargo, ella, sencillamente, abrió los brazos. Le ofreció una silenciosa invitación y el brillo del profundo anhelo que había en su mirada.

Chloe sí sabía exactamente lo que era el amor.

Aquel gesto provocó que, sencillamente, Lao sintiera que todo su interior estallaba en mil pedazos y se convertía en polvo.

Se dirigió hacia ella. Aún tenía en la mano la ramita que había arrancado del rosal. Chloe dejó escapar un ligero grito de asombro.

—Lao, estás sangrando.

—Pero puedo sentirlo —dijo con voz sentida—. Eso debe significar algo.

Chloe levantó la mirada. Tenía los ojos abiertos de par en par, muy brillantes. Sin dejar de observarlo, le quitó la ramita y la arrojó al fuego.

—Tú y yo vamos a quemar todas las cosas que nos hacen daño —le dijo suavemente, con gesto muy solemne—, pero no el resto.

Una única lágrima rodó por la mejilla. Entonces, se inclinó para apretar los labios contra la palma de la mano de Lao. Fue como si el beso sirviera para aliviar los cortes que se había hecho al agarrar la ramita con tanta fuerza.

El significado de aquella metáfora no se le pasó por alto. Cuanta más fuerza utilizaba para apretar la rama, más profundamente le atravesaba la carne. Lo único que tuvo que hacer fue abrir la mano. Lo único que no soportaría perder trataba de aliviarle el dolor. Los labios contra su piel y las lágrimas brillando en su hermosa mirada.

—Chloe —le dijo por fin, aunque parecía que las palabras se le habían quedado atrapadas en la garganta—. Creo que eres lo único que he amado en toda mi vida.

—No es cierto —susurró ella, con una sonrisa que ya no aparecía teñida de tristeza—. Simplemente lo más sencillo.

Lao extendió la mano que no tenía herida y le acarició suavemente la mejilla y el cabello.

—No hay nada sencillo en ti. Amo cada parte de ti y espero que sigas siendo mía...

—Lao —murmuró ella sacudiendo la cabeza. Él sintió que se le hacía un nudo en el estómago, pero por fin vio que ella sonreía—, siempre lo he sido. Desde que tenía siete años y tú viniste a mí, aquí en esta casa, e hiciste que mi vida mejorara.

—Lo dudo. No es la manera de los Monteleone.

—Pero sí es la nuestra —replicó ella con fiereza—. Siempre lo ha sido. Y lo será, si se lo permitimos.

Allí, de pie frente al fuego en el que ardía parte de uno de los rosales de su madre fallecida, y cuyo tallo principal volvería a florecer en primavera, Lao se dejó llevar.

Demolió el muro que había estado tratando de construir entre Chloe y él. Dejó por fin el legado que le había importado a su padre por encima de todas las cosas. Dejó por fin todo lo que ya no le parecía tan importante y se concentró en lo que tenía delante, en la mujer que lo miraba con amor y confianza. No obstante, sabía muy bien que no había hecho nada para merecer ambas cosas.

La mujer que llevaba en su vientre un hijo suyo y que había estado dispuesta a luchar incluso contra él para mantener a salvo a ese niño.

Comprendió que aquel momento sería el punto de inflexión sobre el que giraría siempre su vida. Todo lo que había ocurrido antes y lo que ocurriera después dependería por completo de aquel instante.

De lo que él hiciera.

Podría cumplir su deber con un hombre muerto que amaba solo el apellido de su familia y su legado o podría cumplir su deber con el bebé al que ya amaba con todo su corazón.

Aquello era lo que su madre había sabido desde el principio. No podía cumplir ambos deseos. Nadie podría.

Tenía que dar a su futuro hijo el amor que se merecía. El amor que sabía que Chloe había recibido de su padre. De los dos, resultaba evidente que ella era la más equilibrada. No llevaba colgado del cuello el legado Monteleone como si fuera una condena.

Por lo tanto, tomó a su hermosa esposa entre sus brazos y la estrechó con fuerza allí, frente al fuego.

—Chloe —murmuró—, dusci mia, sei tutto per me. Lo eres todo para mí. Quiero que te cases conmigo.

—Pero si ya lo he hecho...

—En esta ocasión, quiero que sea una boda por todo lo alto —afirmó. En aquella ocasión, cuando el corazón comenzó a latirle como si fuera un tambor, Lao supo que era esperanza. Alegría—. Quiero revelar por fin los secretos de mi familia y lavarlos para deshacernos de su fealdad y de las mentiras y que, de ese modo, lo único que quede seamos nosotros.

Chloe le rodeó el cuello con los brazos y lo miró fijamente a los ojos. Segundos después, las lágrimas comenzaron a caerle por las mejillas.

Lao supo que le estaba demostrando de ese modo su amor, un amor complejo y dulce, acompañado de muchos otros sentimientos.

Supo que era amor. Lo sentía. Había sido un pinchazo mucho más dulce y agradable que el que le proporcionaría nunca una rosa.

—Te prometo que voy a ser la mejor esposa Monteleone de la historia —susurró ella.

—Mi amore —replicó él mientras deslizaba las manos sobre el vientre de Chloe. Luego las levantó para enmarcarle el rostro entre ellas—. ¿Es que no lo ves? Ya lo eres.

Capítulo 12

LAO cumplió absolutamente su palabra. Después de todo, era un Monteleone. Sin embargo, desde hacía un tiempo, elegía los legados que deseaba mantener.

Por eso, decidió abrir su montaña al mundo entero. Abrió las verjas e invitó a todos a que acudieran para ser testigos, con sus cámaras incluidas, de su boda con Chloe. Lo único que era más poderoso que el misterio del antiguo legado de los Monteleone era el amor. Y él tenía la intención de demostrarlo.

Chloe se lo demostraba todos los días. Le hacía ver que no era el hombre que siempre había creído ser. Ella le enseñó a reír, a jugar. Le mostró que no había nada que temer en los sentimientos que tanto se había esforzado por contener a lo largo de su vida.

Juntos, plantaron las rosas de su madre sobre la tumba de su padre y las dejaron crecer a su aire. También plantaron árboles en las ruinas de la casa del valle.

—Para que un día, otro Monteleone se ponga de pie aquí —le dijo Chloe mientras los dos se abrazaban tiernamente junto a la ventana del despacho—, y vea tan solo la isla y el mar.

—Nada de fantasmas —prometió Lao.

Su hijo nació seis meses más tarde. Una vez más, Lao sintió que el mundo temblaba bajo sus pies. Debía recalibrar no solo quién era, sino el hecho de que siempre había considerado que tener un heredero no era más que un deber que poder tachar de su lista.

—No lo comprendo —le dijo a Chloe pocos días después de que naciera el niño que tanto había deseado.

Ya no era el heredero, sino su hijo. Se llamaba Gaetano y era un verdadero milagro.

Lao sostenía a su hijo contra su pecho, piel con piel. Lo amaba con todo su corazón. No le importaba que él fuera su supuesto sucesor. No le importaba que él fuera lo que su propio padre siempre habría deseado.

La mujer a la que amaba con más fuerza de la que nunca había querido a nada o a nadie sobre la faz de la Tierra había luchado con todas sus fuerzas para traer al mundo a aquel niño. A partir de ese momento, juntos, no tendrían empeño más importante que amarlo y cuidar de él. Participar del viaje que, Dios mediante, llevaría a Gaetano a transformarse a lo largo de su vida y pasar de ser solo un dulce bebé de manos regordetas y rostro redondeado a convertirse en un hombre de provecho.

Lao tenía la intención de disfrutar cada instante.

—¿Qué es lo que no puedes comprender? —le preguntó Chloe suavemente. Estaba acurrucada a su lado sobre el sofá. Nunca había estado más hermosa. Aún seguía mostrando las redondeces del embarazo y sus pechos rebosaban de leche—. ¿Cómo es posible amar tanto?

Habían convertido uno de los dos dormitorios de su suite en la habitación para el bebé. Ya no iban a fingir que dormían en camas separadas. Estarían siempre juntos, gozando de aquella pequeña y perfecta vida que habían creado entre los dos.

—Eso, sí —afirmó Lao mientras admiraba los pequeños puños de Gaetano—. Y luego comportarse como lo hizo mi padre.

Chloe trazó suavemente un círculo sobre la frente del bebé.

—Por lo que sabemos, era bastante amable y cariñoso comparado con su propio padre.

—Te prometo una cosa, Chloe —murmuró Lao a duras penas, dado que, por fin, era un hombre que sabía expresar sus sentimientos. No tenía miedo de ellos ni de lo que el amor despertaba en él—. No permitiré nunca que eso nos ocurra a nosotros. Ni a nuestro hijo.

—Lo sé... —susurró ella antes de besarlo.

Sin embargo, por mucho que le gustara que Chloe creyera en él, Lao se aseguró de esforzarse casa día de su vida.

Empezó a preocuparse menos por el poder y la influencia. Creó su propio legado donando parte del dinero que sus ancestros habían amasado durante tanto tiempo a los que más lo necesitaban.

Había tantos...

Resultó además que Chloe tenía un enorme talento para dar dinero. Como él, quería que ese fuera el secreto de la familia Monteleone.

Un secreto que sí merecía la pena guardar.

A medida que fueron pasando los años, se esforzaron por dar alegría donde podían y por pasar tanto tiempo juntos como les fuera posible, acompañados siempre por sus hijos.

Los cuatro que Lao había exigido en un principio y dos más. Solo por divertirse.

—Ahora no está muy de moda tener tantos hijos —le dijo a Chloe cuando el sexto, una niña, empezó a dar sus primeros pasos. Sebastiana tenía una enorme personalidad y era absolutamente salvaje. Era un terror en todos los aspectos, pero eso solo provocaba que la amaran aún más—. Sin duda, somos el hazmerreír de toda Europa.

—Mejor —replicó Chloe.

Se cubrió la boca para ocultar las carcajadas cuando la pequeña Sebastiana se dio la vuelta demasiado rápido y se cayó sobre la hierba que había frente al castillo. Sollozó enojada antes de levantarse y repetir de nuevo la caída.

Cuando Chloe apartó por fin la mano de su boca, tenía un gesto suave, pero serio a la vez.

—No quiero que ninguno de nuestros hijos piense alguna vez que está solo en el mundo, Lao. No quiero que les pase lo mismo que a nosotros.

Jamás sería así.

Lao se recordaba aquellas palabras todos los días, como si fueran un mantra. Se había hecho aquella promesa y la cumpliría fuera como fuera.

Sus hijos jamás estarían solos. Contarían con sus padres y jamás dudarían del amor que sus progenitores les profesaban.

Chloe se lo había enseñado, igual que su madre lo había intentado, una y otra vez.

Cada año, que pasaba más rápido de lo que parecía posible, Lao veía cómo las rosas de su madre dormían en otoño y luego florecían de nuevo en primavera. Cada año parecían ser más hermosas que el anterior, más hermosas y fragantes.

Por supuesto, las espinas eran inevitables, pero no resultaban demasiado afiladas o dolorosas, siempre que Lao tuviera la precaución de no apretar demasiado.

De elegir siempre el amor, una y otra vez, tal y como Chloe le había enseñado. Así era como deseaba amar a sus hijos, tan bien que ellos nunca conocieran ninguna otra cosa.

Esperaba que el legado que Chloe y él les dejaran fuera, al final, un amor tan perfecto, tan bueno, que durara tanto como las rosas que crecían en el Castillo Monteleone, de las que seguirían ocupándose sus descendientes a lo largo de los años.

Era otra manera de decir para siempre.